

**BIBLIOTECA RECREATIVA.**



**Tomo segundo.**



DIBLITON BERNHARDT.

---

1870



**EL CONDE**

**FERNAN GONZALEZ.**

THE CONFESSION

OF THE CONFESSION



EL CONDE

FERNAN GONZALEZ

Novela Historica

POR

D. N. B. SELVA

TOMO 2º

IMPRESA DE LLORENCI

MADRID

1842.

*Lito de Fournier*



## El Conde

# FERNAN GONZALEZ.

### 1.

**M**ARCHABAN hácia su patria los valientes castellanos libertados por Fortun, y el alevoso Don Vela se obstinaba en perseguirlos. La obscuridad de la noche no fue obstáculo bastante á sus horribles proyectos, y al tiempo mismo que el reloj del alcázar resonaba anunciando las doce, y los fuertes castellanos recibían la primera impresion del aire libre fuera del pavoroso recinto en donde la traicion los sepultára, los habitantes de Pamplona se acercaban al palacio para ser mudos testigos de la mas desusada ceremonia.

El tribunal se reunia, y el Rey de Navarra anticipando la audiencia, descubria mal de su grado la agitación de su alma. El salon de las sesiones se hallaba cerrado al innumerable concurso, y el Rey cercado de sus consejeros contaba impaciente los instantes que debían correr todavía hasta conseguir su venganza.

¡ Con qué ansiedad la esperaba! Sus ojos inquietos se dirigian á todos sitios; y su alma se entregaba á los

mayores escesos de furor al contemplar la falta de Tello, en cuyo poder obraba la causa.

— ¡Cuánto tarda en venir el secretario! exclamó por fin con acento terrible. Son ya las doce y media, y el pueblo espera impaciente á la puerta de la audiencia.

— A pesar de la vigilancia que se ha tenido en ocultar la causa de nuestra reunion, respondió uno de los jueces, el concurso es inmenso, y el patio se encuentra tan lleno de curiosos como podria estarlo á las doce del dia. Todos anhelan saber la suerte del castellano.

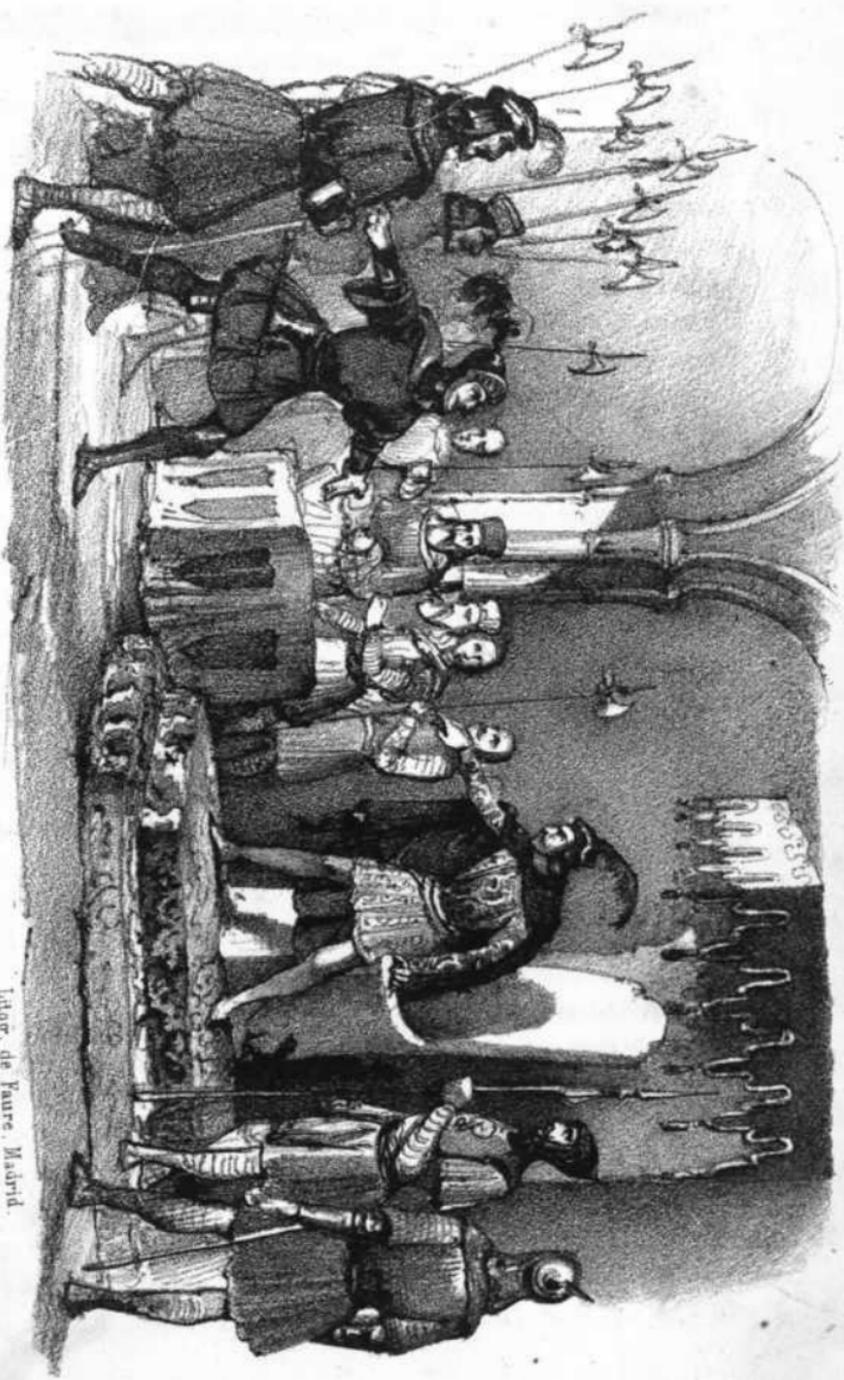
— ¡Y Tello, no obstante, no parece con la causa! replicó el Rey Don García. Yo juro por mi corona que haré con él un ejemplo. A pesar de sus servicios y de su edad avanzada, caerá sobre su cabeza todo el peso de mi indignacion, y enseñaré con su castigo á respetar mis palabras. Haced que busquen á Tello....

— Inútil fuera, Señor, dijo un portero al entrar humillándose con respeto. El secretario ha desaparecido de su casa, y se asegura que lo han visto salir de Pamplona á las ocho de esta noche en un ligero caballo.

— ¡Cómo! preguntó Don García.

— Puede informarse vuestra Alteza de los mismos que lo vieron, y que esperan en el patio. El ilustre Don Vela me envia á noticiarlo á vuestra Alteza, y él queda reconociendo la casa de Tello para apoderarse del proceso. Tambien ha desaparecido el castellano que presentó la carta de la Reina. Yo he estado en su morada á citarlo, y solo han podido decirme que llegó á ella en un caballo, y tomando una ferrada lanza marchó por el camino de Castilla.

— ¡Infame! exclamó con furor Don García. El ha seducido y se ha llevado al secretario porque su false-



Litog. de Pauze, Madrid.



dad no fuese descubierta. ¿Qué ha sucedido, Don Vela? añadió, viendo entrar á éste con aspecto desesperado.

— El indigno Tello, respondió el malvado, ha huido de Navarra y se ha llevado el proceso.

— No importa, dijo Don García. No por ello han de libertarse los castellanos. Abrid las puertas y continuemos el juicio. La fuga del insolente Gustio nos ofrece un nuevo cargo, y es preciso no dilatar el castigo.

Las puertas sonaron, y el pueblo entró en el venerando recinto. Uno de los jueces manifestó la fuga del secretario y de Lara, y Don Vela partió para conducir los presos.

— Navarros, dijo Don García. Vais á ser testigos de mi justicia. El orgulloso castellano que intentaba por medio de una perfidia darme leyes en mi reino, iba á fugarse en esta misma noche. Su proyecto ha sido descubierto, y la cuchilla sangrienta pondrá término á su odiosa vida. Vosotros sabéis cuán costosa ha sido para mis soldados.

— Muera, Señor, exclamaron algunos de los concurrentes.

— Morirá, hijos míos, continuó Don García. Al rayar la luz del alba lo vereis en un cadalso.

— Es imposible, Señor, dijo Don Vela entrando en el tribunal seguido de toda la guardia. Su rostro pálido anunciaba un suceso funesto, y los caballeros que lo seguían tristes y turbados, no alzaban los ojos del suelo.

— ¿Qué ocurre? preguntó aterrado el Rey.

— Los castellanos se han fugado, respondió el mal caballero.

— ¡Se han fugado! repitieron con asombro cuantos estaban presentes.

— ¿Y quién les facilitó la fuga?

— Lo ignoro, Señor, contestó Don Vela. Las puertas de la prision estaban cerradas, y yo tenia en mi poder las llaves. En la torre no se descubre vestigio alguno del parage por donde han realizado su evasion, y estos caballeros que estaban de guardia tampoco han observado cosa alguna que pudiera infundirles recelo.

— Nadie, Señor, ha llegado á la torre, respondieron todos á una voz.

— Temerarios, dijo el Rey. ¿Y quereis aun disculparos? Vosotros sois los autores de una traicion tan horrenda. Vosotros sereis tambien los castigados. Navarra, vengadme, añadió volviéndose al pueblo. Corred á las armas, y perseguid por do quier á esos viles fugitivos. Ellos están en Navarra, y fuera menzua en verdad que se libertasen de vuestras armas.

La rabia sofocaba las voces del Rey, y el pueblo apenas podia percibir sus palabras.

— Soldados, continuó luego dirigiéndose á su guardia, seguidme. Vamos en busca de ese temerario Conde. Busquémosle por do quiera, y caigan él y cuantos lo rodean al duro golpe de nuestras espadas. Venid vos tambien, Don Vela: desplegad vuestro talento; poned en juego todos los recursos de que abunda vuestra alma, y volvedme la tranquilidad que esta fuga me arrebató.

El Rey salió del consejo, y el pueblo creyendo que él mismo habia proporcionado la fuga de los castellanos porque no lo convenciesen de alevosía, tornó á sus casas para entregarse al descanso, resuelto á no obedecer órdenes que creyó fingidas.

2.

— ¿Sabeis, Señora, lo que pasa? preguntaron las damas á la Infanta, entrando presurosas en su cuarto al descubrirse la primera luz de la mañana.

— No lo sé, respondió Doña Sancha. El rumor de las armas que se oye en todo el palacio me ha desvelado, y por él he dejado el lecho. ¿Ha ocurrido alguna cosa desagradable?

— Los castellanos se han fugado, dijo una de ellas.

— Y ahora van á salir en su alcance, añadió otra. Don Vela y el Rey han jurado no descansar hasta alcanzarlos, y se han dividido las tropas.

El color de la Infanta cambiaba continuamente, y su rostro ya sereno ó ya turbado, indicaba lo que padecía su alma. La presencia de sus camaristas le era insoportable, y no pudo de ordenarles que salieran á observar lo que pasaba; abrió entonces una ventana, y vió marchar á Don Vela: su corazón palpitó de temor, y sus ojos se humedecieron con el llanto al ver salir á Don García.

— Todos han marchado, dijo Elvira entrando en la habitacion.

— ¿Y no se sabe cómo han realizado la fuga? preguntó la Infanta.

— Hasta ahora todo es un arcano, Señora. Se sospecha de la guardia, y están presos los caballeros que la componian. Sin embargo, Don Vela los defiende, y sostiene que por la puerta no se han fugado: él tenia las llaves, y jura que un criado de su confianza no se ha quitado de la escalera en toda la noche. El criado afirma que tampoco bajaron por la escalera, y Fortuñ está reconociendo todas las avenidas del alcázar y ha-

ciendo prisiones; pero segun he oido nada tiene adelantado.

— ¿Fortun está en el alcázar?

— Sí, Señora.

— Corre, amiga, prosiguió Doña Sancha, dile que venga: tengo que decirle una cosa importante, y que puede contribuir al buen éxito de la causa de que está encargado. — Elvira la obedeció.

— ¡Dios mio! exclamó llena de placer la apasionada jóven. Yo os doy gracias por vuestra bondad. Cuando Fortun ya se ha vuelto Fernan Gonzalez está seguro.

Una deliciosa alegría se apoderó de su alma, y gozó por primera vez de un contento tranquilo, y de un amor sin disgusto.

— ¿Me llamis? dijo Fortun.

— Sí, amigo, contestó la Infanta saliendo de su amoroso letargo. ¿Se han salvado?

— Infaliblemente. El Conde lleva sobre tres horas de ventaja á sus caballeros; y estos caminando á pie, siempre llevarán dos al Rey. Es imposible que consigan alcanzarlos.

— ¿Y si descubren que tú?.....

— Descuidad, continuó el caballero. Tengo mis medidas bien tomadas, y nada podrá descubrirse. Además, el secreto principal solamente lo sabemos vos y yo, y sin averiguar este todo es un arcano incomprendible. Sospechen si les place el Rey y Don Vela. Sus sospechas se desvanecerán como el humo, porque no encontrarán dato alguno en qué apoyarlas, y sin él es imposible que se atrevan á manchar mi opinion á la faz de una nacion que me contempla como á su mejor amigo.

— Decís, bien, contestó la Infanta. Tu opinion y nuestro secreto te ponen á cubierto de toda persecu-

cion; pero sin embargo de ello mis temores no se aplacan, y cada instante me parece anunciar nuevas desgracias. Si las tropas de mi hermano alcanzasen á Gonzalez; si no fuese bastante feliz para llegar á Castilla.....

— Qué es lo que pensais, Señora. Tan imposible es que Don García vuelva á ser dueño de la persona del Conde, como el que Don Vela llegue á verse Rey de Navarra. Sosegad, y entregad vuestro corazón al descanso. Yo no puedo detenerme, y voy á continuar las informaciones que me están encargadas. Si necesitais de mí avisadme. Sabeis que vuestra palabra es un precepto á que jamás he faltado.

— Ya lo sé, generoso Fortun, tus favores están impresos en mi memoria, y jamás se olvidarán á mi reconocimiento. Marcha, sigue desempeñando tus deberes: yo sentiria hacerte incurrir en alguna falta.

El caballero la saludó con respeto, y salió para continuar unas diligencias que sabia que eran inútiles é insignificantes.

### 3.

— Buen dia hemos llevado por cierto, dijo Don García á Don Vela al regresar á palacio.

— Hemos perdido el tiempo, Señor, contestó el alevé. Los castellanos se han puesto en salvo con mucha velocidad, y alguno los ha auxiliado.

— Ellos iban armados, Don Vela, respondió el Rey, y segun me avisan han hecho horribles destrozos en mis estados. ¿Y no podremos descubrir quién ha sido su protector? ¿Lo será acaso mi hermana?

— Perdonadme, Señor, dijo el pálido aparentando repugnancia á lo que iba á responder. Jamás mi lengua se hubiese atrevido á nombrar á vuestra her-

mana si vos no hubiérais sospechado; pero vuestra sospecha es prudente. ¿Quién sino la Infanta hubiera sido capaz de quebrantar sus prisiones?

— ¿Y de qué medio se ha valido? preguntó el Rey admirado.

— Lo ignoro, noble Señor, continuó Don Vela, y contemplando la destreza con que ha librado de vuestro poder y el mio á unos reos tan bien custodiados, me lleno de admiracion. La Infanta se ha valido de medios prodigiosos; pero es infalible, ella ha puesto en libertad á su amante. El amor hace milagros.

— ¡Desgraciada! esclamó el Rey con acento terrible. Si yo descubro su crimen, si el menor indicio justificase su delito, mi propia mano la serviria de verdugo. ¡Inicua! ¡Y ha conspirado contra el Rey su hermano y contra la memoria de su augusto padre!!!

— Por Dios, Rey de Navarra, dijo el astuto Don Vela. Suspended vuestro furor. En el esceso del enojo culpais á la Infanta ya como si constase su crimen. Ved que no hay mas que una sospecha remota..... Por piedad suspended vuestra ira, y ved que yo sentiria ser autor de una desgracia.

— Es verdad, contestó Don García recobrando algun tanto la calma. No hay mas que una sospecha remota de que haya sido la protectora de los castellanos; pero la hay cierta y constante de que ama con pasion á su caudillo. ¿Y yo no he de encontrar medio de atajar los innumerables males que su amor criminal vá á ocasionar á mi reino? ¿No seria posible arrancar de su pecho una inclinacion tan dañosa?

— No es imposible, Señor, respondió el alevoso. Si vos deseais la felicidad de vuestro reino, si quereis arrancar del pecho de Doña Sancha la imagen fatal que domina en su alma, teneis en la mano los medios. Buscad entre vuestros aliados ó en los próceres de

Navarra alguno con quien casarla, y obligadla mal de su grado á que lo reciba por esposo. Ved un remedio eficaz. Doña Sancha es virtuosa, tiene honor y sangre Real, y unida á un hombre con el vínculo sagrado del himeneo, hará por decoro lo que no hace por inclinacion. El Conde Fernan Gonzalez desesperado de obtenerla huirá de sus pretensiones, y dejará en paz vuestro estado.

— Sois un hombre prodigioso, dijo el Rey lleno de júbilo: teneis una imaginacion feliz. Vuestro consejo es prudente, y yo lo acepto gustoso. Veamos, amigo, de llevarlo á cabo: discurremos cómo ponerlo en ejecucion.

— Pensad en ello despacio, respondió el infiel caballero.

— Oid, Don Vela, continuó el Rey. Ningun Príncipe estrangero la solicita, y ningun prócer se atreve á elevar sus pensamientos hasta ella. Yo tampoco quiero entregarla rogando que la reciban. Ni mi honor ni mi decoro me lo permiten, y no es tan despreciable mi hermana. Discurred vos el modo de interesar á alguno para que pida su mano.

— Y á quién quereis destinarla? preguntó el astuto Don Vela.

— Siendo de una ilustre cuna á cualquiera, dijo el Rey.

— Pero ¿no conoceis, Señor, que el rogar yo es igual á rogar vos? añadió el pérfido. Dad tiempo al tiempo, y hagámoslo de modo que sin rogar nosotros facilitemos que soliciten.

— ¿Y qué espera será necesaria para proporcionar esa facilidad?

— Tal vez el espacio de un año, respondió Don Vela meneando la cabeza y en actitud pensativa.

— ¡Un año! replicó el Rey. No, mi amigo: yo

quiero quitarme pronto este violento cuidado. Ya sabéis que tengo dada la orden para marchar á la guerra, y que dos dias solamente he de permanecer en Pamploña. Antes de salir quiero dejarla casada.

— ¡ Antes de salir ! dijo asombrado Don Vela. Será imposible, Señor.

— ¿ Y vos no encontráis remedio ?

— Solo uno que sea compatible con vuestro decoro, respondió el malvado. Pero no... añadió figurando turbacion y sentimiento. Mi gratitud no me permite ni aun indicarlo.

— ¿ Qué íbais á decir, Don Vela ?

— Iba, Señor, á sacrificarme á vuestros intereses, prosiguió el astuto seductor. Iba á proponerme yo mismo para llenar vuestros deseos, y á unirme por complaceros á quien sé que me aborrece tanto como yo la amo..... Pero no, Rey de Navarra. Vos no debéis escucharme. Yo soy un aventurero sin fortuna y sin estados. Verdad es, añadió, viendo que el Rey lo escuchaba absorto y suspenso, indicando en su semblante mas bien placer que disgusto. Verdad es que no obstante mi situacion, pocos pueden comparar la suya con mi ilustre sangre. No soy un Rey, continuó con orgullo, pero algunos de mis heróicos abuelos lo fueron, y llevaron con dignidad el peso de una corona. Si mi situacion fuese otra, yo me arriesgára á pedirlos que me opusieseis á Fernan Gonzalez. Amo á vuestra hermana, y deseo con entusiasmo su mano, pero no me atrevo á pedirla; sentiria que la cualidad de despojado influyese en mi desprecio, y resintiera mi pundonor. Ved por lo que hasta este momento nada os dije de mi pasion á la Infanta, y ved por lo que tampoco me atrevo á sacaros ahora de vuestro penoso cuidado.

— ¿ Y me creéis de un alma tan mezquina ? dijo

Don García. ¿Creeis por ventura que los intereses tengan en mí tanto imperio que pueda negaros en este momento lo que os hubiese concedido dominando en vuestro estado? No, amigo mio. Resolved. Si el aborrecimiento de mi hermana no os arredra y quereis sacrificar en mi beneficio la paz de vuestro corazon, decidlo. Yo os concedo gozoso la mano de la Infanta. Vuestra situacion no os hace inferior á quien sois, y yo como Rey puedo recompensar con exceso la pérdida de vuestros estados.

— ¿Y es posible, Señor? exclamó alborozado el inicuo, viendo el feliz resultado de sus pérfidas astucias. ¿Es posible que seais tan bondadoso que os digneis hacerme feliz y honrar mi desgracia? Disponed de mí, noble Rey. Sé que vuestra hermana me detesta: sé que voy á ser infeliz á su lado, pero nada me retrae de complaceros. Si la tumba estuviese ante mis ojos, si la muerte me esperase en el lecho conyugal, no vacitaria en agradaros. Disponed, Señor; no puedo negarme á la honra de llamarme vuestro hermano.

— Sois mi amigo, dijo el Rey, que en la sumision de Don Vela veia un principio de venganza contra Fernan Gonzalez. Id, continuó alargando la mano al pérfido intrigante. Anunciad á mi hermana mi resolucion, y prevenidla que mañana se habrá de celebrar tan agradable enlace.

— Dispensadme de obedecer, contestó Don Vela. Yo viviré eternamente agradecido á vuestros beneficios; pero permitid que no sea yo el portador de una nueva que al menos por ahora debe ser funesta para el corazon de Doña Sancha. Mi presencia no puede serle agradable en el momento fatal en que debe perder toda esperanza de unirse al Conde de Castilla, y tal vez serviria para aumentar el odio que me profesaba. Comisionad á otro, ó dignaos vos mismo de ma-

nifestarle vuestra incontrariable voluntad. Yo me presentaré luego y procuraré mitigar su dolor, y que consienta gustosa en el matrimonio que deseais.

— Nada puedo negaros, respondió el Rey, despues que sacrificais en mi obsequio la tranquilidad de vuestro corazon. Estais dispensado, y yo mismo seré quien avise y ordene. Yo llevaré el mensaje. Vos os presentareis despues; pero tened entendido que así como mi concesion es irrevocable, lo son tambien mis mandatos. Mañana habeis de quedar casados; no concedais dilación ninguna á las súplicas y lágrimas de mi hermana. Pasado mañana disfrutareis las delicias que proporciona el himeneo: al siguiente dia, antes que despunte el alba, debemos estar marchando á la frontera de Castilla.

— Soy feliz, exclamó el inicuo despues de salir el Rey. Nuño, Nuño.

— Señor, respondió el criado, entrando presuroso.

— Soy feliz, amigo, prosiguió Don Vela. Venga esa mano. ¿Lo sabes? ¿Adiyinas mi ventura? Soy dichoso, dichosísimo. Mañana á estas horas seré el esposo de la Infanta.

— ¿Y de eso tanta alegría? dijo sorprendido Nuño.

— ¿Te parece poco? replicó Don Vela.

— En otro que en vos, me pareceria algo, contestó con frialdad el criado. Pero en vos, seguramente muy poco. Estoy acostumbrado á veros hacer los mismos extremos, y á escuchar las mismas palabras de *soy dichoso, dichosísimo*, todas las semanas. Siempre que lograis seducir á una jóven, ó que podeis abusar impunemente de su debilidad, haceis las mismas exclamaciones. ¿Y despues? Os cansais de ella á los quince dias y la despachais. ¿Y si no quiere irse? Nuño, despáchala..... Esa muger me incómoda; quítala de mi vista, y si no puedes de otro modo.... ya sabes.....

en fin..... eres hombre de corazon, y..... ¿Os acordais? ¿No ha sucedido asi quinientas veces? Es verdad que ahora la cualidad de Infanta.....

— Eso es precisamente lo que menos me importa, respondió Don Vela. Mira, para mí Doña Sancha es lo mismo que otra cualquiera. Es verdad que sus hermosos ojos son encantadores, y que el primer beso de aquellos labios acarminados valdrá mas que mi existencia; el estrechar aquel seno palpitante mas que el colmo de las delicias, y al contemplarla en mis brazos sonrojada por el pudor y violentada por su inclinacion, á otro mas que todos los frutos del deleite. Pero no es esto lo que me entusiasma, no. El contemplar que al gozar tanto bien consigo un triunfo sobre mis enemigos aborrecibles, es lo que produce mi alegría. Despues pasará la ilusion, y Doña Sancha..... ¿Me entiendes?..... Lo mismo que otra cualquiera.

— Creia que os habiais cambiado y me admiraba, respondió el sanguinario Nuño.

— No, amigo, continuó Don Vela. Doña Sancha es hermosa, y para mí será un placer ser dueño de su hermosura; pero ese placer dura poco. Es Infanta de Navarra, y me proporciona medios de vangarme de Fernan Gonzalez: esto es mas satisfactorio. Pero si mis esperanzas saliesen fallidas, entonces seria preciso buscar mi libertad por otro lado..... Entonces tú.....

— Siempre yo..... dijo Nuño moviendo la cabeza.

— ¿Qué piensas? Preguntó Don Vela.

— Que me parece dificil que os sirviera en ese caso.

— ¡Cómo! replicó Don Vela.

— Porque aunque soy enemigo de Fernan Gonzalez, yo tambien amo á la Infanta.

— Eres atroz, exclamó Don Vela riéndose. Hombre, tienes aprensiones originales. ¿Tú estás enamorado de la Infanta?

— ¿Y por qué no? ¿Soy yo incapaz de quererla? Pero no os asustéis de tan poco. ¿De qué me sirve á mí amar á la Infanta? De nada. Os serviré, si Señor, pero bajo una condicion.

— Pide.

— Que me habeis de pagar su muerte con hacerme dueño de la mejor de vuestras esclavas.

— Concedido.

— ¿Me lo jurais?

— Te lo juro.

— ¿Sobre la cruz de la espada? preguntó el asesino.

— Sobre la cruz de la espada, repitió Don Vela, poniendo sobre ella la mano.

— Y yo sobre este puñal, manchado mil veces de sangre, continuó el malvado Nuño. Juro seros fiel, y acabar la existencia del Conde Fernan Gonzalez, aunque me espere un suplicio y tenga un verdugo al lado, dar de puñaladas á Doña Sancha porque lo ama, y asesinar al Rey de Navarra como os fuese necesario.

Venga esa mano que ha de cumplir, replicó Don Vela, y los dos malvados asidos de las diestras, entre las cuales se veia el puñal matador, permanecieron unidos formando un espantoso cuadro.

#### 4.

Estoy asombrado de veros y de escucharos, decia el generoso Fortun á la Infanta. Esta mañana fui testigo de vuestra alegría al saber la libertad de los castellanos, y ahora, cuando vengo á vuestro cuarto á participar de vuestra dicha, sepultada en la tristeza me recibís con sollozos, y me respondeis con suspiros y llanto. ¿Qué es esto, noble Señora? ¿Callais, y solo un amargo gemido respondeis á mis instancias? ¿Desde cuándo vuestro pecho ha sido tan reservado para el

amigo de vuestra niñez, para Fortun, para vuestro hermano?... ¿No merezco vuestra confianza?

— ¡Fortun! exclamó la afligida hermosura mitigando algun tanto su angustiosa pena. ¡Cuánto me afliges en hablarme de ese modo! ¿Es posible que tú creas que yo te oculto un secreto? Nada, Fortun, nada hay para tí reservado en el pecho de tu hermana, que nunca puede olvidar á quien ha espuesto su vida por salvar la de su amado. Si suspiro, si ahora lloro, si desapareció de mi alma la tranquilidad y el gozo que tus generosas acciones me causaron esta mañana, es por mi mala ventura, es porque soy desgraciada.

— ¡Desgraciada! repitió el caballero, y fijando sus ojos en los de su amiga, y absorto y guardando un sepulcral silencio, procuraba penetrar el funestísimo arcano.

— Sí, mi amigo, continuó la Infanta. Mira, mira en mí la criatura mas infeliz: mira en mí la esposa del detestable Don Vela.

— ¡¡ De Don Vela!! gritó Fortun asombrado. ¿Vos esposa de Don Vela? ¿Vos esposa de un malvado? ¡Ah Señora! Por piedad recobrad vuestros sentidos. Sin duda los padecimientos han estraviado el curso de vuestras ideas, y algun fantasma terrible producido por el sueño, os ha llevado al delirio. Recobrad vuestra razon, y.....

— No, Fortun; no, amigo mio. Ni el sueño ni la fiebre originan esta idea, y aun cuando los tormentos que he sufrido han sido mas que bastantes para acabar mi existencia, las palabras que te he dicho son hijas de la verdad y no fruto del delirio.

Interin que la Infanta hablaba, Fortun lleno de afliccion lanzaba tristes suspiros, y cual si la pena de la jóven desventurada se hubiese transmitido entera á su corazon generoso, decayo en el abatimiento mas sombrío.

— Oye, único amigo de esta desgraciada, prosiguió Doña Sancha. Oye y llora mi mal, ó ayúdame á destruirlo. Apenas hace una hora que yo estaba complacida pensando en mi suerte venidera y en la efusion de mi amor, me consideraba unida al fuerte Fernan Gonzalez, el Rey se presentó á mi vista y me privó de aquella meditacion deliciosa. Sus ojos brillaban de júbilo, y su semblante solo presagiaba nuevas agradables. Mi corazon, sin embargo, palpitaba con esfuerzo, y cual si mi pecho le fuese una pura cárcel, pugnaba por salir de él. El Rey se sentó á mi lado, me preguntó cariñoso por mi salud, y despues de unos momentos de conversacion indiferente, me dijo que se hallaba cansado de tan continuadas guerras, y que trataba de dar la paz á sus estados. Tiemblo, sin embargo, añadió, que no podré conseguirlo; la fuga del Conde de Castilla va á ser un invencible obstáculo. La guerra que intenta hacerme es cruel, y aun parece justa. Solo hay un camino que puede evitar los daños. Tú eres el objeto de su amor: tú la causa de la guerra: tú debes ser tambien quien la acabe. Asi lo exige el bien de mis vasallos, y no dudo que procurarás aliviarlos. ¡ Error fatal! Persuadida de que el Rey no trataba de violentar mis deseos, principié á escuchar su conversacion con agrado, y hasta mi rostro le indicó mi interior pero excesiva alegría. Veo por tu semblante, continuó el Rey, que no te es mi resolucion desagradable. He determinado casarte: tu matrimonio pondrá fin á tantos males. ¡ Contrariarás mi deseo?

— ¡ Y vos qué le contestásteis? preguntó el impaciente Fortun.

— Permanecí avergonzada largo rato. Mas por último, engañada por la esperanza de unirme á mi amado, le aseguré que su voluntad habia sido siempre el norte de mis acciones, y que jamás dejaria de hacer

cuanto fuese útil á Navarra. No esperaba yo menos de tus generosos pensamientos, prosiguió mi hermano. Sí, siempre te he reconocido por hija del noble Don Sancho, y por ello sin contar contigo he comprometido mi palabra, y he dispuesto de tu mano. Es preciso arrancar del pecho de mi enemigo la fatal esperanza que alimenta, y alejarlo por este medio de su empeño porfiado. El terror se apoderó de mi alma al escuchar las palabras del Rey, y el cráter horroroso del abismo pareció abrirse bajo mis trémulos pies. Aun ignoraba lo mas funesto. Las palabras me faltaron para contestar al Rey, y este aprovechando mi silencio continuaba. Os he destinado á un hombre digno de vos. Su ascendencia se pierde en el origen de los siglos, y su sangre ha dado á España Reyes augustos y valientes defensores. Ya conoceréis que vuestro esposo ha de ser el Conde Don Vela. ¡Don Vela! grité involuntariamente, y un terror convulsivo se apoderó de mi cuerpo y me anunciaba un funesto accidente. Caí en efecto con una congoja mortal. El Rey se apresuró á socorrerme, y en fuerza de sus funestos cuidados logré volver á la vida; ¡ójalá me hubiese abandonado! ya habria dejado de existir; ya habria cesado de padecer.

Aliviad vuestra pena, dijo Fortun mezclando sus lágrimas á las de la Infanta. Llorad, Señora; vuestro llanto es justo: sois verdaderamente desdichada.

¿Lloras, Fortun? continuó la infeliz despues de algunos momentos consagrados á la pena. ¡Ah! todavía te queda que escuchar: aun no se han apurado las heces de la amargura. Cuando recobré mi aliento, el Rey se mostró irritado: su rostro antes jovial se manifestaba severo, y sus miradas aspiraban á infundirme temor. En vano; habia perdido ya la esperanza de mi amor, y nada tenia que temer. Quien solo espera per-

secuciones y daños ama la muerte, y libre de cuanto le hacia apetecer la existencia, desprecia con valor el poder de los tiranos. La desesperacion me dió fuerza. ¿Has entendido mis últimas palabras? me dijo el Rey, *Don Vela será tu esposo*. Jamás, le repliqué con orgullo. Dominas sobre mi cuerpo, eres dueño de atormentarlo, sepúltalo en el abismo, hazlo bajar á la tumba, hasta ahí llega tu poder, pero tú no eres dueño de mi alma: no, tú no me puedes obligar á ser perjura ante el Dios de las bondades: Dios protector de la virtud: Dios enemigo de la violencia que nos manda ser veraces, y nos enseña á ser libres. Tú no me arrancarás un sí mentiroso ante el Dios que defiende la inocencia. No puedes tanto. Yo te desafío: prueba; siempre me hallarás constante. Lo veremos, exclamó con una voz semejante al trueno espantoso precursor del rayo. *O morir, ó dar la mano á Don Vela*. ¡Infeliz! Quise reconvenirle, quise suplicarle... ya no era tiempo; habia salido del cuarto, y solo me habia dejado la angustia y la libertad de entregarme á la pena y el llanto.

— ¡Desdichada! dijo el afligido Fortun. Cuán justo, Señora, es vuestro dolor. Perdeis á un héroe; perdeis á un hombre virtuoso, y vais á ser la víctima de un malvado.

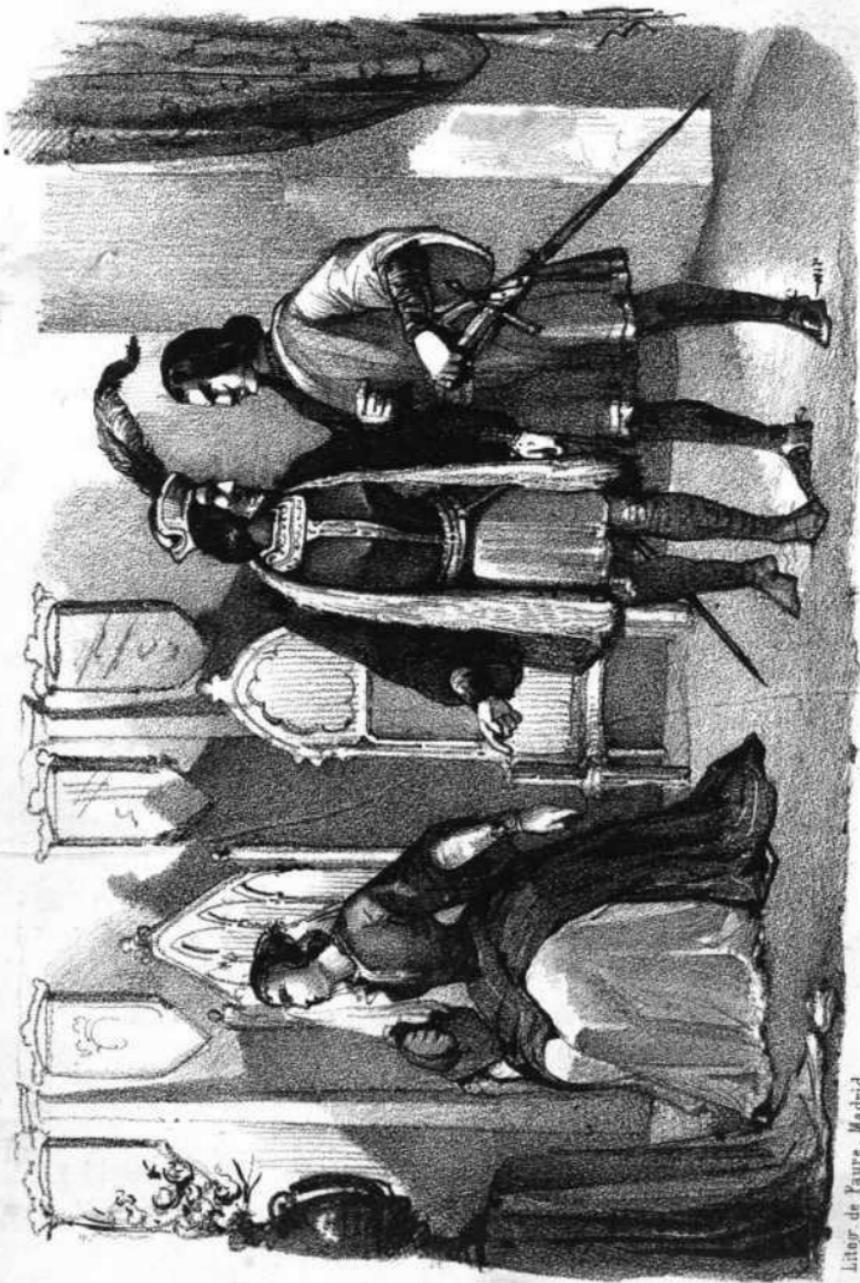
— Me horrorizo, amigo mio, respondió Doña Sancha. Tiemblo solo de pensarlo.

— Esperad, dijo Fortun. ¿Cuándo habeis de esclavizaros?

— Lo ignoro, contestó la Infanta.

— Aun hay medio, continuó el caballero. Enjugad vuestro llanto y mostraos placentera; aparentad que consentís gustosa, y suplicad al Rey que dilate vuestro enlace hasta que acabe la guerra; yo avisaré de todo á Fernan Gonzalez, y él os libraré de Don Vela.





Litog. de Paure, Madrid

— El Rey, dijo una de las damas llegando á la puerta del cuarto.

— Señor.

— Me alegro de verte, Fortun, dijo Don García. Ya sabrás por mi hermana que he dispuesto de su mano para dar la paz á mi reino.

— Sí, Señor, contestó el caballero.

— ¿Y tú te has tranquilizado? prosiguió el Rey dirigiendo la palabra á la Infanta.

— Doloroso me es, Señor, estrechar este lazo, respondió con aparente serenidad la triste Doña Sancha, pero vos lo quereis y.....

— Tú accedes? está bien. Ahora si que has llenado de alegría el corazón de tu hermano. Mañana serás feliz.

— ¡Mañana! repitió la Infanta con un grito doloroso que arrancó de su boca el espanto.

— ¿Te asombras? preguntó el Rey.

— No, hermano mio, dijo la desdichada, no; pero necesito de mas tiempo para preparar mi corazón con el descanso. He padecido sobremanera. Tú sabes que hago un sacrificio. Dame tiempo para disponerme á la calma antes de consumarlo. No conozco bastante á Don Vela. Permite que lo conozca. Dame tiempo para que lo trate; tal vez llegará á serme grato, y no me llevarás violenta á la presencia de Dios, ni pronunciarán mis labios un voto falso. Concédeme quince dias.

— Es imposible; dos dias permaneceremos en Pamplona: uno solo consagrará tu esposo al amor, contestó vivamente el Rey. El siguiente lo separará de tus brazos, pues marchamos á la guerra.

— ¿Y quereis violentarme para dejarme gozar tan pocas horas de mi nuevo estado? replicó la Infanta. ¡Ah! no, dejadme siquiera á Don Vela, dejad que pueda amarlo por su trato.

— No, hermana mia, respondió el Rey con acento cariñoso. Don Vela me es necesario.

— Pues bien, llevadlo; pero no me hagais triste su ausencia; dilatad mi matrimonio hasta acabada la guerra.

— Es imposible, contestó el Rey interrumpiendo á la Infanta. Quiero privar de toda esperanza de obtener tu mano al caudillo de Castilla, porque creo que asi terminaremos las luchas. Debe hacerse antes que partamos. Ya estás resuelta al sacrificio. Lo mas del camino lo tienes andado. Haz un esfuerzo de valor: recuerda quien eres, y tu nobleza te ayudará: mañana al anochecer celebrarás tu matrimonio. Fortun, conforta á mi hermana con tus consejos. A Dios, voy á participar á Don Vela su ventura para que pase á visitarte.

— Dispensadme de verlo esta noche, replicó la Infanta, estoy turbada y afligida. Necesito de la soledad para recobrar mi calma. Por la mañana.....

Está bien, respondió el Rey. No quiero contradecir todos tus deseos. Don Vela no te visitará hasta mañana.

— Estoy perdida. ¿Lo ves? dijo la afligida jóven á Fortun apenas se ausentó el Rey. Me has perdido con tu consejo, y me has obligado á comprometerme. Tú lo has hecho, Fortun, tú debes salvarme.

— Y bien, contestó el caballero. ¿Qué exigís de mí? ¿Quereis que busque á Don Vela y acabe con su infame vida?

— No, Fortun, prosiguió la Infanta. Mi hermano no te haria campo contra el inicuo, y un asesinato no es digno de mí ni de tu nobleza. Otro camino debemos seguir.

— ¿Y cuál es, Señora?

— Uno solo nos queda, dijo Doña Sancha inter-

rumpiendo á Fortun. Uno solamente... la fuga. Si consigo trasladarme á Leon libre de la violencia de mi hermano y bajo el patrocinio de mi hermana, podré reclamar los derechos de mi corazón, y nunca será mi mano del hombre á quien mas detesto.

— ¡Una fuga, Señora! exclamó tristemente Fortun, y poseido de terror quedó inmóvil como una estatua de mármol.

— ¿Dudas? preguntó con voz dolorosa la desventurada. ¡Ah! ya no me queda consuelo. Estoy perdida: mi amigo, mi único amigo, el solo protector que me quedaba me abandona, y se complace en entregarme á mis opresores.

— Matadme, Señora, dijo el caballero con el acento de la desesperacion. Matadme antes que pronuncieis segunda vez tan terribles palabras. ¡Abandonaros! ¡Entregaros yo mismo á vuestros opresores! ¡Complacerme en vuestro mal! ¿Y lo habeis creido? ¡Gran Dios! ¿Y asi me trata mi hermana?..... Por piedad, Señora, por piedad, no penseis asi de Fortun. Volvedme la honra de que me habeis privado. Conocedme mejor; conoced á vuestro fiel amigo. No solamente nunca os abandonaré, sino que bañaré la tierra con mi sangre por acudir á vuestra defensa. Pero la empresa que me proponeis es terrible. Sacaros de Navarra, esponeros al furor de la maledicencia, ved lo que exigís de mí. ¿Y os parece poco para quien ama vuestra honra sin duda mas que la suya?

— Pero no hay otro remedio, replicó la desconsolada Infanta. Solo fuera de Navarra puedo oponerme á la fuerza. Huyamos, Fortun. Sálvame; mi virtud y tu honor van con nosotros, y la malicia al contemplarnos temblará, y se abstendrá de sus calumnias.

— Temed, Señora, no obstante, contestó Fortun. La detraccion nada respeta. Es preciso qui-

tar todo incentivo á sus falsedades. Discurrámos....

Ambos quedaron en silencio, y Fortun dió algunos pasos por la sala.

Está resuelto, exclamó con la mayor alegría. Dios se compadece de vuestro infortunio. Escuchadme. Ya sabéis que el virtuoso Tello, á cuya fé estaba entregada la causa del noble Fernan Gonzalez, salió con él de Navarra. Su esposa, muger virtuosísima, yace inconsolable desde el momento de su ausencia, y en vano yo he procurado aliviarla. Afanosa por reunirse con su esposo desea pasar á Castilla. Meditad. Si os resolvéis á llevarla ofreciéndole libertad para trasladarse á Burgos, tendreis una compañera fiel y una criada amable y reconocida. Yo no debo acompañaros. Un escudero mio, de cuyo valor y secreto no me es permitido dudar, os acompañará hasta la frontera de Leon, volviendo precipitado para evitar toda sospecha. Decidme si os resolvéis, y todo estará dispuesto para emprender vuestra marcha.

— ¿Y puedo dudar un instante? respondió la Infanta. En la situacion en que me veo, la vereda mas estrecha es para mí un camino espacioso. Cuando el reloj del palacio dé la una, me encontrarás en los jardines junto á la fuente de Marte.

— Desde allí quedan á mi cargo los medios de libertaros, añadió Fortun, y sin detenerse un instante pasó á poner en práctica cuanto dejaba ofrecido.

## 5.

En tanto que la infeliz Infanta de Navarra lamentaba asi sus penas, y el generoso Fortun se disponia á libertarla del horrible cautiverio á que el Rey la condenaba, el insolente Don Vela paseaba en su habitacion entregado á las mas lisongeras esperanzas. Asom-

brado del éxito feliz de su empresa, no dudaba de que el Rey obligaría á su desconsolada hermana á que le diese la mano sin contemplar el abismo en que la sumergía, y en solo este pensamiento gozaba ya las horribles delicias que un alma feroz y cruel puede encontrar en la venganza. El despecho y la desesperacion del valiente castellano al saber tan funesta noticia se presentaban á su mente, y embriagado de placer y creyendo presente á su generoso rival, le dirijia con sonrisa insultante las reconvenciones mas amargas é injuriosas.

— Venid ahora, Conde de Castilla, exclamaba el indigno traidor. Venid á buscar la mano de vuestra amada. Yo os desafio á que la arranqueis de mi lado; yo provocho vuestro valor y arrogancia. ¡ Ah, Conde Fernan Gonzalez! Algun dia habia de llegar dichoso para mi venganza.

Asi se espresaba Don Vela, cuando llegó á sus oídos el ligero rumor de los pasos de una persona que se le acercaba, y dirigiéndose á la puerta vió penetrar en su cuarto al Rey Don García, que con sus miradas alegres daba á entender al malvado la complacencia de su alma.

— ¿ Qué ha respondido, Señor? preguntó al punto el inicuo.

— Lo que debiais esperar de su virtud y obediencia, dijo el Rey alborozado. Accede á daros la mano, y mañana será vuestra.

— Y yo, Señor, vuestro esclavo. Vuestra generosidad impresa en mi alma con caractéres indelebles escitará siempre mi gratitud, y mi existencia estará en todo tiempo en vuestra mano. Vos no sabeis cuanto os debo. La posesion de la Infanta es para mí mas apreciable que la del reino mas poderoso. Desde el momento en que la ví he suspirado por ella, y jamás

Irasta este día concebí alguna esperanza. Entregada vuestra hermana al amor vergonzoso de vuestro enemigo, y olvidada del justo rencor á que debiera inducir la muerte de vuestro padre, siempre desdeñó mis obsequios y me hacia llevar una vida tormentosa, consagrada solamente á los celos y á la rabia. Ahora todo ha cambiado. Dueño de su hermosa mano por vuestro generoso procedimiento, veo á la fortuna fijarse á mi lado y prometerme un porvenir venturoso. ¡Y con qué podré pagaros tan singular beneficio? ¡Ah, Señor! Cuando la suerte me condujo á vuestro lado á participar con vos de los riesgos y peligros á que os llamaba el deber de vengar á vuestro padre, hice juramento solemne de no abandonaros nunca, y de combatir por vos en tanto que mi diestra se hallase en disposición de manejar una espada; mas ahora que os debo tanto no sé cómo podré recompensar vuestros favores, y mi vida fuera poco en cambio de vuestra hermana.

—Nada me debéis, Don Vela, respondió gozoso el Rey. El favor que os dispenso está mas que compensado con el sacrificio que haceis de uniros á una muger que sabéis que no os ama. Es verdad que su deber la obligará á dispensaros su afecto, y que sus nobles ideas son segura garantía de que jamás dará lugar á vuestra desconfianza. Pero sin embargo, es cierto que ama á Gonzalez, y que vos vais á hacer un sacrificio en recibirla por esposa para satisfacer mi venganza, pues aunque ha consentido en unirse á vos, yo no puedo desconocer la violencia horrorosa que ha sufrido su alma.

—Sea como quiera, Señor, yo debo daros las gracias, y no puedo menos de vivir reconocido á vuestra adorable hermana, pues no me aborrece mucho cuando consiente en mi amor aunque sea con repugnancia. Tal vez me equivocaré; pero en vista de la facilidad

con que consiente en ser mía aun me atrevo á confiar en hacerme dueño de su alma. Mis obsequios, mis cuidados, arrancarán de su corazón la imagen de mi rival, y hasta no dudo de que he de lograr que lo aborrezca despues tanto como ahora lo aprecia. Si vos me lo permitis pasará á manifestarle.....

— Es muy temprano, Don Vela. Respetemos su dolor algunos momentos. Ha padecido bastante, y vuestra vista esta noche pudiera acaso ofenderla. Dejad que se tranquilice. Mañana podreis pasar á visitarla. Entretanto haced pública vuestra suerte, y yo daré las oportunas órdenes para que se celebre el solemne contrato.

El Rey partió al concluir estas palabras, y Don Vela viéndose solo llamó inmediatamente á sus criados, que entraron veloces para recibir sus órdenes.

— Qué se os ofrece, Señor, dijo el sanguinario Nuño.

— Que dispongas cuanto sea necesario para mi boda, respondió Don Vela.

— ¡Para vuestra boda, Señor! exclamaron absortos todos los criados.

— Sí, para mi boda, prosiguió el inicuo. Yo creia que ya lo sabiais, pero veo que Nuño ha sido prudente en extremo y que ha sabido callar.

— ¿Y cuándo os casais, Señor?

— Mañana sin falta alguna. Oye, Nuño. Ya sabes mi modo de pensar espléndido y generoso. No omitas por consiguiente ninguna especie de gasto. El honor que se me dispensa, y el alto rango á que me veré elevado en este pais donde ahora soy reputado extranjero merecen alguna cosa, y no debemos perdonar ningun dispendio.

— ¿Pero estais seguro de que os casareis mañana?

— Estoy tan seguro, Nuño, que solo perdiendo el

juicio sería como pudiera dudarle. Ahora mismo, en este instante acaba el Rey de honrarme con su presencia, y el mismo Rey me lo ha asegurado.

— Dios quiera que no se engañe, dijo el desconfiado Nuño. Cuanto mas os afirmáis en vuestras esperanzas, mas temo verlas perdidas. Yo no puedo convencerme de que Doña Sancha consienta en haceros dueño de su mano.

— Precisamente consiente gustosa, replicó Don Vela.

— Y precisamente porque consiente gustosa sospecho yo mas, respondió el criado. Mirad, Señor, lo que haceis, y no tengais tan desmesurada confianza. Las mugeres saben mas que las culebras, y son capaces de engañaros á vos, al Rey, y á todos los navarros. La Infanta buscará medios para salir de este paso.

— Dificil le sería conseguirlo aunque supiera mas que el diablo, añadió Don Vela. Para todo cuanto quisiera hacer necesitaria tiempo, y el Rey para precaver ha dispuesto las cosas con tanta velocidad, y le ha negado todo plazo. Nuño, desengáñate, á pesar de tus sospechas mañana me verás casado. Discurra la Infanta ahora cuanto quiera, no podrá ya conseguir desatar este lazo. Una noche le queda para librarse, y en pocas horas poco se hace.

— No tan poco, no tan poco, respondió el malvado Nuño. Yo no digo que la Infanta quiera sublevar la Navarra, ni llamar durante ellas al Conde Fernan Gonzalez; pero figuraos por un momento que intente, asegurándoos hoy, burlaros mañana. ¿Podeis vos preveer si sus pensamientos la llevarán hasta el extremo de esperar á negarse cuando á los pies del altar pueda invocar en su auxilio la proteccion del prelado?

— Vaya, tú deliras, Nuño. ¿Y crees á la Infanta capaz de pensar así? No ves que para eso sería nece-

sario que fuera tan mala como nosotros, ó te tuviese á tí por consejero. Tienes aprensiones que no las tuviera un diablo. ¿Una jóven virtuosa y educada con esmero habia de pensar con tanta prevision como un malvado? La Infanta, Nuño, es un ángel, y no puede tener las mismas ideas que un hombre que es maestro en todo lo malo.

— Vos me tratais á vuestro placer, dijo Nuño, y me prodigais los mas honrosos tratamientos, como si tuviese obligacion de aguantaros. Para vos yo soy un tigre; soy la deshonra del género humano, y no hay en el diccionario de nuestra lengua un dicterio que no me apliqueis con frecuencia. Eres un perverso..... eres maestro de la iniquidad..... eres un malvado: hé aqui lo que siempre me estais diciendo. ¿Y sabeis por qué me lo decís y por qué tengo yo la paciencia de aguantarlo? Porque conozco que teneis razon y que yo la tendria tambien si os dijera otro tanto. Vamos, no hay que incomodarse. Sed franco cual yo lo soy, y vereis que no me engaño: yo no soy bueno, ni lo era cuando vine á vuestra casa, pero tampoco he tenido que corromper vuestra moral. Aun me parece que me habeis viciado.

— Entre ruin ganado pcco hay que escoger, dijo riéndose Don Vela. Mira, no me vengas con sermones; calla tu boca, y trabaja para que me presente con un tren lucido al casarme. Esto es lo que ahora interesa. Despues aprende á obsequiar á tu ama y á presentarte delante de ella con un rostro mas complaciente que el que presentas ahora.

— ¿Cómo que aprenda á obsequiarla? ¿Pues qué no sé por ventura? Sé mas de lo que pensais, y la he de obsequiar mas que vos, y he de servirla hasta su último lamento.

Los ojos del asesino brillaban con un resplandor

tan funesto, que á pesar de sus maldades Don Vela se estremeció al contemplarlo, y horrorizado exclamó.

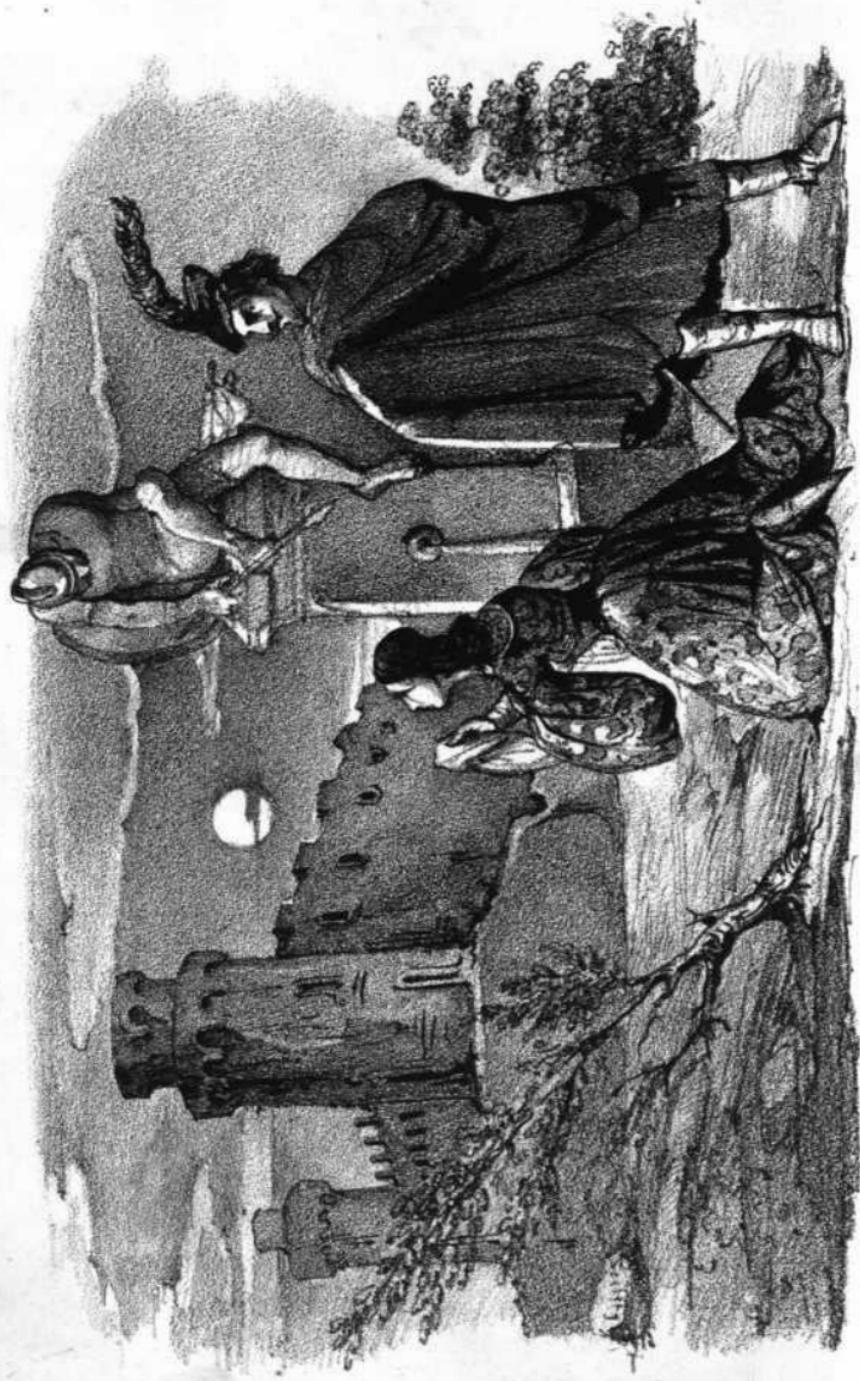
— Te digo, Nuño, que eres peor que yo.

— Vos lo habeis dicho, respondió el asesino. Poco hay que escoger entre ruin ganado.

## 6.

El silencio reinaba en Pamplona. Las calles solitarias inspiraban pavor, y el bronco sonido del viento quebrantado en las fraguras de las montañas vecinas, sepultaba los tímidos corazones en el terror y el espanto. Los criminales ó los afligidos marchaban solamente con paso firme hollando el horror de las tinieblas, y despreciando su imponente aparato. Un ángel, una tierna hermosura anegada en doloroso llanto, atravesaba tambien los bellos jardines del palacio, y buscando la negra sombra de los espesos arbustos, procuraba ocultarse á la vigilancia de los centinelas que custodiaban aquel sagrado recinto. Mil veces el aire moviendo las hojas hizo palpar su angustiado pecho, y otras mil un ay de pavora fue á escaparse de sus labios. El mas ligero rumor, el pacífico murmullo de algun alegre arroyuelo, ó el vuelo de un pajarillo que aterrado por el silvido del espantoso huracan abandonaba su nido para guarecerse de una gruesa rama que lo pusiera á cubierto de la incómoda molestia, bastaban para asustarla. En lucha tan congojosa el valor la abandonaba y las fuerzas le desfallecian, cuando miró desde lejos la hermosa fuente de Marte, blanca como el velo ligero que agitan en sus hombros los seres celestiales protectores de la virtud y de la inocencia. Aquella fuente era el término deseado: la jóven minoró su angustia y aligeró el paso.... al llegar oyó un ruido tremendo..... era el reloj del alcázar..... la una.





Lithog. de Faure, Madrid.

— ¡Buen Dios! exclamó la desventurada vígen, y cayó postrada en el suelo..... A Dios alcázar que me vió nacer. A Dios..... Ya no hay asilo para esta infeliz obligada á abandonar su patria. ¿Dónde iré, desventurada de mí? ¿Dónde podré mitigar el dolor que me atormenta? Lejos de cuantos objetos amaba, solamente espero ya dias de afliccion y amargura. ¡Ah Don Vela! ¿Por qué habeis llevado tan allá vuestro implacable furor? ¿Por qué estendeis hasta mí vuestra sangrienta venganza? Pero no: no es de vos de quien yo debo quejarme; mi resentimiento debe dirigirse todo contra quien olvidado de quien soy me trata como á una esclava.

Un profundo silencio siguió á las últimas palabras de la entristecida jóven, que sumergida en su pena permaneció algunos minutos regando el suelo nativo con el mas ardiente llanto.

Un caballero oculto en una capa obscura, y sin otra compañía que la de su temible espada se le acercó lentamente, y con el mayor respeto le dirigió la palabra.

— Señora.....

— ¡Fortun!

— Yo soy, dijo el valiente Navarro. Vengo á cumplir mi promesa, y á conduciros lejos de este alcázar. Seguidme.

La Infanta se puso en pie y tomó el brazo de su libertador para proseguir su marcha, pero su corazón angustiado la habia hecho perder las fuerzas, y trémula y pavorosa apenas acertaba á mover la planta.

— Animo, Señora, exclamó el noble Fortun. No vacileis en el instante crítico. Todo está corriente, y antes de una hora ya os vereis en salvo.

— Sosténme, noble amigo, contestó la desventurada. No puedo más: me faltan las fuerzas al dejar el

albergue nativo y huir como una criminal de la pater-na casa.

— Alentaos por vuestra vida. Estamos en la fuente de Marte, recuperad el valor: bebed una poca agua.

La trémula Infanta obedeció á su fiel y valiente amigo, y recobrada algun tanto de la pena suspendió el abundante llanto.

— Vamos, continuó su protector. No perdamos el tiempo. Avivad. Ya estamos cerca.....

La hermosa jóven apoyada en el brazo de su gene-roso conductor, atravesó con paso ligero las calles sombrías del hermoso vergel, y llegó por fin á la cerca que lo terminaba.

— Martin, dijo con voz recelosa el valiente For-tun, y un hombre apareciendo encima de la cerca es-peraba con la mayor atencion recibir sus órdenes.

Coloca la escala, dijo el caballero, y el criado des-plegando una de cuerda la afianzó sobre la barda de la tapia, y descendió al jardin con la velocidad del vien-to. El caballero se llegó á la escala, y tirando de ella con el mayor esfuerzo se aseguró de que no corrian ningun riesgo.

— Está bien, exclamó. Martin, sujeta esta cuerda.

El criado lo obedeció, y Fortun dirigiéndose á la tímida jóven que buscaba su libertad en sus cuidados, continuó.— Venid, Señora. La Infanta se acercó ligera, y llena de ansiedad por salir de un estado tan penoso. Iba á poner el pie sobre la cuerda, cuando Fortun asiéndola del brazo le dijo. Esperad..... es preciso que yo suba primero; y trepando veloz se sentó sobre la cerca esperando á la jóven hermosa.

— Subid, añadió, y teniendo una mano protectora á la Infanta que le obedecia, dijo con acento de pla-cer. ¡ Gracias á Dios! Ya teneis vencida la cerca. Res-pirad.

La Infanta sentada sobre la elevada tapia permaneció algunos instantes recobrando su aliento, y procurando mitigar los fuertes latidos que daba su corazón al abandonar de tal modo el alcázar paterno; pero la voz de Fortun que conociendo el peligro en que estaban se habia colocado sobre otra escala de mano que habia en la parte exterior; vino á sacarla bien pronto de su inaccion y á ponerla en movimiento.

— Ya es tiempo de concluir, dijo el caballero. Descended; y ayudando á la tímida jóven la condujo hasta el suelo. Concluimos, dijo por fin; estamos fuera de palacio.

— ¡Cuánto te debo, Fortun! exclamó la afligida hermosura.

— Nada, Señora, He cumplido con mi obligacion. De otro modo no os hubiera hecho ver que soy vuestro verdadero hermano. ¿Has acabado, Martin?

— Sí, Señor, respondió el criado. Tomad esta escalera de cuerda, y yo llevaré la de madera. ¿Qué hacemos ahora?

— Vamos á la muralla, respondió Fortun.

— Dios de bondad proteged nuestros pasos, dijo con acento fervoroso la Infanta, y siguió veloz á su valiente amigo.

Los tres personajes que animaban esta escena nocturna discurrieron largo rato por las silenciosas calles con todas las precauciones que la prudencia exigia, y arribaron felizmente al punto que deseaban. El fiel criado se acercó á la muralla, y recorrió con ojos codiciosos el espacio. Cuatro ó seis puntos fueron examinados con detencion, pero ninguno satisfizo sus deseos.

— Aquí, aquí, exclamó finalmente, deteniéndose junto á la muralla: este es buen sitio. Por aquí se puede bajar con facilidad. Apenas hay de altura veinte y cinco palmos.

— Pues coloca la escala, respondió Fortun, y dirigiéndose á Doña Sancha continuó. Vamos, Señora, este es el último riesgo. Subid.

La Infanta ayudada de Fortun subió hasta el adarve, y el caballero después de ordenar á Martin que colocase la escala continuó.

— Baja, Martin, veamos si están firmes las cuerdas.

Martin descendió, y Fortun asegurado por este medio de que la escala estaba segura, dijo á Doña Sancha que bajase, y la siguió á pocos momentos.

Vuélvete, Martin, dijo al fiel criado apenas puso los pies en el suelo. Ten cuidado de recoger en sitio seguro las escalas.

— Descuidad, Señor, ya sabéis que me interesa vuestra suerte.

Martin desapareció veloz como un relámpago.

— Vamos, Señora, prosiguió el noble Fortun. Pronto encontrareis á vuestra compañera. Va disfrazada y vestida de hombre. Vos ireis lo mismo. El criado que os acompaña, aunque fiel y reservado, no sabe quien sois; ocultádselo. Siempre es útil el secreto. Yo ocultaré vuestra marcha arrojando las ropas mugeriles en el camino de Castilla. Ahora ya no teneis mas remedio: serenidad y confianza.

He recobrado el valor, respondió Doña Sancha. Interin estuvimos dentro de Pamplona, mi corazon pavoroso palpitaba con frecuencia. No podia mirar sin horror los peligros que me rodeaban. Ahora ya respiro, ya me veo segura, y la libertad ha confortado mi alma. Ya no camino con paso trémulo, no; llevo la planta veloz con firmeza, y creo que se ha robustecido mi constancia.

Los dos amigos caminaron largo rato entregados á ideas bien satisfactorias, y casi admirados del feliz

éxito de una empresa tan arriesgada. La reconocida jóven no cesaba de dar gracias á su libertador, en tanto que este la juraba mil y mil veces que siempre lo encontraria pronto á darle nuevas pruebas del espíritu de fraternidad que lo animaba.

Así arribaron hasta un bosquecillo distante un cuarto de legua de la ciudad, y Fortun suspendiendo los pasos dijo á su jóven amiga.

— Deteneos. Estamos cerca de vuestra compañera. Sentaos, y esperad un instante.

La Infanta obedeció, y el caballero se internó en el bosque, y volviendo á poco rato continuó. Aquí teneis un vestido de hombre. Desechad vuestras ropas y disfrazaos. Cuando hubiéreis concluido llamadme; y acabadas estas palabras torció á desaparecer.

La Infanta viéndose sola cambió de trage con la mayor prontitud, y llamando al caballero, que se presentó en el momento, marcharon en busca de los caballos.

— Aquí teneis á vuestro compañero, dijo Fortun á la esposa del secretario presentándole á la Infanta. Suero, añadió, dirigiendo la palabra al criado. Acerca ese caballo blanco. Tomad, continuó volviéndose á la Infanta: este troton es seguro y veloz. Montad.

Todos obedecieron, y Fortun tambien ocupó su caballo.

— Ya no hay que perder un momento, pues se acerca el día, prosiguió. Suero, tú quedas encargado de la direccion de la marcha. Conduce á estos caballeros á las fronteras de Leon por la provincia de Asturias. Apenas los hayas dejado en salvo regresarás á Pamplona, pero no por el mismo camino. Es preciso que nadie descubra tu marcha.

— Descuidad, noble Señor, respondió el escudero. Vos sabeis que soy prudente y callado.

— Caballeros, dijo Fortun, dando la mano á las dos Señoras: *serenidad y confianza*.

— A Dios, mi buen protector, respondió la Infanta. Hasta que pueda compensar tu generosidad con mi agradecimiento.

— He cumplido mi deber, y estoy recompensado, replicó el caballero, y volvió la brida al fogoso caballo.

Las fugitivas señoras hicieron lo mismo, y continuaron su marcha turbadas y presurosas. Fortun llegó al sitio donde se había disfrazado la Infanta, y recogiendo las femeniles vestiduras partió para arrojarlas en donde pudiesen ocultar sus pasos.

## 7.

La noche tenebrosa y obscura llegaba á su fin. Fortun había desempeñado la comision arriesgada en que voluntariamente se empeñó, y la Infanta de Navarra entregada á sus amorosos cuidados caminaba placentera al palacio de Leon, cuando el sol abandonando el opuesto hemisferio descubria por encima de las altas montañas las primeras ráfagas de luz. Un grupo de soldados situados en la puerta del alcázar de Pamploña esperaba afanoso este indicio de regreso del mas luminoso astro, y sus voces de alegría resonaron con estruendo al tiempo mismo que los templados tambores hicieron oír el toque alegre de diana, y quitaron el sueño á los pacíficos moradores de la populosa ciudad, que asombrados de novedad tan inesperada dejaban el perezoso lecho para asomarse á las ventanas é informarse de la causa por qué se adelantaba de aquel modo la mañana de la tropa.

— Vivan la Infanta y Don Vela, se escuchaba sin cesar; *Vivan la Infanta y Don Vela*, se repetía por

todas partes, y á la voz de *la Infanta se casa*, un pueblo numeroso se acercaba por todas partes á la morada del Rey.

Los patios del alcázar se llenaron de concurrentes: los cortesanos se apresuraban á dar el interesado y adulador parabien al hombre dichoso, y hasta el mismo Don García participando tambien del entusiasmo comun abandonó su descanso y se reunió á sus vasallos.

— Alegraos, hijos míos, les dijo con voz amable. Hoy es un día de ventura consagrado á los placeres, y nada debe impedirnos demostrar vuestra alegría. Decid que viva mi hermana; felicitadla en su dicha, y dad el parabien á Don Vela.

Los vivos no le dejaban seguir, y menos cuando Don Vela se presentó á corto rato. Los cortesanos astutos poniéndose siempre al lado por donde sentian el viento del favor lo rodearon al instante, y le prestaron mil obsequios, que el malvado recibió con orgulloso placer, y el Rey lo estrechó entre sus brazos.

— Vedle, Navarros: miradle, dijo Don García á su pueblo. Ved al esposo de la Infanta. Un brazo noble y valiente va á ocupar tan digno puesto y á ser vuestro protector. Ensalzad su felicidad con vuestros festivos acentos.

En tanto que el pueblo aclamaba el enlace que creyó cercano, el Rey estrechaba la diestra del insolente traidor, y cediendo á su impaciente deseo de ver acabado el horrible sacrificio le dijo.

— Vamos, Conde, venid, vamos á ver á mi hermana.

El Rey seguido del pérfido amante y de algunos próceres, llegó á la habitacion de la Infanta.

— Avisad á mi hermana que quiero verla, dijo á las damas.

—Aun no ha dejado el lecho, Señor, le respondieron.

—¿Aun no? preguntó Don García. Avisadle, es forzoso que despierte; son las seis, y el pueblo desea su vista. Decidle que yo lo ordeno, y que es preciso que satisfaga á los obsequios de mis amados vasallos.

Las damas entraron en la estancia reservada.

—Hoy van á tener fin vuestros deseos, prosiguió el Rey mirando á Don Vela.

—Hoy, Señor, respondió el caballero, la mano de vuestra hermana.....

—Piedad, Señor, exclamaron las damas volviendo llorosas y cayendo de rodillas. Piedad, gran Rey..... No paseis mas adelante.

El acento lastimero de las pavorosas jóvenes que con ojos estraviados, alentando apenas, y con los rostros pálidos y lívidos, cual si la segur de la parca pasára sobre sus cabezas, estendian hácia el Rey sus trémulas manos, causó en Don García la mas imponente sorpresa, y perdiendo tambien el color las preguntó con espanto.

¿Qué sucede? ¿Qué sucede? ¿Ha cometido mi hermana algun crimen?

—Se ha fugado, Señor..... Ha desaparecido de su cuarto, respondieron las desdichadas.

¡Insensatas! dijo el Rey. ¿Y es para esto para lo que yo os tenia encomendada su custodia? ¿Es asi como cumplís los deberes de vuestro honroso destino? ¡Ah! continuó con amarga sonrisa. ¿Creeis sin duda que vuestra edad y vuestra clase os servirán de disculpa á la maldad que dejais perpetrada? No, miserables, no. El castigo mas severo será el premio de vuestra perfidia. Respondedme. ¿En dónde habeis dejado á la Infanta?

—La dejamos en el lecho, Señor, respondió una de las dueñas,

— Temblad, replicó Don García. Vosotras se-  
reis las víctimas de nuestra venganza. Conducidlas á la  
torre, dijo á los soldados de la guardia, y mirando  
con desden el amargo llanto de las inocentes señoras,  
y seguido del pérfido amante, á quien el terror y la  
desesperacion habian dejado en un estado de estupor,  
entró en la habitacion de Doña Sancha. Nada indicaba  
su fuga. Colocadas todas las cosas en el estado ordina-  
rio, hacian ver de un modo indudable que la generosa  
jóven al abandonar su mansion no se habia llevado na-  
da, y el Rey principiaba á dudar de su ausencia cre-  
yendo que tal vez se ocultaria en el alcázar, cuando  
dirigiendo su vista hácia el lecho descubrió sobre él un  
pliego que recogió con afan y leyó con asombro.

— Ya es indudable, exclamó, ved lo que dice mi  
hermana.

“La esclavitud es mas temible que la muerte, y  
» yo no puedo sufrir verme esclava. Habeis intentado  
» violentar mi inclinacion sacrificándome á vuestra ven-  
» ganza y entregándome á un traidor: el sacrificio era  
» demasiado atroz, Rey de Navarra, y no debeis estra-  
» ñar que yo muestre en mis acciones toda la grandeza  
» de mi alma. Si á vos os toca mandar, á mí me cor-  
» responde resistir á una órden tan desusada. Cuando  
» leais estos renglones ya no temeré vuestra venganza.  
» Disponed no obstante de mi voluntad. Os obedeceré  
» como hermana, pero decid á Don Vela que la mano  
» de un aleve no se unirá en ningun tiempo con la de  
» una Infanta de Navarra.”

— Pronto, Don Vela. Tomad un caballo, dijo el  
ofendido Rey al concluir de leer la carta. Salid luego  
de Pamplona. Toda mi guardia seguirá vuestros pasos:  
recorred bien la campaña: buscad esa pérfida fugitiva  
y conducidla á mi alcázar. ¡ Miserable! Su muerte no  
será bastante para mi justa venganza.

— Saldré, Señor, replicó el inicuo. La buscaré con afán y eficacia. Deseo mas que vos saber de ella; no por verla, no por castigarla. Quiero saber solamente los cómplices en su fuga. Debe haberlos, y yo he de arrancarles el alma.

— Un labrador quiere hablar á vuestra Alteza, dijo Suer de Stúniga. Parece que sabe de la fuga de la Infanta.

— Pronto, condúcelo á mi presencia, respondió Don García. ¡Desdichada! El cielo nos descubrirá tu paradero: el cielo volverá por su causa.

Stúniga que habia salido á cumplir la orden del Rey tornó á entrar á poco rato conduciendo á un labrador anciano, en cuyo rostro tranquilo, poco fatigado por las horribles pasiones que acibaran los momentos de la vida pasagera del hombre de la ciudad, se hallaban pintadas las muestras de la virtud. La presencia del Rey no alteró en nada la tranquilidad de su alma.

— ¿Qué es lo que traes, hombre honrado? le preguntó Don García.

— Una cosa que es vuestra, Señor, contestó el rústico temblando. Estos ricos vestidos que me encontré esta mañana. Los he conducido á Pamplona. La verdad, Señor, como los ví tan majos los traia para venderlos, porque me parecieron una alhaja; pero á poco de llegar supe que eran de mi Señora la Infanta. Entonces he dicho, estos vestidos son robados. Voy á llevárselos á su ama, que se alegrará mucho de tenerlos y me dará un buen hallazgo. Por eso he venido á palacio.

— Basta, dijo presuroso Don García. Tuyos son; yo te los doy. ¿Dónde los has encontrado?

En el camino de Castilla, Señor, contestó el labrador lleno de contento al verse dueño de tan rica prenda.

— ¿En el camino de Castilla? replicó el Rey.

— Sí, Señor, continuó el rústico. Mucho antes de salir el sol esta mañana oí yo pasar junto á mi alquería un caballo muy ligero, y me asomé á la ventana. Solo ví un hombre que corria. Anda con Dios, dije para mí: no corre poco ese hombre; pero como no me importaba, no hice caso. Me levanté y arreglé una carga de ensaladas, y salí para traerlas á esta ciudad. Bien sabe Dios que solo pensaba en ellas. Llegué al camino, y apenas habia andado cincuenta pasos me encontré con este bulto. ¿Qué será esto, decia yo? ¿Qué será este lío? y me bajé para.....

— Pronto, Don Vela, dijo el Rey interrumpiendo al rústico. Ya sabeis el paradero de mi hermana. La inicua se dirige á Castilla en busca de su amante. Marchad vos tambien, seguidla: no dilateis un minuto la persecucion.

— Volaré, Señor, respondió el malvado. Si un protector sobrehumano no la ampara, pronto la vereis volver á Pamplona triste y abatida, sin libertad y sin venganza.

La guardia del Rey tomó los caballos: Don Vela partió veloz á la cabeza de ella, y al mismo tiempo otras partidas salieron por diversos caminos en busca de la Infanta. El Rey ciego de furor precipitó la orden de guerra, y seguido de algunas tropas marchó pocas horas despues á los confines de Navarra, ardiendo en deseos de sangre y de una guerra implacable y funesta, para la que dejó convocadas á todas las fuerzas de su reino, mandando que le siguieran, y que los pueblos y los Señores presentáran completos sus contingentes sin excusa ni demora.

## 8.

No eran menos terribles ni menos activas las operaciones del Conde. A su llegada á su patria encontró á los castellanos sobre la frontera de Navarra. Las tiendas anunciaban un aspecto de paz y alegría como Gustio habia indicado á Fortun, pero en el interior de ellas se veian las duras cotas impropias de los festines, y útiles enteramente en medio de las batallas. Fernan Gonzalez contento de la prudencia de Gustio, le daba las pruebas mas relevantes de su reconocimiento, haciéndolas estensivas al anciano Albar Fernandez, que habia sabido llenar con tanta eficacia los avisos del guerrero, y poseido de aquel generoso entusiasmo que solo pueden apreciar los valientes, resolvió hacer un alarde de las tropas que lo esperaban.

La órden del fuerte caudillo se habia esparcido apenas por los contentos soldados que lo circuian desde el momento de su arribo, cuando las ligeras banderolas que ondeaban sobre las puntas de las blancas tiendas desaparecieron, y ocuparon su lugar los estandartes de guerra con los escudos de armas. La amarilla bandera de Lara ondeaba junto á la del Conde, y la verde insignia de los progenitores del Cid se hallaba tambien inmediata. La vista guerrera de cuantos presenciaban aquel magestuoso cuadro media el valor de las tropas por las insignias que veia, y no por el número que nunca contaba.

Un cuarto de hora despues aun se hizo mas admirable la escena. El Conde Fernan Gonzalez seguido de Garci Nuñez y cuatro pages de armas, apareció á la puerta de su tienda; ocupó el ligero caballo que su valiente escudero vino á presentarle, y pasó á situarse en una altura pequeña que se elevaba á doscientos

pasos del campo. Una nube de polvo se elevaba al mismo tiempo á las inmediaciones de éste, y el sonido del clarín unido á la voz de los gefes y á las aclamaciones de los soldados, fue aviso seguro de que iba á principiar la revista.

El fuerte Gustio de Lara fue el primero que apareció seguido de sus vasallos. Cuarenta caballeros sometidos á su mando, cien piqueros y doscientos archeros, componian la manada que sustentaba á su costa. El estandarte amarillo conducido por un jóven que apenas llegado á la pubertad, inspiraba entusiasmo y confianza. El fuerte Diego Lainez era el segundo en el orden. La divisa verde que le servia de bandera, recordaba á sus guerreros que jamás habian huido, y que en ella se fijaban las esperanzas de España. El número de sus tropas era igual enteramente al del respectable Lara. Continuaba Luis Orda. Su hueste era mas pequeña, pero treinta caballeros y ciento cincuenta infantes alistados bajo su blanca bandera, bastaban á imponer terror á tropas mas numerosas. Se veia poco despues la bandera azul del invencible Gonzalo Tellez, y asi progresivamente aparecian las de los demas señores que fijaban su fortuna en defender al caudillo que luchaba por su patria. A todos ellos seguian las fuerzas de los concejos. Un cuerpo de caballería formado de diviseros, llevando pintadas en los escudos las armas de las poblaciones á que habian consagrado su valor abria la guerrera marcha, y despues de ellos Gomez Manrique conducia una legion de piqueros, en la que siempre Castilla formaba sus esperanzas. Pelayo Pelaez á la cabeza de cuatrocientos archeros cerraba la retaguardia.

El defensor de Castilla correspondió placentero á los saludos de los gefes y vivas de los soldados, y luego que estos hicieron alto dejando el fogoso troton,

paseó por entre las filas hablándoles y animándolos, y despues de hacer algunas mercedes mandó que todas las tropas se retirasen al campo.

Le obedecieron al punto, y él seguido de sus pages entró tambien en su tienda. Nada entonces alteraba la paz de los castellanos. Un caballero no obstante llegó un momento despues, habló con Gustio de Lara, y volvió sobre su marcha seguido de veinte caballos.

Gustio sin hablar palabra pasó á la tienda del Conde, y saludándole con respeto le dijo. El enemigo se acerca, los forrageadores vienen huyendo de algunos caballos navarros, y parece que es Don Vela el que los manda.

— ¡Pérfido! respondió el héroe. El solo causa esta guerra. Dios me proporcione una completa venganza. Es un monstruo que debe desaparecer de la tierra. Su vida infame y atroz es un veneno mortífero arrojado sobre el globo como una funesta plaga.

— Un heraldo de Don García solicita hablaros, dijo Garci Nuñez.

— No debia concederle la entrada, contestó Fernan Gonzalez. Don García faltó á la fé de las gentes, y yo no debiera guardarla. Su enviado debia perecer, y su cabeza puesta sobre una lanza habia de ser un padron que publicára su infamia..... El infeliz no tiene culpa en los escesos de su Rey..... Viva, quiero ser mas generoso que el tirano de Navarra. Dile que entre. García desapareció.

— Por Dios, Señor, exclamó Gustio. Por Dios que os mostreis lo que sois. Arrojad toda debilidad de vuestra alma. No oigais ninguna disculpa de ese temerario Rey. Desechad todas sus proposiciones, y vengaos de su perfidia en el rigor de una batalla.

Interin que Gustio hablaba, Garci Nuñez volvió á entrar conduciendo de la mano al heraldo, quien des-

pues de verse libre del espeso pañuelo que había cubierto sus ojos ínterin discurrió por el campo, dijo. El noble Rey Don García os saluda.

— Y yo, le respondió el Conde, le provocó á una batalla.

— No se negará á ella el Rey, contestó el mensajero. Pero me ordena, Señor, que os reclame la persona de su hermana. Vos no debéis admitirla en vuestros estados fugitiva de su alcázar. Si lo haceis, faltáis á vuestro deber y ofendeis su fama y honra. Debeis, Señor, entregarla. Si no os convenís, el Rey por mi medio os desafía á una singular batalla.

— No te entiendo por mi vida, respondió asombrado el Conde. ¿La persona de la Infanta me has pedido que te entregue?

— Sí, Señor, replicó el heraldo. Os demando á Doña Sancha.

— Juro á Dios que no sé de ella, prosiguió Fernan Gonzalez, y puso la mano en la cruz de la espada. Jóven, añadió, vuelve á Don García, y dí que Fernan Gonzalez nunca falta á su palabra. No sé de la hermosa por quien me preguntas, y ahora mismo la creia dentro del paterno alcázar. Dí al Rey que yo se lo juro. Que si llegase á Castilla la Infanta, yo mismo la entregaré á su poder siempre que me dé seguridad de no maltratarla; pero que en este momento todo lo ignoro; no soy sabedor de nada. Si no fia de mi verdad, dile que vista sus armas, y que dentro de una hora lo espero en medio del campo para probar mi venganza.

El heraldo desapareció. ¿Es verdad, amigo Gustio lo que pasa? continuó el Conde. ¿Tú viste cosa mas rara?

— Creo, Señor, respondió el caballero, que vos sois el causante de la fuga de la Infanta. No lo dudeis.

Su hermano sospecharia que ella os habia coadyuvado, y....

— Un anciano solicita veros, dijo Garcí Nuñez. Dice que viene á entregar una carta.

— Que entre, contestó Fernan Gonzalez.

— Gracias á Dios que llego á vuestra presencia, dijo postrándose á los pies del Conde un hombre desconocido. No soy, Señor, quien parezco. Vedme, añadió despojándose el rostro de la rizada cabellera. Soy una muger anciana, esposa del secretario que salió con vos de Pamplona. Me he separado de la Infanta de Navarra en las fronteras de Leon, y vengo á implorar vuestra piedad y á reunirme con mi esposo. La Infanta me ha entregado para vos esta carta.

— Sentaos, Señora, sosegad. Estais á cubierto de toda injuria, y luego partireis á Burgos, donde os espera vuestro esposo, contestó Fernan Gonzalez, en quien el asombro crecia con cada nueva que le llegaba. ¿Dónde queda Doña Sancha?

— En toda seguridad, Señor. Ya estará bajo la proteccion de su hermana.

— ¿Pero cómo fue su fuga? replicó impaciente el Conde.

— Leed, Señor, si gustais, esa carta. Yo no puedo satisfaceros.

— El Conde abrió el pliego y lo leyó presuroso.

— ¡Insensato! exclamó, volviéndose con furor hácia sus caballeros. Pronto, García, dadme la ferrada lanza. A las armas todos. Corred, vengadme. No haya piedad. Caiga bajo vuestros aceros cuanto respira en Navarra.

— Señor, dijo Garcí Nuñez. ¿Qué os sucede? ¿Qué os irrita?

— La mayor de las infamias de mi feroz enemigo, respondió el valiente Conde. Don García quiere ro-

harme á mi amada; quiere privarme del corazón de mi querida, y sepultarla en la infamia. Quiere hacerla esposa de Don Vela con la mas indigna violencia. Doña Sancha se ha visto obligada á fugarse de su patria. Ya nada merece á su hermano. Nada se opone á mi venganza. Satisfaced hoy, amigos, vuestro aliento tantas veces reprimido; corred de uno en otro lado por el campo de batalla, y la muerte y el terror sean los precursores de vuestras armas. Dejadme una cosa sola; un objeto de venganza. Dejadme acabar con Don Vela. Mi brazo ha de arrancarle el alma.

— Teneis mil veces razon, dijo el valeroso Gustio. Corramos, Señor, á las armas. Viva este dia en la memoria de los hombres. Hoy es el último de Navarra. Vamos, caballeros.

Los capitanes salieron presurosos, y las cajas dieron la señal de alarma.

— El cuadro que va á presentarse deberá aterrarnos, Señora, dijo el Conde volviéndose á la esposa del virtuoso Tello. Debeis alejaros del rumor de las armas; marchad al momento á Burgos, y consolad á vuestro esposo, que aun suspira por su antigua patria. Esperad alli mi reconocimiento, pues la ingratitud es desconocida á mi alma.

Llamó el Conde á varios de sus criados, y les dió orden de acompañar á aquella Señora hasta dejarla en su alcázar, y recibiendo despues la espada temible de mano de un page de armas, salió á tomar el caballo y á vengarse del Rey de Navarra.

## 9.

La prontitud con que obedecieron todos la orden de Fernan Gonzalez fue causa de que Don García al llegar á reunirse á Don Vela se viese ya provocado á

venir á una batalla. Furiosos los castellanos se dirigian en su busca en la actitud mas hostil, y no solamente lo desafiaban con voces, sino es que hacian el uso mas espantoso de las armas arrojadas. Todo indicaba que el Rey no dejaria de aceptar un lance que al parecer buscaba tan afanoso; pero D. García previendo que no le seria posible vencer con las pocas tropas que tenia á su mando, y que llegaban cansadas, no solo no contestó á las injurias de sus enemigos, sino es que viéndolos dispuestos á dar un asalto á la villa de Viana, se retiró á una milla de distancia atrincherando su campo sobre un recuesto, y dejó aquella poblacion abandonada, viéndola caer sin recurso en poder de su contrario. Nueve dias consecutivos pasaron de esta manera. Los castellanos al rayar el dia tomaban las armas. El Conde retó mil veces á Don García y á Don Vela: sordos éstos á la honra no aceptaban el combate. Mas llegó al fin el momento. Los dos ejércitos habian abandonado las esperanzas de comprometer un lance. La aurora brilló en las montañas, y Gustio con cuarenta caballos salió á proteger á los forrageadores, llevando en su compañía doscientos cincuenta infantes mandados por Gomez Manrique, el mejor de todos los piqueros. Don Vela habia salido con el mismo objeto, aunque escoltado por doscientos caballos.

El acaso dispuso que los dos caudillos se dirigiesen á un punto. Don Vela descubrió gozoso á los castellanos.

— Caballeros, dijo á los que le seguian. Hoy es el dia de escarmentar á nuestros contrarios. Solo el ruido de nuestras armas bastará para vencerlos. Son pocos; caigamos sobre ellos con igual furor al del sangriento milano que persigue á las tímidas palomas, y acabemos las vidas de esos míseros soldados.

Los navarros llenos de esperanza clavaron el acicate

á los veloces caballos. Gustio los vió llegar ante él, y al pronto quedó aterrado.

— Firmes, amigos, exclamó por último. Salvémonos: retirémonos á la espalda de la infantería, pero no huyamos. Los castellanos obedecieron valientes, y Don Vela los persiguió confiado. El valeroso Manrique gritó entonces: alcen picas, y sus impávidos soldados las presentaron á los caballos. Quisieron retroceder los guerreros de Don Vela; ya era tarde: desbocados los corceles los precipitaron sobre las agudas puntas, y mas de ciento lanzaron allí el último suspiro. La sangre se derramaba á torrentes y manchaba las armas de los castellanos. Don Vela maldecia su suerte, y ordenó la retirada: la emprendieron sus soldados.

— A ellos, hijos de Castilla, gritó el esforzado Gustio, y sus caballeros los acometieron por ambos costados. Hicieron alto los de Don Vela, y se trabó una lucha desigual pero porfiada: luchaban tres contra cada castellano. Los golpes sonaban sin intermision: el brazo de Gustio causaba un horroroso estrago. No se oia una voz ni un suspiro. Un bote de lanza privó del caballo al adalid castellano. Gustio cayó sobre el polvo, y fue envuelto por los navarros. Solo entre ciento con su terrible espada en la mano, parecia al genio del valor: sus enemigos le temieron: su fortaleza le abrió un anchuroso espacio. Ninguno se acercaba que no sintiera la muerte. Asi lo vieron los impávidos castellanos. Salvemos á Gustio, gritaron los caballeros. Salvemos á Gustio, repitieron los infantes, y todos se precipitaron al lugar donde combatia el valiente. Don Vela tambien acudió para agoviarlo. Los pocos castellanos se veian oprimidos, y pronto hubieran cedido el campo. Llegó en tal momento Manrique. Sus piqueros causaron un segundo estrago, y Don Vela bramando de rabia ordenó la retirada. Gustio quedó

libre pero sin caballo. Gustio deseaba vengarse, y al parecer estaba imposibilitado. Todos le ofrecieron sus caballos: el valiente guerrero no los admitió: vió que un caballero navarro se retiraba despacio.

— Detente, le gritó. Detente. Suspendió su marcha el navarro. Gustio no vaciló en acometerlo: partió, llegó. El navarro lo miró asombrado y enristró su ferrada lanza. Gustio suspenso recorrió con la vista el campo; vió una pesada maza de armas; la recogió, y se dirigió segunda vez al navarro.

Muere, gritaron los dos, y partieron á encontrarse. Gustio se paró, y recogiendo el aliento lanzó la maza sobre su contrario. Dió el caballero el último gemido, y cayó dejando el caballo abandonado. Gustio se apoderó de él, y tomando la lanza de su adversario cargó rennido á los suyos sobre el escuadron de Don Vela, que lleno de susto se retiraba á sus tiendas llevando en el centro á los míseros forrageadores, que trémulos y aterrados solo se defendian con lamentos.

La victoria coronaba las sienes del valiente Lara, pero aun le faltaba combatir con mas poderoso contrario. Don García noticiado por Don Vela del conflicto en que se hallaba, apareció á la cabeza de cuatrocientos caballos. A su vista retrocedió la hueste castellana sin abandonar su frente, pero pronto le pesó su arrogancia, y hasta el impávido Gustio reputó su valor por tenaz y temerario. La tropa que Don García condujo al combate aprovechó con presteza las ventajas que le daba su descanso, y cerrando por todas partes con el tercio castellano, lo puso en la precision de morir ó de rendirse. Los soldados de Castilla se hallaban perdidos, y solamente la esperanza de que pudieran venirles algun socorro del campo á consecuencia de los avisos que los fugitivos forrageadores habian llevado, los sostenia en el combate. Sus fuerzas desfalle-

cian, y decayendo su valor en un funesto desmayo, los invitaba á rendirse, cuando la torre dorada ondeando sobre las picas les hizo saber que se acercaba su Conde. El noble Fernan Gonzalez marchaba en su auxilio con ochocientos caballos.

La vista de las nuevas fuerzas no causó ningun pavor al valiente Don García. Mandó, sin embargo, que los suyos se reuniesen, y formando su batalla ordenó que saliesen en su auxilio todas las tropas de su campo. Este movimiento habia sido prevenido por el héroe de Castilla, y muy luego se vieron tambien aparecer dos tercios de su ejército que le seguia muy de cerca. Mengua y deshonor hubiera sido para el Rey de Navarra volver la espalda en tan apurado lance, y puesto ya en la necesidad de combatir aceptó la batalla, que no tardó en principiarse. Seis horas de combate pasaron sin que se conociese ventaja en uno ni en otro lado, y ya el campo no presentaba mas que hacinas de cadáveres, cuando Fernan Gonzalez encargando á Gustio el mando de las tropas que combatian, marchó precipitadamente en busca de las restantes. Puesto á la cabeza de ellas acometió el campamento navarro, y forzando las trincheras hizo prisionera la poca guarnicion que habia quedado encargada de su guardia. La tarde principiaba á declinar; Gonzalez aprovechó tan favorable momento, y poniendo fuego á las tiendas hizo que las llamas y el humo anunciaran á los navarros que ya no tenian donde retirarse. El pavor ocupó los pechos de los soldados de Don García, y principiaron á dispersarse. Gustio los cargó aclamando la victoria, y los obligó á entregarse á una fuga vergonzosa.

El Rey conoció su peligro, y llamando á Fortun y á Don Vela les encargó que recogiesen los dispersos y condujeran al interior de su reino los restos de su fortuna, y él tomando consigo una escolta de doscien-

tos caballos, marchó veloz para ponerse en salvo. Solamente un camino le ofrecia la suerte, y tenia que cruzar á poca distancia de sus perdidos reales. Fernan Gonzalez lo habia previsto, y puesto en emboscada entre unos matorrales esperaba al desgraciado Rey. El enemigo no parece, dijo Don García á sus vencidos caballeros al llegar á la espesura. Ocupado en el saqueo nos dará lugar para ponernos en salvo.

— Fatal ha sido nuestra suerte, respondió el valiente Stúñiga, si nos hubiese acometido por retaguardia Fernan Gonzalez, sin duda alguna seriamos sus prisioneros.

— Viva el Conde de Castilla, gritaron en tal instante los ocultos castellanos.

— Estamos perdidos, dijeron á una voz los caballeros navarros, y millares de picas se vieron relucir por todas partes.

El Rey quiso retroceder: era ya tarde: se hallaba cercado, y cada planta parecia convertirse en un hombre. Fernan Gonzalez impávido y victorioso se le puso delante.

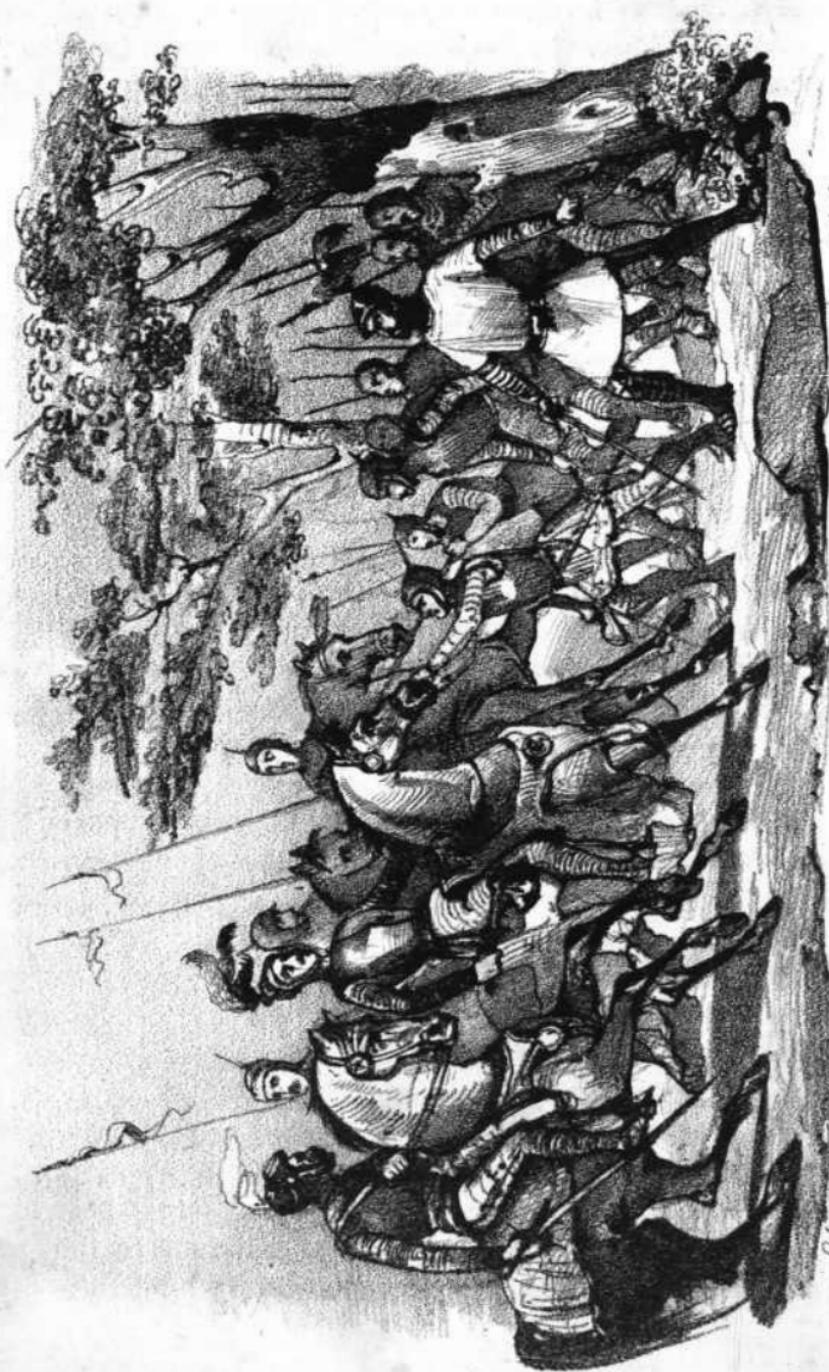
— Deteneos, Rey de Navarra, dijo con su acostumbrada nobleza. Arrojad esas armas, y entregaos á mi generosidad. No irriteis mi furor buscando una muerte inevitable. Yo os concedo la vida á vos y á esos caballeros.

— Defendámonos, navarros, replicó desesperado el Rey.

— ¿Qué intentais, Señor? le dijeron algunos soldados. Tenemos que combatir uno con veinte, y no hay esperanza alguna de salvarnos. Vivid, Señor. Entregaos, y conservad una vida necesaria á vuestro reino. Don García oyó á sus tímidos soldados, y conoció lo invencible de su riesgo.

— Suframós, exclamó entonces respondiendo á sus





Litog. de Faure, Madrid.

Arribas

vehementes ruegos. Soy vuestro prisionero, añadió, llegándose al castellano. Aquí teneis esta espada.

— Conservad vuestras insignias, contestó el héroe magnánimo. Vos no podeis ser alevoso. Caballeros, continuó dirigiendo su voz á los navarros, abatid esas lanzas y arrojadlas al suelo. Le obedecieron luego los soldados. Marchemos, prosiguió, hablando con el Rey, y poniéndose á su lado mandó á sus tropas que volvieran á su campo.

Todo fue júbilo en aquella feliz noche. El soldado vencedor no supo ceder al cansancio, y entretenido en juegos y diversiones pasó las horas de las tinieblas sin buscar un instante el descanso. En vano lo esperaba á la siguiente mañana. La luz del dia le anunció un nuevo trabajo. El Conde mandó levantar las tiendas y dar la vuelta á su estado. Fue obedecido al momento. El ejército marchó llevando en su centro los prisioneros navarros. El Rey solamente no se descubria entre ellos. Su noble competidor, menos orgulloso que los antiguos romanos, no imprimia en la frente de los vencidos el signo de la ignominia.

— El Rey de Navarra adornado de todas sus insignias caminaba al lado del héroe castellano armado de punta en blanco, y llevando en la diestra el cetro dorado, cual si no fuese el vencido, y fuera en su vez el caudillo de las tropas vencedoras.

## 10.

Pamplona se hallaba entretanto cubierta de horrible luto, y el amargo llanto humedecia las mejillas de los infelices navarros, que agoviados de dolor se agolpaban en las calles á la llegada del resto del ejército vencido. Las tropas marchaban con un lúgubre silen-

cio, y los habitantes de la ciudad las examinaban con ojos avaros.

— ¿Dónde está mi querido hijo, apoyo de mis flaquezas? preguntaba con dolor el anciano desconsolado.

— ¿Dónde ha quedado mi padre? exclamaba con triste lamento el mísero parvulillo, que apenas podía expresar sus ideas con mal formadas palabras. — ¿En dónde yace mi hermano? decía con afán el robusto joven á quien la suerte habia perdonado de caminar á la tumba. — ¿Dónde se quedó mi esposo? preguntaba la triste y desolada viuda regando el suelo con ardientes lágrimas, y mostrando á todos el fruto inocente de un amor apenas disfrutado.

Los soldados solo respondian con suspiros y sollozos, y Fortun, y aun el indigno Don Vela, marchaban abismados en una mortal tristeza, contemplando con dolor la aflictiva desventura que afectaba á tanto desgraciado. Alguna vez el encuentro de un hijo hacia verter doubles lágrimas á un anciano que lo contó ya perdido, y tal vez la inesperada vuelta de un padre hacia resonar el viento con las voces placenteras de un niño que penetrando en las filas abrazaba alegremente á un afligido soldado. Pero estas pequeñas variaciones apenas mudaban en nada el aspecto sombrío de aquel triste y compasible cuadro. El palacio de Don García fue el término de la marcha, y el valeroso Fortun despidiéndose de las tropas con lamentos y sollozos, las ordenó que se entregasen al descanso.

El afligido ejército abandonó la ordenanza, y ya se hallaba mezclado al ansioso paisanage, cuando un respetable anciano en cuya descarnada frente se hallaba impresa la implacable huella de los pasajeros años, y en cuyos ojos enjutos se veía brillar el fuego de un dolor desesperado, acercándose á Don Vela y tomando

osadamente las riendas de su caballo, le dijo con voz terrible.

— ¿Lo veis, Don Vela? ¿Lo veis? Vos habeis cubierto de luto á este pueblo desdichado. Vos habeis precipitado los últimos dias de mi vida. Vos habeis hecho bajar á la tumba las floridas esperanzas de los valientes navarros. Por vos han muerto mis hijos. Dos solos tenia, y ninguno me dejásteis. Por vos ha muerto tambien tanto valiente soldado. ¿Qué satisfaccion dareis á este pueblo afligidísimo que os mira con tanta angustia, y que os pide con afan sus padres, sus hijos, sus esposos y sus hermanos?

— ¿Y por qué decís que yo?... iba á responder Don Vela.

— ¿Y vos me lo preguntais? le interrumpió con furor el anciano. ¿Quereis aun que yo os lo diga? Porque vos habeis engañado al Rey y lo habeis precipitado; porque vos habeis comprometido su fama y escitado la venganza del caudillo castellano. Ya lo sabeis, hombre inicuo. ¿Os atreveis á negar que sois causa de la guerra y de la muerte de tanto soldado?

— Callad, dijo furioso Don Vela. Si me reconvenís mas yo os haré saber quien soy, y aprendereis á ser en lo venidero menos imprudente y osado.

— ¿Y me amenazais aun? exclamó el anciano con un acento terrible. ¿Sabeis cuál es vuestro estado? ¡Miserable! Yo puedo haceros temblar. Puedo deciros sin pavor que sois un inicuo y un malvado, y en vano será que me ordeneis el silencio. Mi dolor me da un derecho á no guardarlo.

— Guardarás el de la tumba, respondió airado Don Vela, llevando la mano á la espada.

— Venganza, navarros, gritó entonces el anciano. Venganza. Vedlo, este es el asesino de nuestros hermanos. El es quien nos arrebató nuestros hijos, y

quien ha conducido al Rey á poder de los castellanos. Vengaos en él, hijos míos. Muera ese traidor. Matadlo. Y guareciéndose entre el pueblo no cesaba de gritar: *Venganza*; este es el asesino de nuestros hermanos.

— *Muera*, exclamaron entonces todos los navarros, y mil agudos puñales brillaron en torno del alevoso Don Vela, que poseído de un terror pánico apenas podia volver las bridas de su caballo. Su muerte hubiera sido segura si el generoso Fortun olvidando sus resentimientos no hubiese acudido á salvarlo. Su presencia y la de otros caballeros que conteniendo por un momento el furor justo del pueblo abrieron á Don Vela el camino del alcázar, pudo únicamente libertarlo. Fortun lo siguió muy luego, y penetrando en el palacio le dijo.

— Huid: el pueblo se ha contenido, pero no está sosegado. Yo no respondo de una reaccion, y vuestra muerte es segura si ahora no os poneis en salvo.

— ¿Y cómo lo podré hacer? preguntó el mal caballero, que rodeado de los viles asesinos que lo servian yacia entregado al espanto.

— Siguiéndome, respondió Fortun. Tomad inmediatamente el caballo, y yo os pondré lejos de Pamplona por una de las minas de este palacio.

— Los gritos furiosos del pueblo que nuevamente se agitaba y que amenazaba penetrar en el interior del alcázar no permitian deliberacion alguna, y el aterrado Don Vela siguiendo el consejo de Fortun, buscó en la fuga los medios de evadirse del peligro. El valeroso navarro lo condujo por medio de una galería subterránea á una milla de la ciudad, y dejándole en el campo volvió á presentarse al afligido pueblo, que con agudos lamentos le reclamaba al seductor de su Rey, ínterin que el pérfido se dirigia á Leon con paso

veloz para implorar la protección de Don Sancho.

Fortun aprovechó toda su influencia para apaciguar á sus nobles compatriotas, y reunió inmediatamente en consejo á los próceres y caballeros mas distinguidos, que unánimes le encargaron el gobierno del Estado nombrándole su regente, y el cuidado de librar de la prision en que estaba, al incauto Don García.

## 11.

Fernan Gonzalez en tanto habia llegado á su Corte, y Burgos ofrecia un espectáculo enteramente contrario al de la infeliz Pamplona. El júbilo se abrigaba en los corazones de los castellanos, que absortos en su placer vieron al Rey de Navarra penetrar en el alcázar al lado del valiente Conde.

Don García lleno de reconocimiento se hallaba en efecto dentro del alcázar, y al entrar en una de sus torres, alargando la mano á su noble vencedor le decia.

— Os doy las gracias, valiente Gonzalez. Me habeis tratado con mas dignidad de la que yo merecia; y si una voz interior no me hubiese dicho siempre que era vuestro prisionero, me hubiese creido vuestro Rey al contemplar los obsequios que me han tributado vuestros vasallos.

— Perdonadme, respondió el Conde, si ahora os concedo menos libertad, aun cuando siempre os miraré con el mismo respeto. Hasta este dia en medio de mis soldados todo me era permitido: las leyes callan donde domina la fuerza. Hoy todo se ha cambiado. Mis tropas van á retirarse, y solo las leyes obtienen el mando. Ellas me han de asegurar vuestra persona, y no solo á mí sino tambien á mis vasallos. Siento que llegueis á conocer que os encontrais prisionero, pero

descansad en mí, y estad cierto de que procuraré aliviar vuestra situacion en cuanto me sea posible. Voy á disponer de vuestros caballeros.

—Tratadlos con algun cuidado, dijo el generoso Rey. Son nobles, y son valientes, y merecen vuestra consideracion.

—No puedo evitar el colocarlos en las torres de los muros, respondió Fernan Gonzalez. En ellas serán tratados del modo mas generoso. Dos de ellos, sin embargo, vendrán diariamente á visitaros. En lo demas vuestro servicio queda á mi cargo.

Dejó Fernan Gonzalez al Rey en su prision dolorosa, y marchó á recibir en su cuarto á su generoso pueblo. Gustio se presentó á Don García.

—Vengo, Señor, encargado, le dijo con todo respeto, de recoger vuestra espada. Estoy nombrado vuestro alcaide, y podeis mirarme como á vuestro mejor criado.

—Tomad, valeroso Gustio, respondió Don García. Soy vuestro súbdito, y nada puedo negaros.

—Vos siempre sois mi Señor, respondió el caballero. Podeis creer que solo por ceremonia se me ha dado este mandato. Seguidme ahora, continuó tomando el acero terrible. Ved la morada que se os ha destinado, añadió, abriendo una magnífica estancia adornada con el gusto mas esquisito.

—Veo, respondió Don García, que mi ilustre vencedor nada omite para hacerme mi situacion agradable, y borrar de mi memoria la idea de que estoy en una cárcel. No era yo digno de que así se comportase despues de haberlo tratado con tanto rigor en mi Corte.

—No os acordeis ahora de eso, contestó el valiente Lara. Vos no fuisteis dueño de vuestras acciones. Un infame y vil seductor causó vuestros procedimien-

tos, y os condujo á la violencia. Vos errásteis por confiado.

— No juzgas mal de mi corazon, prosiguió el generoso Rey: Yo era incapaz de semejante bajeza. El vil me obligó á consumarla, y me condujo al precipicio. En el caso en que me ví no me quedaba mas que elegir que la maldad ó la deshonra.

— Ved ahora, dijo Gustio eludiendo la conversacion, el espacio en que podeis dilatar vuestros pasos. Sois dueño de toda la torre durante el dia. En las horas de la noche podeis salir al terrado del alcázar y pasear á la vista de los centinelas. Dos de vuestros caballeros vendrán todos los dias á visitaros. Teneis veinte criados destinados á serviros, y no pedireis cosa á Fernan Gonzalez que sea compatible con vuestra suerte, que su corazon generoso sepa negaros.

— Lo creo asi de su nobleza, respondió Don García. Las virtudes de vuestro Conde esceden á cuanto puede imaginarse.

— Quedad ahora en vuestra soledad, prosiguió el fiel Lara. Voy á que os traigan á vuestros caballeros para que podais desahogar vuestras penas en los pechos leales de vuestros amados vasallos. Fernan Gonzalez tambien vendrá á visitaros. Habladle siempre con franqueza, y pedidle cuanto deseais. Vivid seguro de que nada sabrá negaros.

Salió Gustio luégo de la torre, y Don García lleno de gratitud hácia su vencedor, quedó bastante complacido en medio de su triste y desagradable estado.

12.

El alcázar de Burgos se veía lleno de tropas á los pocos dias de la llegada del Conde. Todos los soldados armados de punta en blanco, embrazaban lanzas vistosas y escudos brillantes, y formados en dos filas se dilataban desde las puertas hasta la cámara, donde los principales caballeros con trages hermosos de luciente seda continuaban por el mismo orden el vistoso cuadro. El héroe de Castilla sentado en luciente trono vestido de púrpura, y con el cetro dorado en la mano, formaba las esperanzas y las delicias de todos sus vasallos, y los fuertes Garcí Nuñez y Fernán Mentalez situados á los dos costados del trono, teniendo en sus manos la lanza y la espada del héroe, ostentaban la fuerza de un generoso é invencible brazo.

— Gustio seguido de diez caballeros, cinco de ellos leoneses y cinco navarros, penetró por entre las tropas, y llegando á las gradas del sòlio inclinó la rodilla y besó la generosa mano.

— Ved, Señor, estos caballeros, dijo el fuerte Lara. Quieren hablaros de parte del Rey de Leon, y Regente de Navarra.

— Estoy pronto para escucharos, respondió Fernán Gonzalez, dirigiendo su voz á los embajadores. Decid lo que quieren los augustos Reyes por quienes venís enviados.

— La libertad de Don García, contestó el mas anciano. Esto es, Señor, lo que venimos á suplicaros. Pedid en cambio de su persona. Nosotros traemos poderes y facultad para contentaros. Decid las villas y fuertes que deseais ya de Leon ya de Navarra, y al punto, Señor, os serán entregados.

— Mezquinamente han juzgado de mí vuestro Rey y

vuestro Regente, si alguna vez han pensado que el vil interés tenia cabida en mi pecho, respondió con dignidad el invicto castellano, y sus ojos indicaban el disgusto mas profundo. Estraño que el generoso Don Sancho y el valiente Fortun Sanchez hayan creido que por un precio tan vil habia de dar libertad á mi mayor enemigo. ¿ Me ofrecen villas y castillos en su cambio? ¿ Piensan por ventura que eso tiene algun valor á los ojos de un caudillo castellano? ¿ Creen que débil ó cobarde solo me considero capaz de dominar sus fronteras, comprando con mis derechos sobre la persona del Rey de Navarra lo que puedo conseguir con solo un amago de mi brazo? No caben en mí semejantes ideas. Nacido y criado entre el bullicio de las armas, acostumbro á vencer á mis contrarios, y despues de haber hecho temible mi espada y mi nombre, me avergonzaria de que pudiera decirse que tenia súbditos comprados. Me glorío de tener súbditos amantes y guerreros valientes, que han estendido mis dominios con pueblos vencidos y sujetos por sus manos. Solo de ellos necesito para ser dueño no de lo que me ofrecéis, sino de vuestros Reyes y de sus palacios. Si viven, si reinan, si las doradas torres que adornan mis estandartes no brillan y se ostentan sobre los baluartes de Leon y Pamplona, lo deben á mi generosidad, no á su valor ni á mi impotencia. Decid á Fortun y á Don Sancho que el Rey de Navarra será libre, pero que lo será únicamente cuando yo unido con él por los vinculos mas sagrados no pueda ya llamarle mi enemigo, y ambos podamos darnos el amable dictado de hermanos. Doña Sancha ha de ser el iris que preceda á nuestra paz, y su mano el nudo perpétuo que estreche nuestras amistades. Ya lo sabeis: solo asi será libre Don García. Pasad luego á visitarlo. Procurad vencer su tenaz repugnancia, y aseguradle que luego que

su hermana pise el territorio castellano, él libre, y doblemente poderoso con el auxilio de mi brazo, tornará como vencedor al centro de sus estados.

Estas palabras del Conde indicaron su resolución final. Los embajadores se retiraron, y el noble Gonzalez seguido de sus caballeros, dejó el alto trono y pasó á administrar justicia á la cabeza de sus tribunales.

### 13.

La torre donde habitaba el desgraciado Rey de Navarra resonaba con agudos y continuados sollozos. Los embajadores enviados por Fortun abrazados al triste Don García lloraban con él sus calamidades, y los encargados del Rey de Leon no podian contener sus lágrimas al contemplar tan interesante cuadro.

— ¿Es posible, noble Señor, que vivais aprisionado? decian llenos de congoja los caballeros navarros. ¿Es posible que el dorado cetro que tantas veces hizo temblar á nuestros contrarios esté hoy abandonado y sin dueño, y sirviendo de trofeo al caudillo castellano? ¡ Ah, Señor! ¿ Cuándo recobrareis la libertad? ¿ Cuándo volveréis á ser el consuelo de vuestros vasallos?

— Mucho dudo el conseguirlo, respondió el Rey de Navarra. Sé que tiene Fernan Gonzalez motivos harto fundados para vengarse de mi persona, y dudo con justa razon, que quiera restituirme la libertad de poder hacerle daño. Confio empero algunas veces en su generosidad. Cuando pasa á visitarme, cuando lo contemplo á mi lado tan amable y tan amigo como si nunca hubiera sido mi contrario, creo que todo debo esperarlo de su corazon magnánimo. Os asombraríais de ver las atenciones que me dispensa, y podeis creer que si las férreas puertas de esta torre no limitáran mis pasos, nada me haria conocer mi prision. Es Gon-

zalez el mejor caballero de España. Incapaz de vengarse, no recuerda que yo en Navarra lo traté con igual rigor que á un esclavo, y que intenté quitarle la vida alucinado por un seductor. Os juro, amigos, que su trato ha influido sobremanera en mi alma, y que ahora, cuando me veo lejos de mi patria y privado del trono, lo admiro, desisto del odio que le profesaba, y hasta os diré mas, le amo con el mayor entusiasmo.

— ¡Qué satisfactorio es para nosotros vuestro lenguaje! dijo el mas anciano de los caballeros navarros. Vuestro amor á Fernan Gonzalez os facilita extraordinariamente los medios de volver á vuestros estados. Nosotros estamos ciertos de que os concederá la libertad con una condicion no solo tolerable, sino honrosa y satisfactoria. Fernan Gonzalez solo quiere de vos que consintais en llamaros su hermano.

— No me son desconocidos sus deseos, contestó el generoso Rey. Hace tiempo que sé su pasion á mi hermana, y os juro en verdad que en este momento me es tan agradable, cuanto aborrecible me fue en otro tiempo; pero si el acceder á su enlace con mi hermana ha de facilitar mi restitucion á Navarra, podeis persuadiros desde ahora de que para siempre habeis perdido á vuestro Rey. Yo no aborrezco este enlace, no, amigos. Yo lo deseo tanto como Fernan Gonzalez, pero ya le negué una vez mi consentimiento siendo libre, y no me es posible concedérselo entre cadenas. No quiero imprimir jamás á mis acciones el carácter de forzadas ó arrancadas por el miedo; lejos de mí una idea semejante. Yo consentiré tal vez un dia en un enlace tan deseado, pero consentiré cuando dueño de negar mi consentimiento no lleve en nada el aspecto de forzado.

— ¡Y no bastará, Señor, respondió otro de los

embajadores, que os lo supliquen vuestros vasallos para que desistais de vuestro empeño? Navarra, Señor, se encuentra sin Rey, y espuesta á los mas dolorosos males. Vos debéis socorrerla y evitárselos. Vos sois su padre y Señor; el que jurásteis sacrificaros por el bien de vuestros vasallos, y no debéis vacilar en conceder á Fernan Gonzalez una cosa que aun es más útil para vuestros súbditos y para vos, que para el Conde castellano.

— No, amigo mio, exclamó el noble Don García. Yo sé hasta dónde debo sacrificarme por la felicidad de mis vasallos. Sé que debo posponer mi bien al suyo, pero no puedo posponer á la suya mi honra, porque no hay nacion honrada si tiene á su cabeza un Rey infamado. Si yo fuese capaz de temer, si fuese tan débil que temiese á una prision y en ella concediese violento lo que libre habia negado á mi adversario, no seria digno del brillo de una corona, no seria merecedor de mandar á los navarros. Si tal hiciese y los navarros me tolerasen por Rey, dejarian de ser navarros, y mas viles que su Rey, servirian á todas las naciones de objeto de mofa y escarnio. No, amigos. Jamás pensemos en ello: jamás pensemos en una bajeza que nos cubriria de oprobio. Callemos, suframos, y espere-mos del tiempo la decision de mi suerte. Tal vez Fernan Gonzalez cansado de esperar inútilmente lo que verá imposible de conseguir, consienta en otros partidos mas comunes y acostumbrados, y entonces vuelto á Navarra dispondré libremente de concederle ó negarle el carácter de hermano.

Inútilmente trabajaron los fieles caballeros en disuadir á su Rey del empeño que habia formado. Don García siempre igual se negó á sus ruegos y lamentos, y los dejó marchar tristes y desazonados.

14.

—No, decía el fuerte Fernan Gonzalez á su valiente doncel acercándose á la prision del noble Rey de Navarra, pasados algunos dias despues del suceso que hemos referido antes. No quiero de modo alguno contener mas los afectos de mi alma. Harto he concedido á mi pesar, al interés y al amor: hora ya es llegado el caso de volver todo su imperio á la generosidad.

—¿Y estais de veras resuelto? preguntó el jóven García.

—Lo estoy tanto, dijo el Conde, que pronto verás por las calles de Burgos á mi ilustre prisionero tan libre como el aire que lo alimenta, y tan dueño de su persona como lo ha sido en su alcázar.

—¿Y no conocéis los males que pueden sobrevenir á vuestra pasion de lo que intentais hacer? ¿No conocéis que si Don García se niega á llamarse vuestro deudo cuando se vé entre cadenas, aun se negará mejor cuando nada le intimide?

—¿Y me he propuesto yo alguna vez, replicó Fernan Gonzalez, obtener por el terror la mano de mi adorada? Si la quise y si deseo ser el objeto de todos los pensamientos de su alma; si anhelo por poseerla, tambien he querido siempre que su sola voluntad sea la que decida mi suerte. Basta ya de opresion y de tortura. Salga el Rey de su prision: no quiero deberle nada á la desventura que lo redujo á cautivo. Fuera una bajeza en mí el persistir por mas tiempo en el temerario empeño de obtener violentamente su consentimiento. Si he podido algun dia exigirlo como recompensa de su libertad, ahora me avergüenzo de haberlo pensado. Mejor, sin duda ninguna, obró Don

García que yo. Su nobleza en resistirse á concederme entre cadenas lo que me negó ya libre, ha despertado en mi pecho el orgullo virtuoso que la fuerza de la pasion tuvo por tanto tiempo acallado. Yo debo merecer á Doña Sancha solamente por mis acciones. El exigir mas tenazmente el asenso de su hermano me deshonraria ante todos.

— ¿Por qué? preguntó el doncel. Vos sois dueño de su vida, y teneis derecho á mandarle, á pedirle recompensa por la libertad de dañaros que volveis á concederle, y sobre todo, Señor, á constituirlo en la imposibilidad de no hacer daño á vuestros estados.

— Es verdad, respondió el héroe. Todo cuanto tú dices me autorizaria para obligar á Don García á suscribir las condiciones de una paz que minorase su poder y encadenase sus manos, pero nunca para imponerle condiciones relativas al arreglo interior de su casa y enlaces de su familia. El hacer estas exigencias, el querer violentar su voluntad por mas dias fuera ya mas que mandar, pedir y suplicar con toda la humildad del ruego. No lo haré, pues: no quiero yo degradarme á la condicion de esclavo. Sea libre el Rey de Navarra. Débame su libertad sin recompensa ni cange, y si él es valiente y noble en sus acciones, sepa que tambien lo es el Conde Fernan Gonzalez.

— En esta conversacion llegó el generoso amante á la mansion del respetable prisionero, y mandando á la guardia que se retirase, descorrió con su propia mano el pesado cerrojo que oprimiendo la puerta estrechaba el corazon del desgraciado á quien coartaba la libertad, y acercándose al Rey continuó.

— Vuestros padecimientos han acabado, Rey de Navarra: desde este momento sois libre. Salid de esta mansion afflictiva, y volved á ser dueño de vuestras acciones, y á ocupar el augusto sólio para ser el

padre y el protector de vuestros fieles vasallos.

Atónito y sorprendido el Rey de Navarra, que apenas podía creer lo mismo que estaba viendo, buscaba en su imaginacion la causa incomprendible de tan repentina mudanza. Grande, sin embargo, aun en medio de sus pasiones, oyó al invencible Conde, y luego que pasó el instante primero de sorpresa se dirigió á su libertador, no con aquella alegría baja y despreciable que acompaña á los cobardes cuando se miran salvos de un peligro, sino con la tranquilidad y complacencia que solamente conocen los corazones magnánimos, y le estrechó afectuosamente la diestra diciéndole.

— Acabais de probarme hasta donde se estiende la generosidad de vuestros pensamientos, y al ponerme en libertad habeis venido á convertirme para siempre en vuestro verdadero esclavo. Yo no puedo menos de vivir agradecido á vuestros beneficios, y en vano os ofrecería un rescate cuando sé que el interés no domina en vuestra alma. La oposicion que manifestariais en este instante á recibir de mi mano cuanto os ofreciese yo, porque lo creeriais como un premio de la inapreciable accion que acabais de ejecutar, me obliga á nada ofrecer, y á contentarme por ahora con daros las mas afectuosas gracias. Mas permitid que os lo diga. Si aqui, si en vuestra mansion os habeis mostrado Conde, tambien yo sabré despues comportarme como Rey en la Corte de Navarra.

Las aclamaciones de los guardias que victoreaban al Conde alabando su clemencia pusieron término á las agradecidas espresiones del Rey, y ambos valientes salieron de aquella mansion tenebrosa, y se trasladaron á la habitacion destinada á Don García, que muy luego se vió rodeado de toda la nobleza de Castilla, que llena de complacencia le tributó los mas asíduos respetos, y los obsequios mas rendidos y celosos.

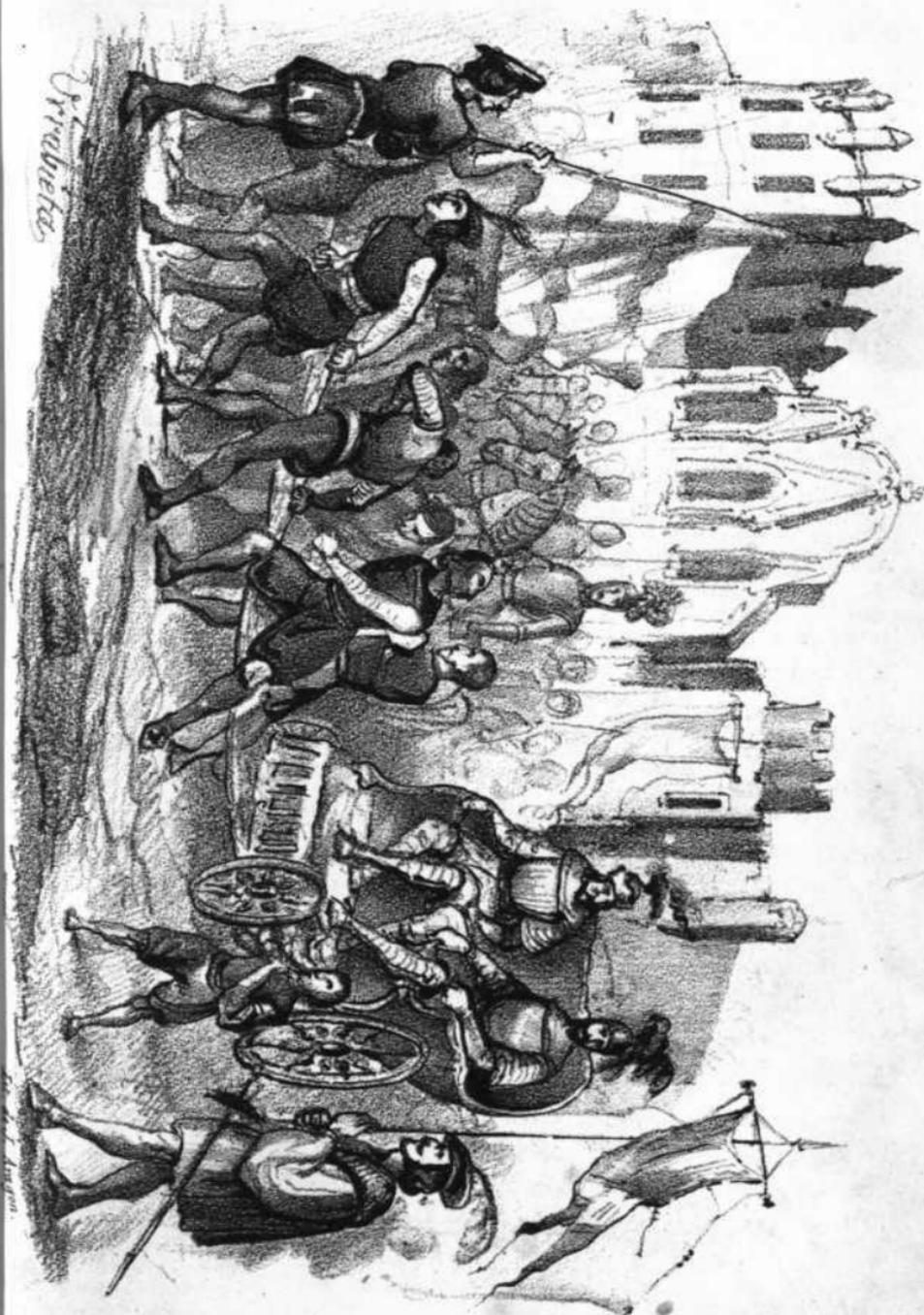
15.

El pueblo de Pamplona se agitaba con el mas plácido contento, y las calles principales de la ciudad aparecian magníficamente adornadas á los ocho dias despues de la libertad del Rey de Navarra. Todos los caballeros de este que habian sido hechos prisioneros con él y gemian en las torres obscuras de la muralla de Burgos, habian sido puestos en libertad á consecuencia del tratado de paz que acababan de firmar entrambos caudillos, y montados en briosos y bien enjaezados caballos, se acercaban ya á la puerta del alcázar en union de muchos caballeros castellanos que mezclados con ellos se complacian en titularlos sus hermanos y compañeros de armas.

El Rey y el magnánimo Conde seguian á la lucida y briosa comitiva en una rica y triunfal carroza que los mas distinguidos navarros conducian á brazo, y ofrecian el magestuoso cuadro de dos enemigos reconciliados, ó mas bien de dos tiernos y cariñosos hermanos.

Asi arribaron á la puerta dorada del suntuoso palacio; y no bien dejaron el estribo, cuando se vieron en los brazos del generoso Fortun Sanchez que los esperaba á la cabeza de la Regencia, y que no podia menos de ser mirado como el amigo y el libertador de entrambos.

— Eres el mejor caballero de mi reino, dijo Don García á Fortun en presencia de todo el pueblo. Sin tí yo no gozaria la felicidad de este momento, y mi nombre cubierto de infamia no pasaria á la posteridad sino como un padron de deshonra. Sí, Fortun, el Rey de Navarra es deudor á tu noble alma de su ho-



V. V. V. V.

V. V. V. V.



nor y su vida, y jamás olvidará tus beneficios que siempre tendrá presentes para recompensarlos.

— Están mas que satisfechos, noble Señor, contestó el fiel caballero. El placer que experimenta mi alma al contemplaros en este alcázar y al mirar lejos de vos al hombre perverso que lo dominaba, es una recompensa que escede á todos mis deseos, y á la que apenas yo me hubiese atrevido á aspirar no conociendo la generosidad del Conde Fernan Gonzalez.

— Teneis formado un concepto demasiado bueno de mis intenciones, valiente Fortun, dijo el héroe de Castilla. Vuestra alma incapaz de toda bajeza, os hace creer iguales á las de los otros; sin embargo, puedo responderos que no estais equivocado. Yo os debia recompensar el beneficio de haber librado mi vida, y solo pudiera desempeñarme algun tanto volviéndoos la de vuestro Rey, por quien tantas veces habeis llorado.

En esta conversacion llegaron hasta las gradas del sόlio entrambos caudillos, y el Rey tomando la mano del Conde le dijo.

— Subamos. Ved el trono de Navarra; hoy debemos ocuparlo ambos. Sentaos al lado de Don García, y hagamos ver á todo el mundo que ya Navarra y Castilla no son reinos separados, sino una sola nacion mandada por dos hermanos. Tomaron asiento en efecto, y el Rey continuó. Ya estoy reintegrado en la plenitud de todos mis derechos. Ahora puedo concederos lo que siempre os he negado. Todo se olvidó, Gonzalez. Acabaron para siempre las fatales disensiones que nos tenian irritados, y mi hermana será vuestra si todavía vuestro corazon la desea, y este enlace es de vuestro agrado.

— ¡Sí, mi corazon la desea! ¿Y podeis dudarlo? exclamó el noble Gonzalez. No hay para mí en este mundo una felicidad mas agradable. Ni la victoria en

la guerra, ni la riqueza en la paz, tienen un imperio tan grande sobre mi alma como un simple recuerdo de la imágen de vuestra hermana. Creedme, Rey de Navarra, no solamente recibo el don que me haceis como la mayor de las felicidades, sino que mi agradecimiento.....

— Callad, Conde, le interrumpió Don García. Vos nada me debeis, pues todo lo merezco á vuestra nobleza y generosidad. Fortun, continuó volviéndose al caballero. Mañana sin falta has de marchar á Leon en busca de mi hermana. Tú has sido el protector de sus amores, condúcela tambien al himeneo. Veinte caballeros formarán tu escolta, y todas las damas que tenían el honor de servir á la Infanta te acompañarán en tu marcha. Luego que la recibas de mano de Don Sancho la conducirás á Logroño, y alli en la línea fronteriza de Castilla y de Navarra á la vista de ambas naciones, se celebrará el matrimonio, que ha de ser manantial de perpétua ventura, y el iris brillante de una paz la mas sólida y duradera.

La entrada de los grandes y caballeros navarros que venian á rendir á su Rey los debidos y acostumbrados obsequios, puso fin á las palabras de Don García, que recibiendo á sus vasallos con la mayor benevolencia hizo partícipe de todos los honores á su noble huésped, y descendió del sόlio despues de acabarse la ceremonia para ir á alojarse con Fernan Gonzalez bajo un mismo techo, procurando con muestras constantes de cariño hacerle olvidar la idea de su enemistad pasada.

16.

Gozaba Fernan Gonzalez de una felicidad sin limites al lado de Don García, entregado á la esperanza de ser pronto esposo de su adorada hermosura, en tanto que Fortun Sanchez dedicado á la obediencia y consagrado á la amistad, caminaba hácia Leon sin permitirse un instante de sosiego y de descanso. Mas si agitados se hallaban con plácidas ilusiones en la Corte de Navarra, no yacian tranquilos en Leon los enemigos del Conde, si bien eran diversos sus afanes y cuidados, y el asesino feroz, el intrigante Don Vela, ponía en juego y ejercicio la vileza de su alma. Aterrado con la inesperada nueva de la libertad del Rey y de las paces acordadas que sus pérfidos criados le trasmitieron al punto, gemía en la desesperacion, y lanzando feroces miradas á cuantos objetos veía, daba á conocer á todos que formaba en su alevoso pecho proyectos sangrientos para una pronta venganza.

— Preciso es, noble Señora, decía el pérfido á la Reina de Leon con una voz espantosa, preciso es no malograr los instantes si nuestros justos deseos y la esperanza tantas veces concebida no han de reducirse á la nada. Fernan Gonzalez se halla á punto de vencerlos.

— ¿Qué es lo que decís, Don Vela? preguntó la Reina asombrada.

— Una verdad ciertamente. El caudillo de Castilla, el feliz amante de vuestra hermana, va á conseguir cuanto anhela porque la fortuna le ayuda, y porque todos los medios de comprometer son conocidos á su alma. Vos no conocéis su dicha. Es ya felice, Señora, y pronto vendrá á Leon á recibir el sagrado juramento de amarlo toda la vida de boca de Doña Sancha.

— Yo no os entiendo, Don Vela. Me confundís con vuestras palabras, y apenas puedo concebir cómo discurrís así cuando ayer al separaros de mi lado me asegurásteis que ya sería inevitable al Conde nuestra apetecida venganza.

— Así es verdad, respondió el alevoso. Hace pocas horas que viendo el estado de las cosas y la negativa de Fernan Gonzalez á poner en libertad al Rey de Navarra, yo mismo creía segura su ruina porque estaba seguro de que los dos reinos unidos le declararían la guerra y lo asediarían hasta en su propio alcázar; pero su astucia lo ha previsto todo, y con una aparente generosidad ha burlado nuestras esperanzas. Vuestro hermano ha sido puesto en libertad sin rescate alguno por el Conde Fernan Gonzalez, y ambos unidos se han trasladado á Navarra. Vos no podeis ignorar cuáles serán las consecuencias de este paso; vuestro hermano reconociéndose deudor de la vida á Fernan Gonzalez, se olvidará desde luego de que es hijo de Don Sancho, y vuestra hermana por fin dará la mano á vuestro contrario. Si mi venida á Leon ha de producir algun efecto es preciso no descuidarnos, y desde hoy sin mas demora debemos ocupar todos los momentos en discurrir y poner en ejecucion cuantos medios se encuentran en nuestra mano para impedir tan aborrecible enlace. ¿Habeis hablado ya por ventura á Don Sancho?

— Sí, Don Vela, contestó la Reina. Repetidas veces le he hablado, y mis palabras no han sido en vano. Irritado por la repulsa que Fernan Gonzalez hizo á sus enviados cuando le suplicaron la libertad de Don García ofreciéndole en rescate las fortalezas que eligiera, acaba de jurarme que jamás entregará á mi hermana sin abatir el orgullo del temerario castellano.

— Nada podíamos apetecer que pudiera sernos

mas grato que ese resentimiento de Don Sancho. Si vos sabeis sostenerlo, yo os aseguro, Señora, que jamás Fernan Gonzalez se llamará vuestro hermano, y que si alguna vez tiene esa honra no ha de ser en vuestro daño. Jamás se os ha presentado una ocasion mas hermosa de vengaros, ya sea impidiendo el matrimonio, ya sea enriqueciéndoos á vos misma, y disminuyendo el poder de nuestro contrario. Vos no desconoceis el pundonor del caudillo castellano. Persuadido de que su conciencia no le permite tratar en daño de sus vasallos, ni disminuir el poder de sus estados, primero consentirá en perder á Doña Sancha que en ceder en cambio de ella la aldea mas misera é insignificante. Aprovechémonos de su genio. Inducid á vuestro esposo á que se niegue á la entrega de vuestra apreciable hermana, y confiad en que vuestro triunfo está asegurado.

Las últimas palabras de Don Vela resonaron apenas, cuando el rumor de algunos caballos que se acercaban al alcázar le llamó la atencion obligándolo á que se acercase á una de las ventanas, y exclamase entre contento y asombrado. ¡Fortun! Señora. Fortun Sanchez acompañado de damas y caballeros navarros. Ved el momento que esperábamos. Ved nuestro presentimiento cumplido. Evitemos la primera sorpresa del Rey; corramos, Señora, á su cuarto.

— La Reina se entregó ciegamente al consejo del vil intrigante, y le siguió con paso precipitado.

## 17.

— Qué ocurre, Señora, preguntó Don Sancho á la Reina viéndola entrar agitada en compañía del malvado Don Vela.

— La novedad mas interesante que pudiera, Señor,

arribarnos, contestó ésta con presteza. Ese rumor que escuchais, ese ruido estrepitoso de tanto caballo, anuncia la llegada de Fortun Sanchez y varios caballeros navarros que sin duda vendrán enviados por mi hermano para conducir á Doña Sancha á poder del caudillo castellano. Acordaos, Señor, de quien sois. El momento de la venganza está en vuestra mano, y ahora podeis abatir el orgullo de ese temerario Conde, que mira como un baldon el llamarse vuestro vasallo. La suerte ha puesto en nuestro poder los medios de abatirlo, y es forzoso aprovecharlos. Sepa Fernan Gonzalez que si él pudo negaros la libertad de mi hermano, vos no sois menos valiente para negarle á mi hermana, y sostener vuestra repulsa con el valor de vuestros soldados.

— ¡Cómo, Señora! exclamó el Rey de Leon. ¿Y es posible que olvideis así la libertad que el Conde acaba de conceder á vuestro hermano? Si razones de sentimiento justo hacian en otro tiempo casi necesario el odio que manifestásteis al valiente castellano, otras de agradecimiento debieran haberos cambiado en amor aquel odio, y hacer que habláseis hoy en favor de quien ha salvado á vuestro hermano. Sin embargo, haré lo que vos quereis, y ya que sobre mí jamás recaerá el espantoso dictado de ingrato, vengaré mi resentimiento, vengando á la vez vuestro tenaz y aun temerario agravio: vuestro hermano, el generoso Don García.....

— Os pide á su amable hermana, dijo Fortun Sanchez entrando precipitado, arrodillándose y besando la mano á Don Sancho. Libre de padecimientos, continuó, y en la grandeza de su sólio, ha resuelto dar la paz á todos los reinos cristianos de esta valiente nacion, y que todos los gefes de ella sean y se llamen hermanos. Fernan Gonzalez, Señor, ama á la hermosa

princesa, y el valiente Don García le ha concedido su mano.

— Mal hizo el Rey de Navarra, contestó con aspecto irritado Don Sancho. Su hermana está en mi poder, y mal hizo en concederla sin mi anuencia y mi permiso á quien sabe que en todo tiempo es y ha sido mi vasallo.

— Jamás el Rey mi Señor, respondió Fortun, pudo creer que vuestra Alteza se opusiese á tan feliz enlace, y sin duda por eso lo ha resuelto y acordado.

— Pues si él lo determinó yo resuelvo lo contrario, contestó el Rey de Leon. Fernan Gonzalez me tiene mas que irritado; y si en el centro de su alcázar supo negar á mis enviados la libertad de Don García, yo desde lo alto de mi trono sabré negarle tambien la esposa por quien tanto ha suspirado.

— Ved, Señor, dijo Fortun, que el Rey mi Señor está libre, y que ya cesó todo motivo de queja con el noble castellano. Además ya sabeis que mi Señor es hermano de la Infanta y el gefe de la familia.....

— Y yo soy tambien su hermano, respondió el Rey interrumpiéndole. No me reconvengas, Fortun. Doña Sancha en el reino de Leon solo depende de mis mandatos. Vuelve inmediatamente á Navarra, y díselo así á tu Rey. Cuando el caudillo de Castilla abata su orgullo insufrible y temerario, cuando prosternado á mis plantas venga y suplique humillado, cuando demande á la Infanta como un favor que depende de mi mano y ofrezca en su recompensa la satisfaccion de todos mis agravios, entonces tal vez podrá conseguir-la; pero.....

— Entretanto podeis atraer sobre vuestros estados la calamidad, la desolacion, y la guerra mas funesta, respondió vivamente Fortun, y viendo que Don Sancho se mostraba enfurecido continuó. Pero yo no

vengo á reconveniros ni á reprender vuestra conducta, sino solamente á manifestaros las resoluciones del Rey mi amo. Si vos no quereis unir á los suyos vuestros deseos, yo cumplo con decirle lo que me habeis contestado. Para ello trato de regresar á Pamplona sin perder momento alguno, mas antes quisiera que vuestra Alteza me permitiese ver á la Infanta mi Señora, y ofrecerle mis respetos.

—Jamás he pensado en negártelo, respondió el Rey de Leon. Tú y cuántos caballeros navarros te acompañan podeis pasar á su estancia, y luego á las habitaciones donde sereis alojados.

—Dispensadme, Señor, respondió el noble Fortun. Yo os agradezco el beneficio que me concedeis al dejarme saludar á la Infanta mi Señora. Pero cuando los deseos del Rey mi amo se hallan desairados y sus intereses me llaman al lado de su persona, yo seria un criminal si permaneciese un solo momento en vuestros estados. Ya se mire el sol sobre el horizonte, ya las densas tinieblas de la noche ocupen los tránsitos y llenen de terror el corazon agitado del viajero, no descansaré un momento hasta llegar á Navarra. Podrán, sin embargo, quedar en vuestra Corte las damas que me acompañan, y que por la debilidad de su sexo necesitarán de algun descanso. Mis compañeros de armas y yo no podemos dejar de ausentarnos si vuestra Alteza nos concede su permiso.

—Haced lo que gustéis, respondió el Rey irritado. Veo que vuestras palabras abrigan un sentido amenazador que me llenan de desagrado; pero tened presente, Fortun, que el autor de una guerra entre dos hermanos, tarde ó temprano viene á ser la víctima de ella, como un sacrificio forzoso á la reconciliacion y la concordia.

—Jamás, Señor, coadyuvó Fortun á compromete-

ter los intereses del Rey su amo, dijo el noble caballero. Fuerte en la guerra le defiende con su lanza: noble en la paz le ayuda con los consejos, pero jamás tienen estos por objeto el desavenirlo de unas personas á quienes siempre debe amar. Conocedme, Rey de Leon. Yo no soy como esos caballeros mal hallados con el honor y la tranquilidad, que lanzados de los suyos viven solo de la intriga y de la infamia, alterando la paz y labrando la desdicha de los agenos estados.

— Si decís por mí..... le interrumpió Don Vela.....

— Silencio, exclamó vivamente Don Sancho. Caballeros, mi presencia no permite que cuestioneis ahora sobre resentimientos personales. Fortun, yo creo que tus palabras no tienen la injuriosa significacion que les ha dado Don Vela, y os prohibo á los dos por lo tanto que tengais contestacion alguna sobre ella. Don Vela, seguidme: en este momento vuestros consejos me son necesarios. Tú, Fortun, puedes marchar cuando gustes en union de todos los navarros.

El Rey se ausentó, y Fortun triste y resentido pasó á la habitacion de la Infanta.

## 18.

— Ya estais complacida, Señora, decia Don Sancho á la Reina poco tiempo despues de separarse del caballero navarro. Ya habeis oido mis contestaciones á la justa demanda de vuestro hermano: si ellas producen el fruto que es de esperarse, vos sola sereis la causante de la mas desastrosa guerra.

— Yo, Señor..... exclamó la Reina llena de turbacion, yo.....

— No, replicó vivamente Don Sancho. Vos no ha

beis sido ciertamente, sino ese pérfido refugiado, á quien solo por complaceros tolero en Leon, y permito su entrada en mi palacio. Ese es quien os compromete escitando vuestro resentimiento, y ya os he dicho antes de ahora que habia de ser la ocasion de la pérdida de vuestra fama.

— Perdonadme, dijo la Reina tomando la mano á su esposo, perdonadme. No culpeis á ese valiente caballero de nada: yo sola, yo soy la causa de todos vuestros disgustos, porque yo soy quien profeso ese odio tenaz al caudillo castellano. La imágen ensangrentada de mi padre no se aparta jamás de mi memoria, y siempre estoy oyendo una voz que me dice: aborreimiento, venganza.

— Esa voz no es la de vuestro padre, contestó el Rey incomodado. No: Don Sancho era un caballero; un valiente incapaz de resentimiento y de odio, y desde la mansion celeste en que habita no puede menos de mirar con horror que vos, siendo hija suya, abrigueis en vuestro pecho tan mezquinas y poco nobles pasiones. Don Sancho murió á manos de su enemigo en el momento y de la misma manera que él aspiraba á matarlo; esto es, en lucha igual cuerpo á cuerpo, y sin traicion, alevosía ni bajeza. ¿Y crees que allá en la mansion de la paz pueda mostrarse irritado? Si la ventura hubiera trocado los golpes, si el vencedor hubiera sido Don Sancho, ¿se hubiera considerado por ello criminal y delincuente? ¿le hubiérais vos calificado de tal? Cierto es que no. ¿Pues cómo podeis culpar tan agria y equivocadamente á su contrario? Tan inocente y virtuoso es Fernan Gonzalez, tan digno de amor y respeto es el Conde de Castilla, como lo hubiera sido vuestro padre. La voz que oís continuamente no es la de vuestro heróico padre; si lo fuera solo os inspiraria ideas de generosidad y nobleza; la que oís es la de

Vuestras pasiones agitadas y sostenidas por ese malvado, por ese intrigante Don Vela, que despues de haber puesto á vuestro hermano á la orilla del precipicio para satisfacer sus propios deseos, ahora quiere que vos seais el miserable instrumento. Os hablo, Señora, como esposo y como Rey; si apeteceis vuestro honor, resistid á las sugerencias de ese malvado.

— Ah, Señor, exclamó la Reina. Veo que estais sumamente irritado contra mí, y apenas pudiera creer lo que en estos momentos estoy mirando. Conozco que os ha sido muy violenta la gracia que me habeis dispensado, y siento que antes de reconvenirme no os hayais opuesto con todo vuestro poder á mis instancias.

— No debia, dijo entonces Don Sancho. Vos me habeis comprometido presentándoos en compañía de Don Vela. ¿Queriais que delante de él yo os hubiese desairado? No. Mi delicadeza, mi honor y el vuestro, que me es mas apreciable que la existencia, me vedaban el negaros una gracia que me pediais con afan tan desusado.

— Pues bien; si por mi honor, dijo la Reina, si por el vuestro me habeis ya concedido lo que he deseado, dejadme por piedad y no me reconvengais; no me hagais amargo el placer que me habeis proporcionado. Además, Señor, añadió dirigiendo á su esposo una mirada tierna y cariñosa, vos estais altamente equivocado si habeis llegado á creer que mis pretensiones se dirigen á impedir absolutamente el enlace que mi hermano ha decretado. En medio de mi resentimiento escucho tambien la voz de la gratitud, y aun me dejo seducir por los dulces ecos del amor. Basta que vos deseéis ese enlace para que yo consienta en él gustosa, y aun procure adelantarlo. Por fortuna nada se ha perdido: los caballeros navarros que han

venido por mi hermana aun están en este alcázar, y si vos gustais iré á llamarlos.

— No, dijo el Rey con aspereza. El guante ya está arrojado, y jamás acostumbro yo á levantarlo retrayéndome de mis palabras. Cualquiera que sea la consecuencia de esta negativa me vereis defenderla constantemente, sacrificando, si fuese necesario, á vuestros caprichos, todas las fuerzas de mis estados.

— El Rey se ausentó lleno de disgusto, y la Reina fue á buscar en las pérfidas palabras de Don Vela el consuelo que necesitaba por el sentimiento que Don Sancho le habia ocasionado.

## 19.

Ocho dias habian pasado desde que Fortun salió de Pamplona en busca de la hermosa Infanta, cuando el valiente Fernan Gonzalez acordó regresar á su alcázar para disponer una lucida y pomposa comitiva con que volver á las fronteras de Leon á contraer el himeneo por que con tanto ardor habia suspirado. Las calles de Pamplona estaban henchidas de un populacho alegre y bullicioso, y la plaza del palacio de lucidas y valientes tropas que habian de acompañar al héroe hasta las fronteras de sus estados. Don García y el invencible castellano salieron unidos en una vistosa carroza, y un palafren llevaba del diestro el infatigable troton que habia de llevar al caudillo en busca de sus placeres, y que era el mas apreciable regalo de cuantos el Rey le habia hecho.

El ayuntamiento de la ciudad cumplimentó al noble Conde á la puerta del alcázar presentándole un magnífico regalo compuesto de una lanza dorada, una espada guarnecida con un lujo casi oriental, y un estandarte ricamente bordado, en el que la inespugna-

ble torre jugaba vistosamente entre las barras del reino, á las cuales estaba unida por una guirnalda de simbólico laurel, en cuyas hojas se leía *paz y hermandad para siempre entre Castilla y Navarra*.

El generoso Gonzalez aceptó el rico presente con su bondad acostumbrada, y la marcha principió entre los gritos y aclamaciones de la concurrencia, que cerraba el paso por todas partes, y así continuó por espacio de una legua, á cuyo término el Rey ordenó que hiciese alto la comitiva, y estrechando en sus brazos al castellano se despidió de él con las demostraciones sinceras del cariño mas espresivo y afectuoso.

Fernan Gonzalez descendió de la carroza, y alargando cariñosamente su mano invencible á los mas distinguidos caballeros del séquito de Don García les ofreció su amistad, y tomando el ligero caballo emprendió su viaje con la velocidad que es propia de la impaciencia, y de un amor que desea llegar instantáneamente al término deseado.

El Rey de Navarra permaneció bastante tiempo contemplando al valiente guerrero, y dando un suspiro cuando lo perdió de vista, hizo conocer á los que lo rodeaban el sentimiento que le habia causado la separacion del hombre á quien antes aborreció, y en aquel momento queria y juntamente admiraba. Satisfecho, sin embargo, de su amistad, y cierto de que habia llenado con munificencia Real los deberes de la hospitalidad, dió la órden correspondiente para volver á su Corte, y apenas principió á marchar el acompañamiento, cuando se entregó con entusiasmo á la meditacion de las fiestas que debiera proporcionar á sus vasallos en el próximo casamiento.

Un cuarto de hora habria transcurrido apenas despues de la separacion de los generosos gefes, cuando el Rey oyó á su espalda el rumor de algunos caba-

llos que velozmente se acercaban, y se llenó de sorpresa al oír á sus caballeros que gritando sin cesar repetían admirados que el noble Fortun se acercaba. Don García mandó hacer alto, y esperó á su fiel mensajero con el corazón palpitante, el rostro pálido y demudado, y los ojos fijos en el camino por donde venía lanzando dudosas miradas.

Fortun y los demas enviados se acercaron á su Rey con el aspecto triste y melancólico, y llenos de aquel temor que inspira necesariamente la precision de dar una noticia que ha de producir disgustos. La melancolía de los caballeros produjo en el Rey un efecto terrible, y trémulo y agitado preguntó con voz convulsiva si había fallecido su hermana.

— Gracias á Dios, no Señor, respondió el noble Fortun. Vive, y su apreciable salud no tiene ningun quebranto. No así puedo responderos de la tranquilidad de su alma. A pesar de vuestras órdenes hoy nos volvemos sin ella. El Rey de Leon..... vuestra hermana.....

— Concluye, exclamó el Rey agitado, y trocando su sorpresa en el mas furioso resentimiento casi previendo lo que había pasado.

— Se niegan, Señor, á entregar á la Infanta, y á que se celebre el enlace contratado.

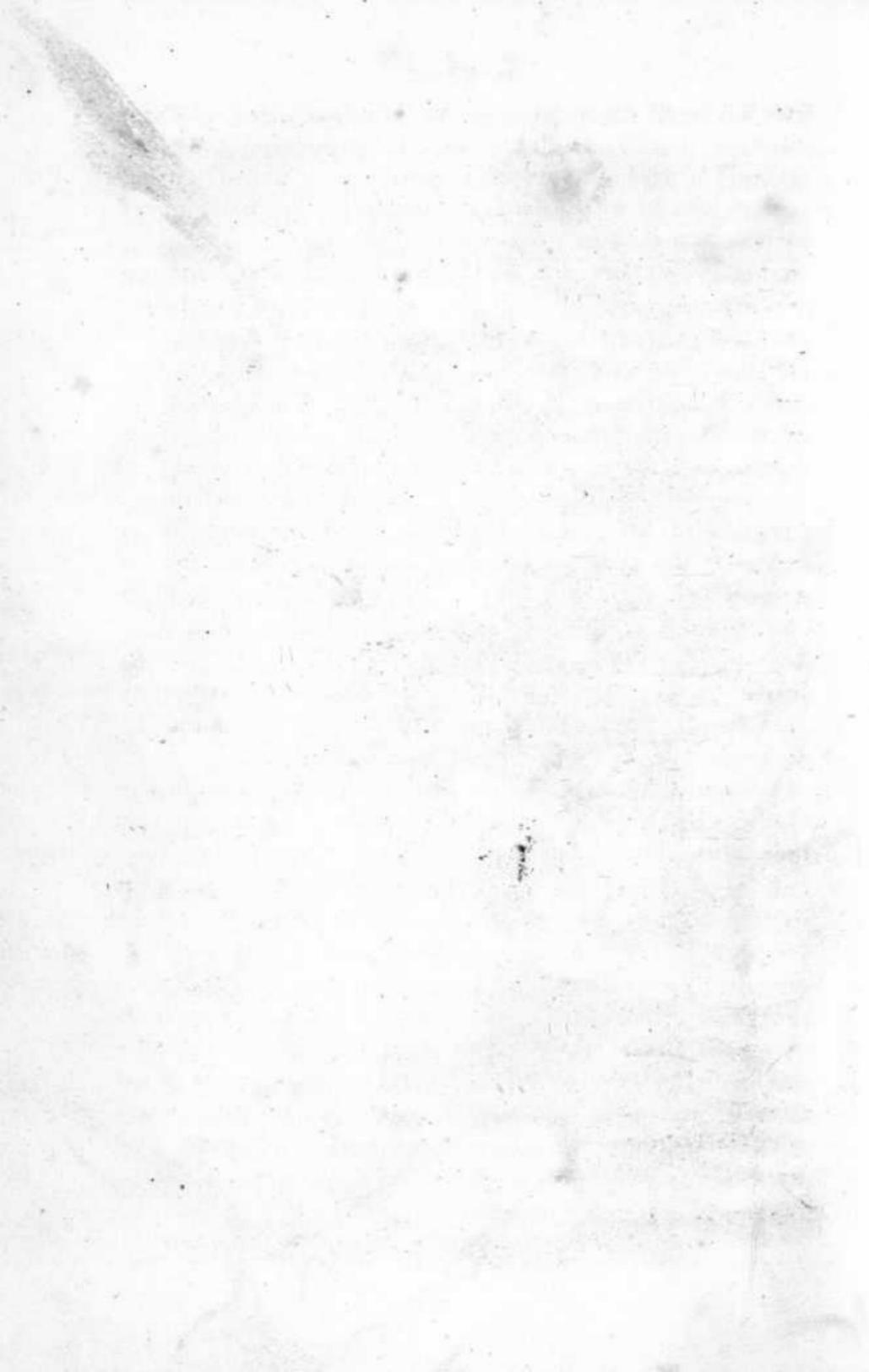
— ¿Es posible, Fortun? preguntó Don García, y sus ojos lanzaban miradas de fuego.

— Cuando yo llegué á Leon, continuó el fiel caballero, encontré al lado del Rey al implacable Don Vela, y no dudo de que sus viles astucias han logrado seducir al generoso Don Sancho. El rostro del inicuo se hallaba revestido de un júbilo insolente, ínterin yo manifestaba la causa que me conducia á aquel alcázar, y no pude menos de dirigirle algunas amenazas cuando oí decir á Don Sancho y á vuestra nobilísima hermana

U. 1000



171 de J. Aragon



que si vos sois hermano de la Infanta lo son tambien ellos, y que vos no debiais haber dispuesto de su mano sin pedirles su consentimiento.

— ¡Sin pedirles su consentimiento! repitió vivamente Don García. ¡Insensatos! ¿Piensan que yo desconozco la plenitud de mis derechos, ó creen que me faltan las fuerzas y el poder suficiente para asegurarlos? Yo juro al Rey de Leon que pronto ha de arrepentirse por haberme provocado. Yo le he de hacer conocer la ofensa de su desaire, y yo recobraré á mi hermana entregando á la desolacion lo mejor y mas florido de sus estados. En vano entonces.....

— Señor, perdonadme si me atrevo á interrumpiros, dijo el valiente Fortun. Conceded un instante de descanso á vuestro resentimiento, y no jureis tan de pronto tomar venganza de un Rey que á pesar de toda ofensa no puede menos de ser vuestro hermano. Reflexionad algun tiempo. Vuestro reino apenas puede sufrir los males que se han seguido á las contiendas pasadas, y no se halla en disposicion de emprender otras nuevas. Tal vez medios mas suaves.....

— No, valiente Fortun, no, dijo Don García inmediatamente. El agravio que se me ha hecho solo se lava con sangre, y fuera yo muy cobarde si dejára respirar al Rey de Leon complaciéndose en la idea de que impunemente me ha desairado. Yo conozco la flaqueza de mis fuerzas; sé, muy á mi pesar, las desgracias de mi reino, mas sé tambien que Fernan Gonzalez es mi hermano, y que no le corresponde menos que á mí la venganza de este agravio. Las fuerzas unidas de Navarra y de Castilla bastan para hacer temblar al universo entero, y mas todavia para escarmentar la temeraria audacia del mal aconsejado Don Sancho.

— ¿Pero no considerais?.....

— No me repliques, Fortun, continuó el Rey de Navarra viendo dispuesto al caballero á oponerse á su venganza. En este momento declaro la guerra al Rey de León, y ordeno que se publique en mi reino con el mas solemne bando. Mis vasallos siempre amantes de mi honor concurrirán á porfia, y pronto darán sus cupos los concejos tributarios. No quiero perder un instante. Tú puedes quedarte, si gustas, con estos caballeros que te acompañan, y que vendrán fatigados. En lo demas mi resolucion es inalterable, y mañana sin falta alguna han de marchar mis soldados en el mayor número que pueda reunirse, á incorporar sus banderas con las del ejército castellano. Y tú, Suer de Stúñiga, añadió volviéndose á este caballero que caminaba á su lado, tú á quien la fatiga no agovia en este momento, marcha ligero en busca del invicto Conde, y hazle saber lo que he determinado. Ponle de manifiesto las ofensas de Don Sancho y mi justo resentimiento, y dile que disponga sus valientes y no tarde un minuto en sacarlos al campo. Dile que lleve por todo la muerte, el terror y el estrago; que no tenga piedad alguna de quien tan sin razon nos agravia, y que tale, aniquile y destruya todo el Reino de Leon, llevando en una mano la pesada lanza, y agitando con la otra el horrible blandon incendiario.

El caballero á quien estas órdenes se dirigian, y cuyo corazon fogoso se exaltaba al oir una palabra de guerra, participaba de los sentimientos del Rey, y dándole gracias por la distincion que de él hacia, volvió con presteza la brida al caballo, y partió contento á unirse á Fernan Gonzalez, para escitar en su alma el amor á los combates que su pasion á la Infanta tenia entonces acallado. El Rey miró complacido la obediencia del caballero, y volviéndose á Fortun continuó.

— Tú, Fortun, pues que desapruebas la guerra, podrás dedicarte al descanso.

— ¿Qué decís, noble Señor? exclamó el caballero asombrado y lanzando un profundo suspiro. ¡Yo descansar! ¡Yo permanecer en el ocio ínterin mis compañeros estén batallando! ¿Y me habláis así, Señor?... Vos ya os habeis olvidado de que yo soy Fortun Sanchez. Vos me habeis desconocido, y no recordais el tiempo en que me llamábais hermano. Mas yo no me desconozco; yo sé que soy Fortun Sanchez, y pronto os he de hacer ver que soy tan bueno y tan valiente como el mejor de vuestros soldados. Mañana al rayar el dia Fortun se presentará armado, y será el primero que marche á unirse á los castellanos.

— Ya lo esperaba yo así, dijo complacido el Rey alargando bondadosamente la mano á su fiel caballero, que entregado á un generoso reconocimiento la tomó con respeto, y besó con entusiasmo.

## 20.

— Caballeros, decia el Rey de Leon á sus mejores capitanes á los pocos dias despues de su negativa á la entrega de la Infanta. Mucho me habeis complacido con las noticias que traeis, y seguramente no esperaba de vuestro celo que hubierais cumplido de otra manera mis órdenes, ni que me hubieseis traído menos soldados. Con los doce mil infantes y cuatro mil caballeros que teneis disponibles, ya podemos oponernos al acometimiento primero de los castellanos; pero es forzoso no perder momento y marchar al instante sobre la frontera, pues temo con justa razon la actividad de nuestro contrario. Yo siento sobremanera no poder acompañaros. Sin embargo, me consuela vuestro valor y la seguridad en que estoy de que no os hará falta

alguna mi presencia cuando miro en cada uno de vosotros un general aguerrido y experimentado.

— Señor, dijo entonces uno de los caballeros. Vos haceis demasiado honor á nuestros pobres talentos, y favoreceis con exceso el valor que en algunas ocasiones hemos podido manifestar al combatir con vuestros enemigos, y la gratitud á tan singulares favores seria bastante cuando nuestro deber se nos olvidase, para obligarnos á luchar y á esponer sin temor nuestros dias en cumplimiento de vuestro mandato. Pero permitidnos decirlo; nosotros combatiríamos con mayor valor si osuviésemos al frente y peleáramos bajo vuestro mando.

— ¿Y qué falta puedo hacer os? respondió el Rey de Leon. Siempre que yo he combatido vosotros me habeis aconsejado. Mis victorias han sido vuestras, y yo no he tenido de ellas sino la corona que vosotros me habeis alcanzado. No os hago ninguna falta, y fuera faltar á mi reconocimiento si dudase un solo dia de tan valientes guerreros.

— ¿Y por qué, noble Señor? dijo otro de los presentes. Nosotros estamos siempre resueltos á sacrificar nuestras vidas en obsequio de V. A., y cuando combatimos por vuestra honra no tenemos por duro ningun trabajo. Pero en la guerra que hoy vais á emprender no podemos dejar de sentir que no esteis á nuestro lado, que no mandeis nuestras acciones, y que no dirijais nuestras empresas. Vos no desconoceis ni el valor ni la astucia del caudillo castellano, y poseeis talentos mas que bastantes para oponeros á sus adelantos; pero nosotros distamos mucho de encontrarnos en el mismo caso, y sentiríamos tener alguna pérdida ó desgracia en tan interesante guerra. Si vos, Señor, nos mandáseis y la fortuna nos fuese favorable, apreciaríamos en mas el laurel sobre vuestra cabeza, que

no mandándonos vos lo apreciaríamos sobre la nuestra; y si por el contrario la suerte nos fuese funesta, moriríamos gozosos por cuanto moriríamos sin el sentimiento de que aquella desgracia precedía de nuestra falta de inteligencia.

— No, caballeros, dijo complacido Don Sancho. Cualquiera que sea la suerte de los combates podeis emprenderlos, bien persuadidos de que jamás yo os echaré la culpa de ella. Conozco los azares de la guerra, y sé que la victoria ó la derrota se deben generalmente al acaso. Ya triunfeis ó seais vencidos, yo siempre agradeceré vuestros trabajos, y ya os presentéis con el aspecto orgulloso de vencedores, ya con el triste y humillado, que es propio de los vencidos, yo no podré menos de miraros como á mis mejores y mas valientes soldados. Marchad, pues, en el instante, y opond vuestros fuertes corazones al vengativo acometimiento de los castellanos, y libertad á Leon de la guerra y el estrago.

Los caballeros inclinaron respetuosamente la cabeza, é iban á salir del cuarto, cuando les detuvo el ruido de algunas personas que se acercaban con paso precipitado.

— ¿Qué es eso? preguntó el Rey sorprendido.

— Que si no acudís inmediatamente á la defensa vais á perder todos vuestros estados, dijeron algunos caballeros entrando en la habitacion faltos de aliento y cubiertos de polvo. El Conde Fernan Gonzalez á la cabeza de los castellanos y navarros ha penetrado el territorio leonés, y causa en él los mayores daños. Muchos de vuestros castillos han sido ganados al primer acometimiento, y no hay lugar fronterizo que no sufra los mas terribles ataques. El ejército invasor se aumenta cada momento: crece como un rio destinado á destruir los albergues miserables de los habitantes

de los campos, y pronto será un torrente que no perdona ni las mas populosas ciudades. El Conde aparece enfurecido é irritado, y ha decretado una conscripcion por la que todo castellano está declarado soldado. Desde la edad de catorce hasta la de sesenta años todos están comprendidos en la convocatoria, y á todos ofrece premios á costa de vuestros estados. Ved cuanto confia en la victoria.

— ¡Temerario! dijo enfurecido el Rey. Yo le escarmentaré esa ciega confianza, y pronto abandonará el territorio leonés, dándose por muy contento en defender el castellano. Pronto, caballeros, acudid á los combates. Otro ejército mas numeroso os seguirá de cerca, y yo mismo iré á unirme á vosotros con los gallegos y asturianos.

— Y yo antes que vos, Señor, dijo Don Vela entrando en la habitacion acompañado de la Reina. Yo partiré en este instante á combatir entre vuestros soldados, y esta espada y este brazo consagrado al aborrecimiento del Conde Fernan Gonzalez, harán en sus escuadrones los mas terribles y desastrosos estragos.

— No lo penseis, caballero, respondió el Rey de Leon. Yo aprecio en cuanto valen vuestra espada y vuestro brazo, pero no quiero aprovechar por ahora sus esfuerzos; quiero que marcheis conmigo y combatais á mi lado. Caballeros, continuó dirigiéndose á los leoneses: marchad y detened el furor de los castellanos.

— Los caballeros obedecieron, y el Rey quedándose solo con su esposa y con Don Vela, dirigió la palabra á éste con aspecto torbo é irritado.

— Ya veis, caballero, le dijo: ya veis las consecuencias de vuestros cuidados en irritar á esta incauta Señora, y de mi bondad en toleraros dentro de mis dominios; la guerra, la destruccion y el aniquilamien-

to de mis amados vasallos. Y vos, Señora, añadió dirigiéndose á la Reina, ya veis tambien los efectos de vuestras temerarias instancias para que negase á Fernan Gonzalez una esposa por que tanto ha suspirado. Y bien ¿qué me aconsejais ahora? ¿Qué podeis hacer en defensa de mi reino?

— ¿Qué podemos hacer, Señor, replicó Don Vela. Combatir, morir luchando, ó vencer y engrandecer vuestros estados. Por mas que vuestra conciencia atemorizada os diga habeis obrado bien en negar lo que habeis negado, Fernan Gonzalez es vuestro súbdito, Fernan Gonzalez es vuestro vasallo, y debiera haber contado con vuestro beneplácito antes de solicitar la mano de vuestra hermana. Sobre todo, noble Rey, ahora el guante está arrojado, y no es tiempo de retroceder, sino de marchar de frente. Puedo haberme equivocado al solicitar la guerra, pero no ha sido mi venganza la que me ha incitado á ella, sino el deseo de vuestro engrandecimiento y desagravio. Si las consecuencias no son conformes á mis esperanzas, yo cargo gustoso con el resultado de ellas, y ofrezco mi cabeza....

— ¡Vuestra cabeza! replicó vivamente Don Sancho. ¿Y de qué me serviría vuestra cabeza para remediar los daños ocasionados á mis vasallos?

— Veo, Señor, dijo Don Vela, que estais mas irritado conmigo de lo que podia esperar, y que desconfiais muchísimo de la fuerza y valor de vuestros soldados. No teneis seguramente un motivo para ello, y si arrojais de vuestra alma ese pavor que la ocupa, aun podeis vencer y engrandeceros á costa de vuestro rebelde vasallo. Convocad á vuestros combatientes; llamad á la lucha á todos vuestros guerreros, y pronto atajareis el torrente devastador, y aun podeis hacer que Fernan Gonzalez riegue con su sangre las tablas

oprobiosas del cadalso. No vacileis un momento. Si cada uno de vuestros súbditos coge un puñado de arena y lo arroja sobre Castilla, Gonzalez y sus vasallos deben quedar sepultados. Mas si la guerra os desagrada, si quereis ceder al fin y entregar á vuestra hermana, hacedlo como gustéis; y para que veais que os amo, yo que os he comprometido á la negativa me ofrezco tambien á libraros de este cuidado con decoro y con honor, y de modo que ninguno pueda creer ni sospechar que habeis cedido por miedo y temor á los castellanos.

— ¿Y qué vais á proponerme? dijo alborozado el Rey.

— El término de esta guerra y el medio de haceros dueño de la voluntad del caudillo castellano, contestó el pérfido Don Vela. Voy á proponeros, Señor, el medio de enriqueceros, el solo medio de aumentar vuestros estados. Mandad luego á Fernan Gonzalez vuestros heraldos de paz: decidle que nunca tuvisteis ánimo de oponeros á su enlace, y aseguradle que solamente queriais prevenirlo con un tratado y capitulaciones honrosas y útiles á los reinos aliados, y llamadlo á vuestra corte. Gonzalez es confiado, porque es noble, y porque ama y escuchará con placer las palabras de vuestros enviados. Desistirá de la guerra: vendrá luego á vuestra corte, y entonces mas sosegado podreis negar ó conceder, conforme á las circunstancias y al interés de vuestros vasallos.

— Bien, Don Vela, dijo el Rey de Leon. Conozco que no me proponéis lo mas justo, pero agradezco el consejo y voy luego á aprovecharlo.

— Yo me complazco, Señor, en veros ya mas tranquilo, y siento haberos incomodado, dijo humildemente Don Vela, y haciendo un profundo saludo salió inmediatamente del cuarto.

El Rey mandó llamar á los caballeros que debian encargarse del mensaje de paz, y la Reina mas complacida de lo que esperaba al ver aquel asunto concluido, retornó á su habitacion á escuchar nueva vez las viles sugerencias del malvado.

## 21.

El sol presentaba apenas sus últimos rayos sobre las colinas de los elevados montes que circundan á Leon, cuando la jóven y apasionada Infanta de Navarra seguida de algunas damas paseaba triste y pensativa por los jardines de palacio, sin que los esfuerzos de sus amables compañeras pudieran arrancarla de la profunda melancolía que la agobiaba, cuando al rumor de unos pasos veloces la llamó la atencion hácia una calle de murta.....

— ¿Qué traes, querida Leonor? dijo sorprendida al descubrir á otra de sus camaristas que llena de alegría se le acercaba.

— Vuestra felicidad, Señora, respondió Leonor. Una noticia inesperada; pero una noticia que mitigando vuestro sentimiento vá á devolveros la calma y resucitar en vuestro corazon todas las delicias de la esperanza. En este momento ha decretado el Rey vuestro enlace. Fernan Gonzalez á la cabeza de un ejército numeroso habia penetrado la frontera, y ya todos los fuertes sucumbian bajo sus golpes, cuando Don Sancho atemorizado ha resuelto enviarle una embajada para disculpar su comportamiento. Pero Perez y Albar Gomez van á marchar en este momento, y llevan órden de pedirle que deponga inmediatamente las armas y se traslade á Leon donde se reunirán Córtes, y quedará esta contienda acabada. La Reina tambien les ha

dato sus instrucciones, y segun me han informado vuestra boda ya está concertada.

— ¡Concertada! repitió tristemente la Infanta. ¡Ay amiga! Plegue á Dios que esta ventura que me anuncias no se convierta en nuevos motivos de tristeza. La perfidia vive hoy al lado de la corona. Don Vela permanece continuamente en este alcázar, y mi hermana..... Mi hermana entregada á sus viles sugerencias, es capaz de coadyuvar á los proyectos mas execrables.

— ¡Y podeis pensar?.....

— Sí, Leonor, continuó Doña Sancha interrumpiéndola. Pienso que bajo esa oferta de paz se abriga algun proyecto misterioso de venganza; pienso.....

— Callad por Dios, dijo otra de las damas aterrizada. La Reina y Don Vela se dirigen á este sitio.

— Huyamos de él, exclamó con viveza la Infanta. La vista de ese hombre me es insoportable, y basta para llenar de congoja mi alma.

— Esperad, Señora, esperad replicó Elvira. La conversacion que los ocupa debe ser muy interesante, y podria sernos útil el escuchar sus palabras. Ofuscados en lo que proyectan no han reparado en nosotros, y tal vez podriamos ocultar entre estas matas..... Id, Señora, id á vuestro cuarto..... Dejadme sola, quiero saber si es ó no justa vuestra desconfianza, y os ofrezco repetiros con franqueza cuanto consiga escuchar de boca de vuestra hermana.

La Infanta apretó la mano de su jóven amiga, manifestándola asi su agradecimiento, y se retiró seguida de sus damas, ínterin que su confidenta, á quien tanto debia, introduciéndose entre un poblado jazmin á beneficio de la obscuridad que ya se acercaba, se disponia á escuchar de boca del mal caballero los pensamientos que lo animaban.

22.

Os habeis conducido, Señora, dijo Don Vela á la Reina llegando al sitio donde Elvira se ocultaba, con un talento y una astucia que solamente podian esperarse de quien como vos está siempre atenta á su honra y á su venganza. Habeis hecho bien en ordenar á los mensajeros que aseguren á Fernan Gonzalez que el Rey está pronto á entregarle su amada; sin esa promesa hubiera sido difícil atraerle á nuestro poder, y acaso no hubiese dejado las armas. Pero ¿cómo habeis conseguido que os obedezcan?

—Harto trabajo me ha costado, contestó la Reina. Cuando les propuse que faltasen á la fidelidad de su mensaje, y que en vez de asegurar al castellano que el Rey le concederia la mano de la Infanta bajo las capitulaciones que ambos con las Córtes acordasen, afirmáran que el Rey se la concedia sin exigir cosa alguna, y que no deseaba la reunion de las Córtes sino para dar mas brillo y lucimiento á los festejos, repugnaron acceder á mi mandato, y en vano intenté persuadirlos con el ruego; pero cuando les dije bajo el sagrado de mi palabra que el Rey me habia autorizado para dar aquellas instrucciones, y que en todo tiempo los defenderia de incurrir en su desgracia, ya se mostraron mas complacientes, y poco tardé en persuadirlos. Me ofrecieron en fin acceder á mis deseos, y Fernan Gonzalez.....

— Vendrá á Leon lleno de esperanzas falsas, exclamó con aire de triunfo el inicuo Don Vela. Vendrá y no volverá á Castilla... Yo os lo prometo, Señora... Pocos dias ha de vivir nuestro adversario, y en vano intentará ya burlar los deseos de nuestra pasion de venganza. Tengo un proyecto, Señora..... ¡Ah! no:

vos no debeis saberlo..... Sois demasiado sensible, y si os dijese lo que intento hacer tal vez lograriais traerme con vuestras palabras.

— Decid, Don Vela, decid. No temais que yo me interese por Fernan Gonzalez. Ya sabeis que me tiene irritada, y conoceis hasta dónde se estiende mi resentimiento. Su muerte, su deshonor, me serian agradables, y ya veis que mal podria yo rogaros para evitarlas..... Solamente os pediria una cosa, Don Vela....

— ¿Y cuál es, Señora? preguntó el inicuo.

— Que no os olvideis de mi honra en los momentos de vuestra venganza, respondió la Reina.

— Descuidad, continuó Don Vela. El secreto mas impenetrable pesará sobre vuestras acciones, y yo solo apareceré como el autor de toda la trama. Hace muchos años que persigo á Fernan Gonzalez sin haber conseguido mis deseos. Una enfermedad violenta me privó del placer de darle de puñaladas en el alcázar de Navarra..... ahora..... gozo de salud y fuerzas, y tengo mayores motivos para creer conseguidas mis esperanzas. Si estas no salen fallidas, si Fernan Gonzalez muere á mis manos..... ¿quién ha de sospechar de vos? ¿Quién os ha de culpar en nada? Su muerte y mi fuga serán simultáneas. Un mismo instante hará notorias ambas, y denunciándome de asesino alejará de vos toda sospecha, y hará que caiga sobre mí todo el horror de la mancha.

— Decís bien, Don Vela, decís bien, contestó la Reina, pero.....

— Un ligero ruido que hizo Elvira horrorizada llamó la atencion de Don Vela, y exclamó.....

— Silencio, Señora..... oís..... alguien se acerca. Dejemos estos sitios donde facilmente podemos ser escuchados, y vamos á vuestra morada: alli os descubriré mas por menor todos mis proyectos, y estoy

bien cierto de que tendreis por infalibles mis esperanzas.

La Reina tomó el consejo del mal caballero, y se alejó en su compañía, en tanto que la jóven Elvira trémula y congojosa, saliendo del sitio donde estuvo oculta, alzaba las manos al cielo dando gracias al Supremo Hacedor de que la hubiese hecho sabedora de tan indigna y sanguinaria trama.

## 23.

Los días pasaban con la velocidad del relámpago, y ya habian amanecido tres soles despues que Don Sancho envió sus heraldos al Conde de Castilla, sin que se supiera su respuesta sobre si concedia alguna tregua al sangriento furor de las armas. El Rey de Leon lleno de temores acababa de salir de la habitacion de la Infanta, á quien habia preguntado si tenia alguna noticia de su amante, y la jóven hermosa habiendo contestado que no, yacia entregada á su constante pena, humedeciendo un ligero lienzo con sus amorosas lágrimas. La fiel y graciosa Elvira que se encontraba á su lado hacia los mayores esfuerzos para animarla, y aparentando una confianza que indudablemente distaba mucho de sus verdaderos pensamientos, la aseguraba un fin próximo á sus penas, é intentaba persuadirla de que su generoso amante volveria luego á mitigarlas; pero Doña Sancha, en cuyo corazon afligido solamente se abrigaban presentimientos funestos, la miró con melancólica ternura, y apretándola cariñosamente la mano exclamó.

— ¡Cuán inútilmente fatigas tu imaginacion para consolarme! Elvira. ¡Querida Elvira!..... Yo te agradezco el alivio que quisieres dispensar á mis padecimientos, y fuera feliz si tuviese mi corazon en estado

de recibirlo. Yo quisiera poder abrigar alguna esperanza, al menos para que no se malograsen totalmente tus cuidados, pero todo es ya de mas. Persuadida de que se acabó para mí todo el bien, he arrojado de mi alma las ideas de felicidad que aun conservó en otro tiempo, y entregada absolutamente á las penas, la angustia y el llanto, no espero otra cosa que verme rodeada de los males mas espantosos.

— ¡ Ah, Señora! replicó vivamente la fiel confidenta. Tened piedad de vos misma, y considerad que bajo ningun concepto es tan mísero vuestro estado. Arrojad de vuestro pecho tan aflictivas ideas. ¿ Por qué perder la esperanza?..... Los males mas positivos no debieran abatir á una Infanta de Navarra, y ni la muerte debiera hacer disminuir el valor de la adorada del valiente castellano. Permitidme que os lo diga. Si el Conde Fernan Gonzalez supiese que hablais asi, seguramente se resentiria, porque dudais de su valor mas de lo que exige la prudencia humana. Animo, Señora. El Conde no puede faltaros, y tampoco os faltarán vuestros amigos de Navarra.

— ¿ Y de qué pueden servirme? preguntó tristemente la Infanta. Yo conozco mi situacion, amiga Elvira. Fernan Gonzalez se halla en un riesgo inminente, y tal vez á estas horas camina engañado á Leon donde le esperan el puñal matador y la tumba. Fortun Sanchez, mi valiente amigo, se encuentra en Navarra, y no sabe ni puede saber la situacion de su hermana.

— Tal vez la sepa, Señora, continuó de nuevo Elvira. Vos sabeis que mi hermano tan interesado como yo en consolar vuestras penas y evitar vuestra desgracia, marchó á noticiar á Don García y á Fortun la execrable conspiracion combinada contra los dias de vuestro amante, y.....

— Ya lo sé, querida mia. Lo sé, pero conozco

tambien la perfidia de Don Vela, y el carácter astuto y vengativo de mi hermana. Los dos genios meditados que el acaso ha reunido para causar mi tormento no se habrán olvidado de nada, y la carta que hemos remitido tal vez estará ya en sus manos, porque habrán cerrado todos los caminos por donde su iniquidad pudiera hacerse famosa en Navarra.

— No penseis así, Señora. Si Don Vela y la Reina tienen astucia y reserva, tampoco á nosotros nos falta. Por mucho que se fatiguen, nuestro aviso ha de llegar á manos de Don García. Mi hermano es hombre prudente, y ha tomado cuantas precauciones ha sido capaz de sugerirle su notorio ingenio. Varios de sus criados caminan hácia Pamplona por sendas estraviadas, y el propio vestido de pordiosero transita tambien por fuera de las poblaciones, cierto de que de este modo ha de vencer vuestras desgracias. Consolad por fin vuestro corazon, y si creéis, como debeis, que el Rey mi Señor y el generoso Fortun han de ser sensibles á vuestros lamentos, abrid el pecho á la consoladora esperanza, y recibid en él las ideas de ventura que abrigaba en otros dias ahuyentando el temor que lo aflige, y la incómoda melancolía que lo aniquila y acaba.

— Sí, mi querida amiga, sí, dijo mas tranquilizada la desventurada amante. Tus palabras me devuelven la confianza que ha tanto tiempo se ausentó de mí, y parece que la serenidad vuelve á establecerse en mi alma. Pero..... ¡ay!..... Todavía me aflige el temor de lo que puede acaecer á Gonzalez cuando habite en este alcázar.

— ¿Y creéis, Señora, que vendrá?

— ¿Pues qué es posible dudarlo? respondió preguntando Doña Sancha. Tú no lo conoces, amiga: tú no conoces la nobleza de su alma. Gonzalez es incapaz

de obrar mal, y cree á todos tan honrados como lo es él mismo. Oirá sin sospecha á los enviados del Rey; dará el asenso mas ciego á sus falaces palabras, y antes del plazo en que espire la convocatoria de las Cortes, lo verás presentarse lleno de buena fé y con ánimo sereno á las puertas de este alcázar.

— Y bien, Señora.....

La jóven Elvira iba á continuar animando á la Infanta, cuando Leonor trémula y descolorida penetró en la habitacion tan poseida del espanto, que apenas podia pronunciar una palabra.

— ¿Qué traes? preguntó llena de sorpresa Doña Sancha.

— Una noticia funesta, respondió Leonor. ¿Oís? ¿Oís ese ruido estrepitoso con que suenan las campanas? ¿Escuchais esos vivas de alborozo que suenan en las calles, y los gritos de alegría de ese pueblo inmenso que ocupa ya las avenidas del alcázar? Pues todo, Señora, anuncia la mas terrible desgracia.

— ¡Cómo! exclamó tristemente la Infanta. Por Dios, Leonor, no des mas motivo á mis penas; dime con toda franqueza lo que pasa. ¿Ha muerto Fernan Gonzalez?

— No, Señora, no, respondió Leonor. Vive, y se encuentra en este alcázar. ¿Qué mas pudiera decir?

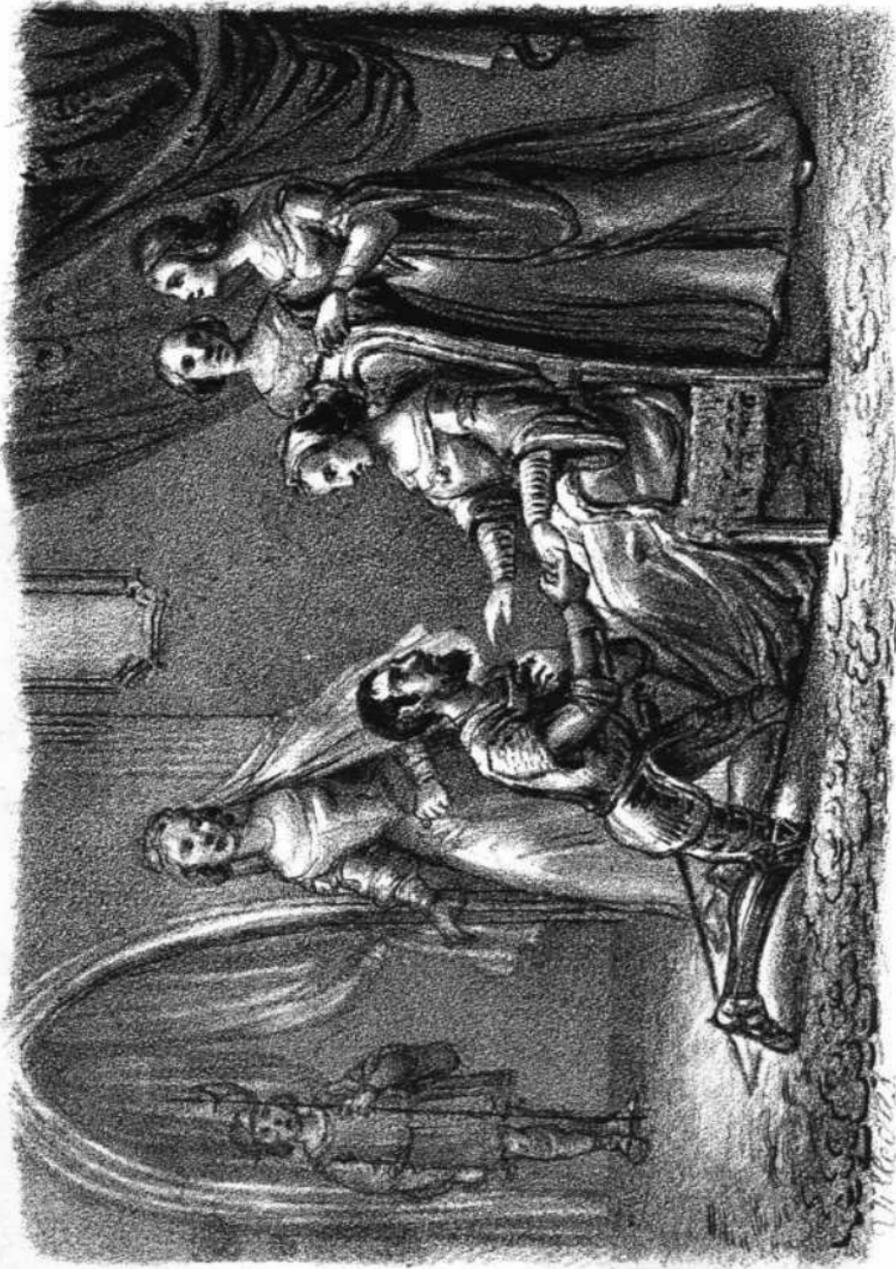
— ¡En este alcázar! repitió la amante desgraciada, y lanzando un profundo suspiro cayó sin sentido en brazos de sus criadas.

— ¡Socorro! ¡Socorro! principiaron á gritar Elvira y Leonor, y acudiendo luego sus compañeras se precipitaron á socorrer á la Infanta.

Un momento despues la afligida Señora abrió sus ojos á la vida, y mirando con espanto á cuantos la rodeaban exclamó. ¿Dónde está? ¿Dónde está?

— Lo ignoramos, Señora, respondió Elvira. Aun





211 de J. Anson

no hemos podido verle, pero lo veremos en el momento en que esteis mas aliviada. Desechad ese terror; nosotras todas velaremos sobre su vida, y no le sucederá nada. Yo le instruiré de su riesgo; yo le haré ver los peligros á que se halla espuesto en este palacio, y su valor bastará á librarlo de ellos en tanto que lo socorre el noble Rey de Navarra.

—¿Y podrás verle y hablarle? preguntó la Infanta.

—Sí, Señora, respondió Elvira. Ya veis, ni vos ni nosotras estamos encerradas. El Conde vendrá á visitarnos, y entonces..... Descuidad. Yo le hablaré aun cuando siempre viniese acompañado del Rey ó de vuestra hermana.

Un bálsamo consolador se difundió entonces por las venas de Doña Sancha, y entregando su corazon á la esperanza dió las gracias á Elvira, y recobró inmediatamente la calma.

—La Reina..... dijo entonces un ugier entrando en el aposento, y la Infanta quedó nuevamente aterrizada.

—No quiero jamás dilatarte tus placeres, dijo la noble Doña Teresa al entrar en el cuarto de su hermana, y presentándole al fuerte Fernan Gonzalez añadió: aqui tienes al valiente que te ama.

—¡Señora! exclamó Fernan Gonzalez puesto á los pies de la Infanta. Sí, aqui teneis á quien os ama, á quien daria mil veces por vos su existencia, y á quien para poseeros no aterrorizan ni la muerte ni las desgracias. ¡Ah! ¡Qué son los males cuando se sufren por vos! Nada. Una mirada vuestra, una sonrisa compensa todos los padecimientos de mi alma, y soy mas feliz en este momento al lograr el honor de humillarme á vuestras plantas, que lo seria en el inesperado de ceñirme la corona del universo.

— Alzad, noble caballero, respondió la Infanta alargando su mano al héroe. Alzad. Vuestros generosos pensamientos me son conocidos, y sé cual debe de ser ahora el placer de vuestra alma. Lo que habeis padecido por mí me ha probado vuestro amor; lo que aun debeis padecer.....

Doña Sancha no pudo seguir, y Fernan Gonzalez la miraba absorto teniendo asida su blanca y hermosa mano, que con un temblor convulsivo le anunciaba nuevas desgracias, y la Reina de Leon la dirigió una terrible mirada.

— ¡Lo que aun debo padecer! exclamó Fernan Gonzalez.

— Lo que debeis padecer es seguramente nada, replicó Doña Teresa. Ya está cercano el momento en que debeis contraer vuestro enlace. Las Córtes van á reunirse, y acaso celebrarán la primera junta dentro de seis ú ocho dias; ved ahí el plazo que media entre la posesion y la esperanza. Ved los males que os esperan.

— Dices bien, respondió Doña Sancha, conociendo que debiera haber sido mas reservada. La debilidad que me afecta y los padecimientos que he sufrido, me ofuscan alguna vez, y hacen que mis espresiones lleven la impresion de la tristeza que antes me animaba.

— ¿Habeis sufrido? preguntó el Conde.

— Sí, contestó Doña Sancha. He sufrido cuando supe que vos equivocando los proyectos de Don Sancho habiais acometido este reino, porque miraba en la guerra un obstáculo á nuestra esperanza; pero ya no sufro porque os veo, porque os contemplo á mi lado, y sé que la guerra ha concluido. Sé que Don Sancho está pronto á coronar nuestros deseos, y conozco quanto debemos esperar del afecto de mi hermana.

La Reina contenta y satisfecha, y creyendo que su hermana ignoraba las asechanzas del traidor Don Vela, corrió á ella y la dió un abrazo cariñoso, y despues de permitir un corto rato que el Conde permaneciera en la estancia, salió con él para conducirlo á la presencia del Rey, que impaciente lo esperaba.

## 24.

La noche ostentaba un misterioso silencio, y el cielo cubierto de un manto lóbrego y sombrío, hacia palpar el corazon de las tímidas jovencillas que habitaban el palacio de Leon, cuando un caballero solo y embozado en una larga capa, abrió una de las puertecillas de la cerca y se introdujo en los jardines con tan cuidadoso recelo, que apenas él mismo podia percibir el rumor de sus pisadas. La obscuridad no le permitia descubrir objeto alguno, y permaneció largo rato sin saber qué direccion tomaria, cuando el brillante fulgor de un relámpago le dejó ver una larga calle que debia conducirle al punto á donde se dirigian sus ansias. Vacilante y deslumbrado emprendió lleno de júbilo su marcha, y aun cuando preveia que el espantoso bramido del trueno habia de causar mil temores á la jóven que lo esperaba, pedia fervorosa al Supremo Hacedor que se repitiese de continuo para adelantar durante la luz lo que le era forzoso perder cuando la obscuridad reinaba. Asi caminó mucho rato sin que sus ojos alcanzasen á ver objeto alguno, ni sus oidos le anunciassen la cercanía de otro viviente, hasta que llegó á un hermoso cenador, y al nuevo brillar de un relámpago descubrió á la jóven Elvira, que sentada en un banco de jaspe casi estaba desmayada.

— ¿Sois vos, Señor? preguntó la tímida doncella.

— Yo soy, Elvira. Fernan Gonzalez es quien te

habla. Sosiégate y nada temas, pues estoy á tu lado y.....

— No perdamos un momento, Señor, replicó vivamente Elvira: son ya las doce, y me espera impaciente mi ama. Ya habeis recibido su esquila. Pues bien, Señor. Sabed que mil peligros os amenazan. Don Vela atenta contra vuestra vida; la Reina es la cómplice de su crimen, y el Rey Don Sancho os engaña. Han combinado vuestra perdicion. El Rey no quiere concederos la libertad de mi Señora si no cedeis en recompensa una porcion de vuestros dominios; pero sin embargo, el Rey no tiene parte en la sangrienta trama. La Reina y Don Vela tienen formado el proyecto de daros de puñaladas. Don Vela os seguirá por todas partes. Don Vela rodeado de asesinos ha ofrecido delante de mí que conseguirá vuestra muerte, y....

— Basta, Leonor, basta, dijo el noble castellano. Siento que tan débiles motivos vengan á turbar la tranquilidad que tanto deseo á mi adorada. Dí que yo le doy las gracias por su cuidado, pero que no tema nada. Don Sancho es incapaz de faltar á su palabra, y espero.....

— No esperéis. Don Sancho no ha comprometido ninguna palabra.

— ¡Ninguna palabra! exclamó Fernan Gonzalez.

— Ninguna, Señor, continuó la jóven Elvira. Los heraldos han recibido instrucciones de la Reina, y os han asegurado lo que el Rey no habia querido decir. Don Sancho ordenó que se os propusiera la paz y vieneséis á Leon, donde á presencia de las Córtes tratarais de vuestro enlace con mi ama; pero no os ofreció la entrega de ésta: la Reina y Don Vela.....

— ¿Han sido los que han adulterado sus palabras? Está bien, dijo Fernan Gonzalez. Nada importa. Sean del Rey ó de la Reina, yo haré que se me cumplan

sus promesas. Dile á mi amada que no tema; ruégale por mí que viva tranquila, y asegúrale que será mia antes que pase mañana, ó el trono de Leon vacilando sobre sus cimientos caerá muy en breve convertido en polvo al impulso de mis armas. En cuanto á Don Vela.....

— Temblad, Señor, es un asesino, y.....

— Lo conozco, Elvira, y sé de cuanto es susceptible su alma, dijo con tranquilidad el caballero. Mas tambien Don Vela me conoce, y sabe que mi pecho es impenetrable á sus armas. Sin embargo, os agradezco el aviso. Asi viviré con mas cuidado, y el pérfido no podrá acometerme á mansalva. Dí á mi adorada hermosura que tomaré todas las precauciones que basten á calmar sus cuidados y á tranquilizar su alma, y vuelve pronto á darle este consuelo. La noche se avanza, y tal vez podriamos ser descubiertos. A Dios. No me atrevo á acompañarte, pero no me olvidaré de cuanto te debo..... A Dios, y cuida de tranquilizar el corazon de la Infanta.

La tímida jóven marchó veloz en direccion del alcázar, y el fuerte Fernan Gonzalez regresó á su albergue resuelto á demandar en el siguiente dia la libertad de su amada.

## 25.

Las agradables nuevas que la temerosa Elvira habia dado al buen Gonzalez no causáran temor alguno á su corazon valeroso, pero fueron suficientes para alterar su sosiego y hacerle pasar el resto de la noche en la ansiedad y el cuidado. Ni las insidiosas maquinaciones de la Reina de Leon, ni la traidora perfidia del sanguinario Don Vela le inquietaban; su brazo invencible era mas que bastante á libertarle de todo: le

inquietaba solamente la presencia de los obstáculos que cada momento se oponían á la felicidad de su amada. Su alma generosa se hallaba sumergida en la desesperacion y el furor, é irritado contra el Rey proyectaba y discurría en la mas espantosa venganza.

— Sí, decía paseando presuroso y agitado por el pequeño recinto de su morada. Mañana Don Sancho usará de su poder prevalido de que se encuentra en Leon, y en el fondo de su alcázar me negará lo que pido, y se opondrá á mi enlace con la Infanta..... Está bien..... ¿Quién se lo impide?..... ¡ Ah! Mañana lo podrá hacer..... pero pasado mañana..... pasado mañana es el día de mi imperio..... pasado mañana volveré á Castilla, llamaré á mis valientes, convocaré el invencible condado á las armas, y la muerte y el estrago le exigirán el cumplimiento de sus mentidas palabras.

La noche tocaba á su término, y una nueva luz iba á aparecer sobre las montañas, cuando el Conde castellano todavía yacia irritado, y entregado á estos proyectos sin que le fuera posible conseguir un instante de calma. La agitacion de su espíritu era cada momento mas grande, y en la certidumbre de que sus pretensiones le serian negadas, obligó á sus sirvientes á levantarse, y les ordenó que arreglaran el equipage y lo tuviesen todo dispuesto para la marcha.

En tanto que lo obedecian, él sintiéndose mas consolado con la esperanza de una nueva guerra, y el presentimiento de la victoria, se recostó sobre el lecho á esperar la fatal hora en que debía presentarse en las Córtes. Llegó por fin esta, y el enamorado Conde se trasladó velozmente á ellas. A su entrada los ricos hombres leoneses le rodearon, y manifestándole su afecto le prometieron su apoyo para conseguir lo que deseaba; pero el Rey que apareció á poco rato, le preanunció el mal éxito con una severa mirada. No se

arredró sin embargo el valeroso guerrero, y ocupando el asiento inmediato á Don Sancho, segun que por su dignidad le correspondia, esperó con afan el momento en que podria usar de la palabra.

El Rey manifestó á las Córtes el objeto para que eran convocadas. Peticiones de servicios para sostener la guerra con los mahometanos y reparar algunas fortalezas fueron las solas que hizo, y nada habló sobre el casamiento de la Infanta.

— Rey de Leon, exclamó Fernan Gonzalez. Cuando parezco en las Córtes no como vuestro vasallo, no cómo un súbdito vuestro á quien hayais convocado, sino como un poderoso enemigo que para venir á ellas ha suspendido el rigor de sus armas á consecuencia de una capitulacion honrosa y bajo el seguro de vuestra fé; no puedo menos de admirar que hayais guardado silencio sobre el cumplimiento de vuestra palabra, y que antes de ocuparnos de ella querais ocuparnos de negocios domésticos que valga la verdad, ínterin que yo soy vuestro enemigo no me interesan en nada. La cuestion que con urgencia nos ocupa, la que merece toda atencion, es la de mi casamiento con la Infanta de Navarra. Para ella he sido convocado; para ella he venido á Leon, y á fuer de buen caballero no permitiré que se dé preferencia á otra alguna. Vos sabeis que digo la verdad; vos, Rey de Leon, que teneis una palabra empeñada, no podeis dilatar el instante de cumplirla. Sepan, pues, vuestros vasallos que vos me habeis ofrecido la libertad de mi amada. Sepan que uno de los motivos por que habeis citado á Córtes, es el de hacer mas lucido y brillante mi enlace, y ocupémonos despues de cuanto querais decir. Entre tanto...

— Caballero, dijo el Rey. Estraño sobremanera que asi abuseis de mi paciencia, y supongais á la faz del estado que esa ha sido mi palabra. Cuando os en-

vié mis heraldos os ofrecí por su medio que arreglariamos vuestros negocios particulares en conferencia amistosa. Vuestro enlace con mi hermana es asunto de familia, y su resolucion no pertenece á las Córtes. Mas ya que lo habeis propuesto, las Córtes deben saber que jamás os empené mi palabra tan sin condicion alguna. Deciros que se arreglarian vuestros negocios no fue concederos la libertad de la Infanta. ¿Quereis empero conseguirla? Pues cededme diez fortalezas fronterizas de vuestros estados; recibid guarnicion mia en cuatro de vuestras plazas, y otorgadme un tributo anual de mil maravedís de guerra, y hoy mismo podeis obtener la mano de Doña Sancha.

— ¿Y asi se porta Don Sancho? dijo el Conde de Castilla. ¿Asi es como el Rey de Leon observa su Real palabra? Cuando vuestros heraldos arribaron á mi tienda me ofrecieron sin rescate la libertad de la ilustre jóven á quien vos oprimis sin derecho, y abusando de las circunstancias. Jamás falté á la verdad, y nunca creí que un Rey como vos faltára..... Tened paciencia, continuó, viendo que el Rey impaciente le iba á impedir la palabra. Vos sabeis que es cierto mi dicho, y en vano pretendereis hacer creer que no lo es, porque todos cuantos nos conocen saben que si pusierais las condiciones que ahora me habeis exigido, jamás hubiera suspendido el ejercicio de las armas. Vuestras poblaciones ya combatidas por el temor estarian en este momento aniquiladas, y vos acaso en el riesgo de ofreceros en el combate á los caprichos de la inconstante fortuna. Todos saben, Rey Don Sancho, que nada es bastante para hacerme comprar á costa de mi condado y de mi honra lo que me es fácil conseguir con mi espada y con mi lanza. Pero vos habeis creido que os basta para no cumplir el negar vuestra palabra, y no os basta ciertamente. Llamad á vuestros heral-

dos; ellos dirán lo que digo, y tendreis que confesar que habeis abusado de mi creencia, ó que vuestros embajadores no son testimonios fieles de vuestra propia palabra. Vos sabreis si la habeis dado, ó sabreis si por ventura existe en vuestro palacio quien se atreva á aduiterarla.

Las últimas palabras del Conde hicieron perder el color á Don Sancho, y lleno de ira y vergüenza permaneció en silencio algunos instantes, lanzando al caudillo las mas furibundas miradas.

— Conde, le dijo por fin, mis heraldos pueden acaso haber equivocado el concepto de mis palabras; lo siento: pero aseguro que nadie existe en palacio que se atreva á aduiterarlas. Yo no os ofrecí jamás la libertad de mi hermana sin ninguna condicion, y por lo mismo jamás, si no aceptais las propuestas, podeis esperar obtenerla. Vuestra resolucion será la que gustéis; la paz ó la guerra no me importan nada.

— ¡No os importan nada! exclamó Fernan Gonzalez. ¡Ah! yo os recordaré algun dia el sentido fatal que encierran para vos esas palabras. Me habeis entendido, Rey, me habeis entendido, y basta. Yo sé de quién parte todo: yo sé que se conspira contra mí dentro de vuestra mansion, y que se me dirigen las mas viles asechanzas. No importa. Yo sé que manos traidoras ensayan el puñal sangriento para agoviarme de un golpe; pero sé tambien que esas manos temen, y con sobrada razon, á la fuerza de mi brazo, y que la sola idea de mi valor las arredra y acobarda. No diré que vos consentis sus traiciones, y creo que si las supiérais hubiéseis ya procurado evitarlas; pero ahora ya no me importan porque no las temo, porque me ausento de vos, porque voy de nuevo en busca de mis invencibles y pesadas armas. No temo á vuestro furor; no temo que seais capaz de asesinar me en vuestro al-

cázar como vuestro antepasado hizo con mi noble abuelo. Vos no podeis menos de permitir mi salida, porque me habeis dado vuestra fé, y porque la paz ó la guerra no os importan nada. A Dios, no volveremos á vernos sino en el campo de batalla, y alli, os lo pronostico, sin premios ni condiciones me entregareis á la Infanta.

Lleno de furor el Conde salió de la augusta morada, y las Córtes continuaron su sesion, aunque llenas de terror y altamente disgustadas.

## 26.

Media hora seria pasada despues que Fernan Gonzalez se retiró de las Córtes, y todos sus sirvientes se encontraban ocupados en los preparativos para su marcha. El héroe estaba entre ellos, y llevado de un impaciente deseo todo lo precipitaba. Cada minuto, cada instante que discurria le ocasionaba un tormento, y hubiera querido volar para hacer el llamamiento de guerra en su patria. Todo se dispuso al fin, y el valiente respiró gozoso, cuando un palafren le presentó el caballo, y un jóven page el pesado yelmo y la ferrada lanza. Su guerrero corazon se entregaba al entusiasmo, y en el delirio de su furor ya se creia colocado al frente de sus banderas, y se figuraba escuchar el horrisono alarido de sus soldados al arrojarse en las brechas, ó el lamento fúnebre y desesperado del ejército contrario entregado á la dispersion, á la muerte y la deshonra.

Entre ideas tan deliciosas vacilaba el alma de nuestro héroe, al tiempo mismo que sus sirviente se precipitaban á tomar sus acémilas para acompañarlo, y ya él mismo habia tomado las bridas de su fogoso troton

y colocado el pie sobre el estribo, cuando el rumor de algunos caballos llamándole la atención hacía su derecha, le hizo abandonar aquella actitud, y que dejando libre el corcel corriese con los brazos abiertos para recibir en ellos al valiente Fortun Sanchez, que seguido de otros navarros y de dos heraldos de armas, se acercaba con paso ligero á su encuentro.

— ¿Qué buscáis aquí, Fortun? dijo el héroe de Castilla.

— A vos solamente, Señor, respondió el caballero.

— ¡A mí! Me alegro, Fortun. Me alegro que hayais llegado en tan crítico momento. Si tardais un poco mas no me encontráis en Leon. Seguidme, pues, si quereis, porque en este momento me marcho.

¿Os marcháis?

— Sí, ciertamente. Voy á Castilla, Fortun. Voy á buscar mis soldados; á combatir nuevamente; á conquistar á mi amada, y á luchar con tan desusada furia, que antes que pase una luna he de hacer temblar al afligido, al orgulloso Don Sancho. El provoca mi furor; él es quien mueve mi mano, y él será tambien quien sufra el castigo atroz que merece por haber burlado mi confianza haciéndome el ridículo juguete de la astucia y del engaño.

— ¿Pero qué os sucede, Conde?

— ¿Y aun no lo habeis conocido? Sabed, Fortun, que Don Sancho me niega la mano de mi adorada despues de una solemne promesa que me hicieron sus heraldos, y despues de haber conseguido por tal medio que yo despidiera mis tropas. Ya veis que él mismo me obliga á conseguirla por fuerza, y á conseguirla vertiendo la sangre apreciable de los suyos y de mis vasallos.

— Interin que el valiente caudillo se espresaba de este modo, Fortun alzando la vista á la mansion del

Eterno daba muestras de alegría, y apenas acabó el Conde cuando exclamó placentero.

— ¡Gracias os doy, Señor bondadoso, por haber dirigido mis pasos! ¡Gracias os rindo, Dios mio, por haber conservado la vida de tanto valiente cristiano! Y vos, Conde, continuó dirigiéndose al caudillo despues de manifestar su gratitud al Hacedor Supremo, sosegad ese noble furor; apagad el fuego fatal de vuestro resentimiento, y confiad en mi palabra. Doña Sancha será vuestra. Ya sabeis que Fortun jamás promete sin tener motivos racionales para no dudar del suceso. El Rey de Leon consentirá en vuestro enlace, porque el Rey de Leon no puede apeteecer ver destruido y aniquilado todo lo mejor de su reino. Mandad á vuestros sirvientes que se retiren al punto, y vamos hácia palacio. Es preciso que veamos al Rey.

— Ahora se encuentra en las Córtes, respondió Fernan Gonzalez.

— Tanto mejor para vos, continuó Fortun. No perdamos un instante. Seguidme. Es preciso que yo le notorie las órdenes de mi Rey, y creo con justa razon que conseguiré mejores partidos si logro hablarle en presencia de las Córtes.

— Quisiera obedeceros, Fortun, pero ya me es imposible, contestó Fernan Gonzalez. Don Sancho me ha desairado, y sus palabras ni han respetado mi honor en presencia del Congreso. Creo inútil tambien vuestro cuidado. Seducido el Rey por Don Vela y por su esposa, ha resuelto mi venganza formando el temerario empeño de negarme á la que adoro, y yo ni puedo ni debo humillarme hasta rogar. Tengo bastante poder para exigir con la fuerza la posesion de lo que deseo, y tengo motivos mas que sobrados para recurrir á ella. Vos no sabeis cuántas causas escitan mi resentimiento. Si las supiéseis....

— Haria lo que vengo á hacer, replicó el caballero. El Rey de Navarra no me envia para rogar, pues ni son ni pueden ser tan humildes sus ideas. Me envia para amenazar, para imponer, y para decretar la destruccion de Leon si continuase Don Sancho en su empeño de oponerse á vuestro enlace. Ved, pues, por qué quiero que esperéis. Si mis palabras son oidas, ¿á qué es marchar á la guerra? Esperad, Conde, esperad. Vuestro furor no tiene que hacer otra cosa mas que mitigarse por unos momentos. Si Don Sancho no me escucha, entonces los dos marcharemos, y nuestros pasos veloces serán un relámpago que anuncie con fuego terrible el estrago y la desolacion á los ojos de los leoneses. Entonces los dos volaremos á la guerra, y no perderemos un dia en hacer temibles nuestros nombres al mismo que no les supo guardar un pacífico respeto..... No vacileis, y seguidme. Os lo ruego, os lo suplico; y si la voz de un amigo tiene en vos algun valor, no creo que os negareis. Seguidme por vuestra vida, y no perdamos el tiempo.

Al acabar Fortun Sanchez la última de sus palabras, principió á caminar sin esperar la respuesta del Conde, y éste lanzando un suspiro, fruto del mas triste sentimiento, no se atrevió á resistir, y lo siguió muy de cerca despues de ordenar á sus criados al entregarles su lanza, que todo continuase dispuesto para marchar, y que no desenjaezasen el poderoso troton que debia conducirlo á la guerra.

## 27.

Tristes y desazonados los diputados del reino despues que Fernan Gonzalez se despidió de las Córtes continuaban la sesion, é inútilmente Don Sancho procuraba persuadirlos de la necesidad en que se veia de

que le suministrasen prontos y cuantiosos servicios para oponerse á los combates con que amenazaba el castellano, y que eran ya inevitables. Si alguno que otro caballero reconocido á sus mercedes secundaba sus afanes, los próceres y prelados, y los representantes de los pueblos, se negaban abiertamente á que se impusieran nuevos tributos, y Don Sancho conoció, aunque tarde, que habia hecho muy mal en comprometerse á una guerra por complacer á su esposa y al fementido traidor que la aconsejaba, sin contar antes con el beneplácito de sus pueblos.

La imaginacion del Rey se encontraba enteramente ofuscada, y su corazon no pudo menos de maldecir á Don Vela, cuando varios diputados indirectamente y sin faltar al respeto debido á su dignidad, se atrevieron á reconvenirlo por haber acogido en su alcázar y elevado á su confianza á un traidor conocido y acostumbrado á comprometer la tranquilidad y el honor de los Reyes y naciones, para satisfacer á toda costa sus vengativos proyectos.

Así se altercaba en las Córtes, y nadie osaba, sin embargo, suplicar al mal aconsejado Rey que mirase por su bien, y olvidando lo pasado accediera al casamiento de la Infanta de Navarra, cuando la repentina agitacion del pueblo anunció la ocurrencia de un suceso inesperado, y un portero con un pliego en la diestra se adelantó hasta las gradas del sólio para entregarlo á Don Sancho.

— ¿Qué me traes? preguntó el Rey.

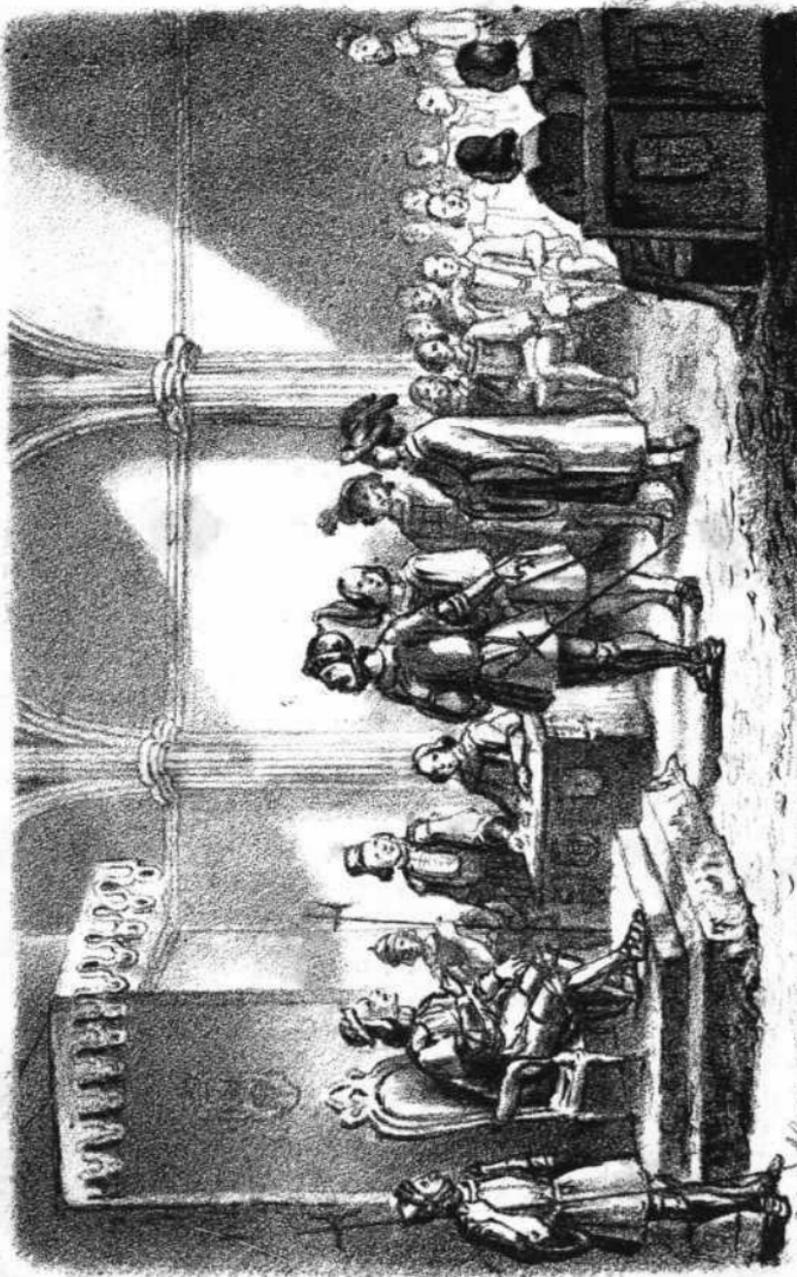
— Traigo, Señor, esta carta que me acaba de entregar un heraldo de Navarra.

— Y dónde espera?

— A la puerta de la sala con el Conde de Castilla y otros varios caballeros.

— Está bien; dile que espere.





Ed. de J. Aragon.

Villagras

El portero se retiró, y Don Sancho despues de leer detenidamente el pliego que tenia en la mano, dirigió la palabra con acento congojoso á los brazos de su reino.

— Acaba de llegar á Leon un embajador del Rey Don García (les dijo) y aun cuando ignoro qué quiere, no dudo de que será poco satisfactorio su encargo en estos momentos. Pide licencia para hablarme, y dice que su mision es tan importante y urgentè que debe llenarla en presencia del Congreso. Vosotros, ilustres próceres, sábios prelados y fieles caballeros, resolvereis si hemos de admitirlo, ó si será mejor escuchar sus palabras en un consejo privado.

— Cuando quiere hablar en público, respondió uno de los prelados, mejor es oirlo en público que en secreto. El negocio que lo trae debe sin duda pertenecer al bien del estado, y el estado debe saber lo que se pide en su daño, y se acuerde en su provecho. Yo voto que se le admita.

— Y yo tambien..... Y yo tambien, repitieron todos progresivamente, cual si sus diversas voces no fuesen otra cosa que la repeticion de un mismo eco, y el Rey descubriendo en su rostro el disgusto que le ocasionaba aquella resolucion de los representantes del reino, mandó que entrase Fortun.

El ilustre navarro apareció en la barra con los caballeros de su séquito, y á una seña de Don Sancho penetró con sus heraldos en el interior de la sala del Congreso. Los ojos de todos los concurrentes estaban fijos en él, y esperaban con ansiedad que rompiese su silencio.

— Don García, Rey de Navarra, dijo luego que Don Sancho le preguntó qué queria, me envia, Señor, á Leon con sus heraldos de armas, para solicitar de V. A. la libertad de la Infanta.

— ¿La libertad de la Infanta? preguntó el Rey de Leon. ¿Pues la tengo yo presa?

— Asi se asegura en Navarra, respondió el noble Fortun. El Rey, mi Señor, os dice, que usando de sus derechos ha prometido al Conde Fernan Gonzalez la mano de su ilustre hermana, y os requiere y amonesta que si dentro de tres dias no levantais la oposicion que habeis hecho al enlace convenido, desde este mismo momento os declarará la guerra. Ved conmigo á sus heraldos. Su voz, eco de la de su Rey, está pronta á lanzar el bando funesto que haga de leoneses y navarros implacables enemigos, ó pronunciar el decreto de paz que hará mas estrechas las relaciones de fraternidad que ha tanto tiempo los unen. Deliberad vos, Señor. En vuestras manos teneis las llaves del bien y del mal; elegid. A vos toca responder; yo cumpliré con lo que mi Rey me encarga, segun sea vuestra respuesta.

Fortun al acabar estas palabras saludó respetuosamente al Rey de Leon, y éste haciéndole seña para que se retirase, mandó que se despejase, y convirtió la sesion en consejo reservado.

Impacientes esperaban Fortun y Fernan Gonzalez la respuesta de las Córtes, y mas impacientes la deseaban los generosos leoneses, que sospechando á Don Vela de autor de aquellos disgustos, miraban con desazon el empeño de su Rey, y la guerra á que iban á ser llamados. Una hora pasó en la duda, pero al fin las puertas se abrieron, y Fortun y Fernan Gonzalez fueron al punto requeridos á que entrasen.

Entraron luego seguidos de un numeroso concurso. El Rey se mostraba alegre, y dirigiéndose al Conde le dijo: Gonzalez, habeis triunfado. Vais á ser esposo de Doña Sancha: no quiero contradecir los deseos del Rey mi hermano.

El corazón del generoso Gonzalez era incapaz de resentimiento, y al oír las palabras del Rey partió veloz á darle las gracias, y á besar rendidamente su mano.

El pueblo, que no esperaba desenlace tan feliz, no pudo escuchar la buena noticia sin esclamar en vivas producidos por el entusiasmo, y comunicándose éste á los diputados y próceres, los hizo acabar la junta dando mil parabienes al Conde, y estrechándolo cordialmente entre sus brazos.

## 28.

El acomodo del Rey y el valiente castellano se hizo público en Leon, y todos los habitantes de aquella primer Corte de España se dirijian á palacio, victoreando sin cesar una paz que un momento antes de ningun modo esperaban. Sus acentos penetrando hasta la habitacion de la hermosa Infanta de Navarra, condujeron á su pecho una tranquilidad deliciosa que hacia mucho tiempo no habia disfrutado, y á la vez llevaron al de la Reina una furiosa inquietud que pasó á ser desesperacion, cuando bien enterada del suceso supo que Fernan Gonzalez se encontraba por entonces ya libre de su venganza.

Tuvo, sin embargo, la astucia suficiente para mostrarse complacida, cuando el Rey acompañado del Conde, de Fortun Sanchez, y demas caballeros navarros, y seguido de un gran número de próceres y prelados, la hizo saber el próximo enlace de su hermosa hermana, y hasta osó dar la enhorabuena al caudillo castellano cuando se despidió de ella para pasar con el Rey á visitar á la Infanta.

No así esta virtuosa jóven. Cuando el Rey apareció en su morada, dejó brillar en sus ojos la idea mas pu-

ra de la gratitud, y con toda la franqueza de que era susceptible su corazón, le manifestó el placer que le ocasionaba su retractación, y cuán plácida le era la suerte que le esperaba.

Don Sancho recibió contento los agradecidos obsequios de su hermana y de Gonzalez, y después de pasar en su compañía algunos instantes, se retiró con todos los leoneses dejando en plena libertad de comunicarse sus mútuas satisfacciones á la Infanta y Fernán Gonzalez, y á Fortun Sanchez y demás caballeros de Navarra.

— ¿Y es posible que os vuelvo á ver? decía la hermosa Señora al caudillo castellano. ¿Es posible que Don Sancho haya consentido al fin en lo que tan tenazmente negaba y habia ofrecido negar?

— Es tan cierto, Señora, respondió Gonzalez, que sin su consentimiento, lejos de vos á estas horas correria en busca de mis valientes para conducirlos á la venganza, y para hacer sentir al Rey de Leon toda la fuerza de sus agravios.

— Lo sé, Gonzalez, lo sé. Cuando parecisteis en las Córtes se hallaban en ellas dos criados de mi confianza que escucharon vuestro discurso y las contestaciones del Rey, y que persuadidos de vuestra desaveñencia me la anunciaron con fidelidad. Como conozco vuestro carácter, no dudé ni por un momento de que el deseo de libertarme os hiciera marchar á Castilla; y estaba persuadida de ello, cuando esos vivas tumultuosos que aun se escuchan en las inmediaciones de este alcázar vinieron á advertirme la feliz revolucion acaecida en nuestra suerte, y todas las damas de mi séquito llegaron alegres á felicitar mi ventura.

— Ved, pues, á quien la debemos, dijo el generoso Conde, señalando á Fortun Sanchez. Nuestro amigo, nuestro protector constante, es la causa de to-

das nuestras delicias; y ya son tantos los favores que nos dispensó, es tanto lo que le debemos, que me parece imposible que en ningun tiempo lleguemos á recompensarlo.

— El placer os confunde la razon, valiente Conde, respondió Fortun. Vos no me debeis cosa alguna. Lo que he hecho en estos momentos no ha sido otra cosa que cumplir las órdenes de mi Rey, y si algo apreciáis en el cambio de vuestra fortuna, debereis agradecerlo á Don García.

— Yo sé, contestó Gonzalez, lo que ha hecho en mi obsequio el Rey de Navarra, pero no desconozco por ello lo que debo á vuestro cuidado. Sin la amistad, sin esa ardiente amistad con que nos honrais y favoreceis, vuestros pasos no hubieran sido tan veloces, y cuando hubiéseis llegado á Leon, yo entregado á mi venganza tal vez me encontraria ya en medio de mis soldados. Ved lo que habeis impedido; y es de tanto valor esto, que hubiera sido imposible en otro caso todo acomodo pacífico. Burlado una vez por el Rey de Leon, no hubiese ya consentido en abandonar mis armas, y solamente mi espada hubiese sido la que me abriera el camino para llegar á obtener esa hermosa mano que ha de consolidar la felicidad de mis dias.

— Veo que dais una importancia escesiva á servicios harto pequeños, y.....

— No son pequeños, Fortun, dijo entonces Doña Sancha. Aunque yo pueda exigir de tí cuanto has hecho por mi suerte, porque yo tambien lo haria por mi amigo y por mi hermano, conozco el valor inestimable de tus generosas acciones, y la deuda en que asi el Conde como yo.....

— Callad por Dios, noble Señora, replicó lleno de rubor el valiente caballero. Si hubiese creido posible lo que ahora estoy escuchando, os aseguro que jamás

hubiese pisado este suelo, y que lejos de vos apenas acabé de manifestar en las Cortes las órdenes de mi Rey, hubiera marchado á Navarra á darle la nueva feliz de que se hallaban satisfechos de un modo agradable todos sus deseos, y de que vos érais ya dichosa, pues que habian desaparecido ya vuestros cuidados.

— No lo asegures, Fortun, replicó Doña Sancha, decayendo repentinamente de la alegría que antes la animaba, á la tristeza que tantos disgustos le habian hecho casi habitual. Para que mis recelos desaparezcan, no es bastante el consentimiento que el Rey de Leon acaba de prestar al enlace que deseo. Aun necesito otra cosa, y es alejarme del recinto fatal de este alcázar, donde habita la perfidia, y donde una mano traidora amaga continuamente los dias de Fernan Gonzalez. Don Vela vive en Leon, y protegido por mi hermana discurre de dia y de noche por todas las dependencias de este palacio, y seguido de asesinos prontos á obedecer sus viles preceptos, ha jurado dar de puñaladas...

— A quien aborrece y teme, dijo el Conde interrumpiéndola. Perdonadme que os impida continuar. No puedo escuchar tranquilo que aun teneis ese cuidado, y me avergüenzo, á fé mia, de que no tengais en mas el valor de quien os ama, que las tenebrosas maquinaciones de ese infame detractor. No pensará como vos seguramente Don Vela. El me conoce mejor, y sabe que yo solo basto en todas partes para vencer sus astucias. Favoreced algo mas á quien respira por vos, y vivid gozosa y tranquila en el palacio de Leon, como vivireis un dia en el alcázar de Burgos.

— Sea como deseais, Gonzalez, respondió la amable jóven alargando su blanca mano, que el apasionado caballero besó con un entusiasmo imposible de espresar, y la alegría se esparció nueva vez en todos los concurrentes.

Pasaron así mas de una hora entregándose sin recelo á esperanzas lisongeras, y ciertamente hubiera dilatado mas allá el placer de una conversacion que les era tan agradable, si Fortun, á quien la obligacion de dar cuenta al Rey de Navarra del resultado de su mision llamaba á Pamplona, no se hubiese separado de los venturosos amantes que se despidieron de él vertiendo lágrimas de reconocimiento, y estrechándolo cariñosamente en sus brazos.

## 29.

— Es preciso que algun ángel sea su protector, decía la Reina de Leon al feroz Don Vela al tiempo mismo que Fernan Gonzalez y la virtuosa Infanta se entregaban con toda libertad á las delicias de su suerte. Ya habeis visto el resultado de todos vuestros afanes. Cuando mas ciertos estábamos de nuestra victoria, la llegada de Fortun ha venido á disipar las esperanzas concebidas, y dentro de pocos dias ó tal vez de algunas horas, será dueño de la mano de mi hermana. Me irrito, Don Vela, me desespero cuando pienso en el insolente placer que sentirá al mirarnos vencidos; y es tal mi rabia en estos momentos, que estenderia gustosa mis proyectos de venganza hasta el trono de Navarra sin acordarme siquiera de que Don García es mi hermano.

— ¡Cuánta nobleza se abriga en vuestro justo resentimiento! exclamó con entusiasmo el mal caballero lanzando una torva mirada, que aunque alegre en la apariencia era un fuego precursor de la tempestad mas horrible. Si pensáran como vos vuestros débiles hermanos, ¿qué fuera de mi enemigo? Las barras de Navarra y el rugiente leon de España se verian ya tremolar sobre las torres de Burgos. Pero Don García

abandona sus principios, y convertido en protector de su mayor y mas terrible contrario, quiere evitar nuestra dicha, y nos deja solos en el momento crítico. No empero por su abandono debemos ceder nosotros y caer en torpe y reprehensible desmayo. El temple de nuestras almas es mas acendrado y puro. Incapaces de lloblegar la cerviz á los golpes mas inesperados no podemos abatirnos, y constantes en el sendero que una vez hemos emprendido, tarde ó temprano, fácil ó dificilmente, hemos de llegar al fin, al término deseado.

— ¿Y cómo arribar, Don Vela? Yo creo que á pesar de toda vuestra inteligencia y tambien de nuestra constancia trabajaremos en valde, y cada intriga, cada proyecto que nos ocurra, ha de servir solamente para asegurar la suerte de ese dichoso caudillo nacido para nuestro daño.

— Os equivocais, Señora. No siempre ha de ser feliz el Conde Fernan Gonzalez, y creo que dentro de pocas horas caerá bajo nuestra mano. Escuchad, y vereis que tambien para nosotros hay momentos de ventura.

Cuando los vivos alegres de ese pueblo que hace un instante rodeaba este alcázar, llevaron á mis oidos la nueva funesta del arreglo entre nuestro enemigo y Don Sancho, me quedé sepultado en un terror estúpido y pavoroso, y apenas me atrevia á pensar en la continuacion de mis vengativos planes. Todo lo consideraba perdido, y yo propio admiraba la felicidad de nuestro contrario. La calma renació, en fin, en mi desconsolado pecho, y con ella nueva vez las ideas de satisfacer mis rencores principiaron á despertarse. Projecté, pensé en los medios de continuar mis empresas, pero todo cuanto discurría era en vano, y á cada paso un obstáculo invencible me obligaba á retroce-

der al punto mismo de donde habia partido. Dar de puñaladas á Fernan Gonzalez era absolutamente imposible. Siempre vigilante, y sin duda receloso, inutiliza mis asechanzas. No me quedaba otro medio que el de forjar una calumnia, y delatarlo ante el Rey de atentar contra su vida. Vos ya conoceis cuán arriesgado era esto.

Acusando yo á Gonzalez me obligaba á combatir, y aun cuando no temo ni á su valor ni á la fuerza de su brazo, no era prudente arriesgar á la casualidad, siempre caprichosa, ni mi vida, ni mi venganza. Mil veces me resolví á cerrar los ojos á todo y abrazar este proyecto, y otras tantas me contradije á mí mismo, y pensé en abandonarlo.

Si yo pudiese encontrar, me decia, un hombre que se arriesgára á servirme y delatarlo, procurando con la Reina facilitarle su fuga, ya habia vencido de mi adversario. Pues bien, Señora, sabed que tal hombre se ha encontrado.

— ¡ Se ha encontrado ! exclamó Doña Teresa.

— Sí, Señora, respondió Don Vela.

— ¿ Y quién es ?

— Es, contestó el intrigante, el mas fiel y valiente de todos mis criados. Cuando salí de Pamplona del modo que ya sabeis, no pudo seguirme á Leon, y temeroso de caer en manos de Fernan Gonzalez se ocultó y desapareció hasta encontrar ocasion favorable para reunirse conmigo. Enemigo personal del Conde por resentimientos propios, y abrigando en su pecho el corazon mas feroz y despiadado, siempre se encuentra dispuesto para trabajar en su daño. No por ello dejará de costarme trabajo el que se resuelva á secundar mis deseos. El temor de las penas en que incurre como villano si no probase su dicho lo retraerá de servirme, mas yo lograré vencerlo con dádivas y pro-

mesas, y ofreciéndole por fin que le proporcionaré la fuga en el último caso.

— ¿Y estais cierto? preguntó la vengativa Señora, de la obediencia de ese criado.

— Podré estarlo cuando vos os resolvais á ayudarme, respondió luego Don Vela. Si quereis prometerle vos misma su salvacion, ya lo tenemos seguro.

— ¿Pero cómo podremos conseguirla despues? replicó la Reina. Don Sancho mandará prenderlo, y tal vez nos será imposible hacerle revocar su mandato.

— ¿Y qué tan inaccesibles son los muros de una cárcel? preguntó el inicu. Si yo os ruego que vos misma ofrezcais á mi sirviente la libertad, es porque vuestra palabra producirá mas efecto que las mias, pero no porque yo quiera dejarlo á merced de la clemencia del Rey. No hay torre tan encumbrada que no se suba á su fin por escaleras de oro, ni puerta tan bien cerrada que no ceda y se franquee á una llave de diamantes. Si Nuño cayese preso, yo os ofrezco libertarlo. El cohecho lo sacará de la prision en que sufra. Dejad eso á mi cuidado, y pues que ya consentis en darle vuestra palabra, dejemos de pensar en él y ocupémonos en discurrir sobre el medio que debemos elegir para hacer la delacion contra nuestro comun adversario.

La Reina se conformó con la proposicion de Don Vela, y desde luego dieron principio á las maquinaciones; empero á pesar de los deseos de ambos, y de la perversidad de Don Vela, no pudieron encontrar en la conducta del héroe ningun fundamento á la detraction y calumnia, y apenas se resolvian á poner en ejecucion un proyecto, cuando tenian que desistir y abandonarlo, encontrando por todas partes pruebas que los desmentian.

— Basta, Señora, dijo últimamente Don Vela. Es inútil que nosotros busquemos la pérdida de Fernan

Gonzalez. El hecho á que vamos á dar principio no debe ponerse en ejecucion por nuestras manos, y el hombre que ha de emprenderlo tiene suficiente sentido para dirigirlo y combinarlo. Dejémosle toda la gloria, y vivamos seguros de que él nos sacará del paso. Voy en su busca al instante, y pronto volveré á daros aviso de lo que acordemos. Entretanto permaneced tranquila, y no paseis ninguna pena al considerar la fortuna de nuestro aborrecible contrario.

La Reina saludó afectuosamente al pérfido caballero, que marchó veloz en busca del asesino.

### 30.

— Mañana podeis partir, decia el Rey de Leon al caudillo castellano, que despues de jurar á la Infanta la constancia de su amor, habia pasado al lado de Sancho para acordar sobre su regreso á Burgos. No intento dilatar ni un solo instante la consecucion de vuestros deseos, y espero que la paz que hoy nos juramos será firme y duradera.

— Interin Fernan Gonzalez domine sobre Castilla, respondió el fuerte guerrero, podeis estar bien seguro de que no habrá con Leon la discordia mas pequeña. El dia que me habeis concedido la libertad de mi anada, será eterno en la memoria de los enemigos del nombre cristiano. La mano de Doña Sancha es el iris español. Ella asegura y estrecha las relaciones y deudos que ha tanto tiempo nos unen, y libres ya de discordias domésticas podremos volar al furor de los combates, y lanzar de nuestro suelo á los viles mahometanos.

Asi lo espero de vos, continuó el Rey de Leon. Yo no conozco en España un general mas valiente que el Conde Fernan Gonzalez. Vuestro nombre, ya famoso,

basta para llenar de terror á nuestros enemigos, y asegurarnos el triunfo antes de principiar el combate. Marchad, pues, á vuestro alcázar; conducid á vuestra esposa, que yo os entrego contento; celebrad vuestro himeneo, y consagraid, si gustais, algunos dias al descanso: despues preparaos á combatir. Los soldados que he dispuesto para luchar contra vos marcharán á vuestro mando, y lejos de huir pavorosos, á vista de vuestra bandera aprenderán con el ejemplo de los aguerridos hijos de Castilla á pelear con serenidad, y á presentar el impávido pecho á las puntas matadoras de los alfanges moriscos.

— No lo necesitan, Señor, replicó Fernan Gonzalez. Los generosos leoneses han sido progenitores y maestros de los castellanos, y nunca el valor se abrigaria en nuestras venas si de los habitantes de esta feliz monarquía no lo hubiésemos heredado. Yo acepto gustoso el mando que me ofreceis, y procuraré con todas mis fuerzas devolveros vuestras tropas ricas de botin y coronadas de gloria. Marchemos ahora á visitar á la Reina; quiero despedirme de S. A., y ofrecerla mis respetos. No dudo de que le será agradable la paz que hemos acordado, y que mirándome ya como á un individuo de su familia, olvidará antiguos resentimientos que una fortuna cruel.....

— No lo esperéis, noble Conde, dijo el Rey interrumpiéndole. No conocéis á mi esposa. Yo, que hace tiempo examino todo el genio que la anima, no puedo menos de aconsejaros, á fuer de buen caballero, que no fieis en su amistad, pues siempre os aborreció. Debo, no obstante, hacer justicia á sus buenas cualidades, y creo que si el sangriento Don Vela no la irritara contra vos, ya os hubiera perdonado.

— ¿Y por qué soportais en Leon á ese indigno adivinedizo? Vos me dispensareis que os hable contra él,

y creo que me hareis justicia en no pensar que mis palabras tienen por objeto tomar venganza de un hombre á quien he vencido. Don Vela, Rey de Leon, está mal á vuestro lado. La Corte donde él habite siempre se halla espuesta á los mayores peligros, y vos ya sabéis los riesgos á que espuso á Don García. Si quereis vivir tranquilo alejadlo de Leon; de otro modo estad bien cierto de que la intriga y la perfidia habitarán siempre en vuestro palacio, y de que vuestra honra y fama estarán á merced de sus maquinaciones.

— Conozco, respondió el Rey, que Don Vela es un perverso; pero me es imposible mandarle salir de mi reino, porque se acogió á mi proteccion hallándose perseguido, y porque luego despues ha comprado posesiones y se ha reconocido mi vasallo. Mas no por ello conseguirá hacer de mí un instrumento de su perfidia y bajeza cual lo hizo de Don García. Vivo atento y prevenido, y sabré evitar el mal aun antes de que Don Vela se haya atrevido á proyectarlo.

— Creo que confiais con exceso, añadió el valiente Conde. El conocimiento que tengo del carácter de Don Vela me hace pronosticar tristemente de sus acciones, y casi me atrevo á predeciros que no han de pasar muchos dias sin que os veais, á vuestro pesar, y tal vez hasta sin saberlo, envuelto en sus redes y lazos.

La presencia de la Reina hizo callar al caudillo, y Don Sancho tomando la palabra continuó.

— Ved, Señora, ved á vuestro valiente hermano. Mañana debe partir para Burgos en compañía de la Infanta, y ahora mismo queria pasar á despedirse de vos.

— Me sorprendéis ciertamente, respondió la astuta Reina aparentando una complacencia que sin duda no tenia. Yo esperaba disfrutar por algun tiempo de la compañía del Conde, y no podria oír sin disgusto que

se ausenta tan ligero, si no supiese que la felicidad lo acompaña ahora al dejarnos. Sin embargo, yo quisiera que esperase algunos dias, y que hiciese á mi presencia en un lucido torneo un alarde de su fuerza. No os he visto combatir, y es tanto lo que la fama ha publicado de vos, que me tendria por dichosa si mereciese ser dueña de un triunfo de vuestro brazo.

— Yo os lo prometo, Señora, dijo agradecido el Conde. Pero dispensadme ahora que no consienta en complaceros, y en luchar en un torneo. Otros combates me esperan, y en ellos lucharé para obsequiaros. Una corona ganada con una lanza sin hierro tiene muy poco valor, y no es digna de una Reina. Yo os la ofrezco mas hermosa. La primera victoria que consiga de los fuertes agarenos la consagro á vuestro nombre, y uno de mis mejores guerreros conducirá á vuestros pies las banderas enemigas y los mas nobles cautivos. Entonces podreis decir que sois verdadero dueño de un triunfo de mi valor.

— Yo os lo agradezco, Gonzalez, respondió Doña Teresa sin atreverse á insistir por no hacerse sospechosa á los ojos del Rey, que atento á descubrir lo que pasaba en su alma la miraba de continuo. Yo os agradezco vuestra promesa, y la acepto muy contenta, porque ya puedo admitirla de quien ha de ser mi hermano.

— Y de quien se honra de serlo, exclamó Fernan Gonzalez.

— ¿Y sabe ya vuestra amada que marchais por la mañana? preguntó Doña Teresa.

— No, Señora. En este instante iba á deciros que convendria que pasáramos á noticiárselo, respondió el Rey de Leon.

— Teneis razon ciertamente, continuó la Reina, á quien los instantes se le hacian ya cortos para avisar á

Don Vela todo cuanto habia escuchado. Marchemos en el momento.

— El Rey y Fernan Gonzalez salieron luego con ella, y se dirigieron al cuarto de Doña Sancha para hacerla sabedora de que el fin de sus pesares habia felizmente llegado.

### 31.

— Con que no encuentras ningun medio, decia el inicuo Don Vela al feroz y sanguinario Nuño, que cruzado de brazos y en actitud reflexiva escuchaba sus palabras.

— No lo encuentro, no Señor, respondió el asesino con voz ronca y aterradora. Vos decís bien: yo soy desconocido en Leon, pero me conocen Fernan Gonzalez y todos sus criados, y pronto justificarian que era un traidor, y que me hallaba proscrito en todo el territorio castellano. Un hombre de mi jaez es poco á propósito para tales delaciones. Si fuese matar al Conde lo que exigierais de mí tal vez pudiera ofrecerlo; pero acusarlo de traidor me es imposible.

— Veo que no quieres ganar lo que la Reina te ofrece, y que no tienes la confianza que se debe en sus palabras. Ya te he dicho que si el Rey descubriese la calumnia no sufrirás tú las penas, pues que te se proporcionará la fuga.

— ¿Y creéis que eso me ocasiona algun cuidado? Yo no vacilo, Señor, replicó el asesino, por el temor de la pena. Cuando emprendo alguna cosa nunca pienso en el patíbulo, sino en si mis acciones pueden tener un buen ó mal resultado. Si yo supiese que mi delacion perdía al Conde de Castilla, la haria con serenidad aunque supiese tambien que para conseguir ser

creido habia de ser atormentado. Dejadme discurrir dos ó tres dias; acaso encontraré en ellos.....

— La Reina os envia esta carta, dijo un page entrando en la habitacion.

— Está bien, respondió Don Vela, y abriéndola y leyéndola con ligereza continuó despues de salir el page. No es posible concederte tal espera. Si ahora mismo no resuelves, nuestro enemigo queda en salvo. Mañana vuelve á Castilla. Esto es lo que me avisa la Reina, y si tú no te decides, ya nada queda que hacer. Fernan Gonzalez se burlará de nosotros, y.....

— Basta, exclamó gozoso Nuño, lanzando una mirada de muerte y echando mano á la daga. Está resuelto, y esta compañera inseparable de mis triunfos nos sacará victoriosos. ¿El Conde Fernan Gonzalez concurre mucho á palacio?

— Está en él continuamente, contestó Don Vela. Ya ves que siendo un amante de Doña Sancha.....

— ¿A qué hora se retira de su cuarto? preguntó nuevamente el traidor.

— A las diez sale de él para trasladarse al del Rey.

— Todo se presenta á medida de nuestros deseos, dijo el foragido. Dejadme obrar, y cuidad solamente de que no se me ponga preso. Cuando Fernan Gonzalez lo esté yo necesito fugarme; pero mi fuga desmentiria todos mis dichos, y tambien es preciso evitar este daño. Mi imaginacion me ha sugerido el remedio. Llevad esta noche á las puertas del alcázar al mas insignificante de vuestros criados.

— ¿Y qué intentas hacer de él?

— ¿Qué intento hacer?..... Inmolarlo á nuestra seguridad. El no se recelará porque me conoce, y ya sabe que soy vuestro confidente. Mi puñal lo hará bajar á la tumba, y vos esparcireis la voz de que yo he sido el muerto, y de que he perecido á manos de los

amigos del Conde. Esto confirmará mas y mas la creencia de su traicion; y al mismo tiempo que me asegure mi vida, nos proporcionará la feliz complacencia de ver á Fernan Gonzalez perecer en un cadalso.

Un rayo de luz brilló entonces en el alma de Don Vela. Sabia que no podia impedir la prision de su infame satélite; y cuando éste le prometió la perpetracion del crimen, su corazon palpitaba con pavor considerando los riesgos á que se esponia, si Nuño preso y condenado al tormento lo delataba para vengarse. Pero las últimas palabras del sicario le habian enseñado los medios de ponerse á salvo de toda pesquisa, y aunque medios terribles y tan atroces que hasta en aquel momento no se habian presentado á la perfidia de su mal inclinado corazon, estaba resuelto á adoptarlos.

— Vamos, exclamó gozoso. Vamos, invencible Nuño. Tu celo, tu talento y tu resolucion merecen elogios y las mayores recompensas. Todo cuanto exiges de mí quedará cumplido, y uno de mis criados morirá para que nuestro crimen quede perpétuamente sepultado en el silencio de la tumba. Acusemos á Fernan Gonzalez; trabajemos los dos en su daño, y tengamos ambos tanta parte en este delito, que venga á ser un enigma aun para nosotros mismos, quién de los dos ha sido peor. Ven conmigo inmediatamente. La noche se acerca á pasos de gigante, y quiero que la Reina te vea. Voy á presentarte á S. A. Un hombre como tú no puede menos de admirarla, y estoy seguro de que aun has de escuchar de su boca mayores ofertas que las que yo te acabo de hacer.

— Marchemos, respondió el asesino. Hoy será el último dia que pasaré á vuestro lado, y el último tambien en que podreis disponer de mi valor. Si consigo acabar con Fernan Gonzalez, llevaré conmigo á las

fértiles campiñas de Córdoba una satisfacción completa, y os juro que mi vida será entonces un poco mejor.

— Te creo, dijo entonces Don Vela. Hoy nos despediremos para siempre despues de poner en obra el delito mas atroz.

Estrecharon entonces las diestras los dos inhumanos, y salieron veloces para ejecutar sus proyectos sanguinarios.

## 32.

Los últimos y agradables ecos de una armoniosa música se escuchaban todavía en el palacio de Leon, y varias Señoras de elevada esfera acompañadas de pages ricamente vestidos salian de la habitacion de la Infanta de Navarra, de quien se habian despedido, cuando el Conde de Castilla contento y gozoso por haber ya concluido los preparativos para su viaje, pasó á manifestar á su amada que todo estaba dispuesto, y que la primera luz de la siguiente mañana deberia ya de alumbrarlos en el camino de Burgos.

Un hombre de aspecto feroz discurría en tanto por las galerías del palacio examinando cuidadoso sus entradas y salidas, y la Reina y el intrigante Don Vela en la morada del Rey conversaban con Don Sancho, mostrándose complacidos de la revolucion ocurrida con la imprevista llegada del valiente Fortun Sanchez.

— Os juro, Rey y Señor, decia la astuciosa Reina, que jamás sentí en mi pecho un placer mas agradable que el que me causaron hoy las festivas aclamaciones del entusiasmado pueblo cuando pronunciásteis la paz con el héroe castellano.

— Mas aun, Señora, que á vos, han sido gustosas para mí sus voces, añadió Don Vela. La guerra me

entristecia. El pensamiento funesto de que yo la habia aconsejado, y de que sin duda alguna el pueblo me miraria como al causante de sus males, no se alejaba de mí, y no he podido menos de tener á gran fortuna que se haya encontrado un medio de salir honrosamente de un compromiso tan desagradable.

— Pues yo, Don Vela, dijo el Rey, creia todo lo contrario. Os conozco hace mucho tiempo como á un implacable enemigo de Fernan Gonzalez, y me parecia imposible que vos tuvierais placer al contemplar su ventura.

— Yo mismo hubiera pensado como vos hace algun tiempo, respondió el mal caballero. Mi felicidad, el complemento de todas mis delicias, consistia seguramente en hacer mal á mi valeroso contrario. Pero mi condicion varió. Cansado mi corazon de una protervia que no le era propia, ó convencido por la experiencia de que le era imposible vencer la virtud del generoso caudillo, se hallaba ya arrepentido y vivia en la amarga estancia del remordimiento. Continuos combates lo atormentaban sin cesar, y una lucha cruel entre los deseos de venganza y de reconciliacion se encontraba establecida. Vencieron por fin los últimos, y ya anhelaba por tener una ocasion de hacerme amigo del Conde, cuando he sabido su dicha. Vos conoceréis que no me ha sido desagradable.

— Y si es verdad lo que decís, ¿por qué no os presentais al Conde? exclamó el Rey admirado.

— Porque no sé cuál seria su recibimiento, contestó Don Vela. Ofendido por mí en diversas ocasiones, me detesta y aborrece; y yo no me conozco con suficiente virtud para sufrir un desprecio.

— Es muy generoso Gonzalez, dijo al instante la Reina. Su pecho es incapaz de rencor, y yo creo que si os presentais á él no solamente habeis de ser perdo-

nado de vuestras antiguas rencillas, sino es que habeis de ser admitido á su confianza, y habeis de gozar en Castilla el lugar concedido al mejor y mas valiente de sus vasallos.

— ¡Ojalá que fuera así! exclamó el vil alevoso. No podeis comprender cuánta seria mi felicidad al restituirme á mi patria; al besar las antiguas paredes de mi palacio de Alba, y al regar con mi llanto el suelo que me vió nacer. ¡Ah, Señora! Para saber apreciar mi ventura seria necesario conocer tambien cuanto la espatriacion tiene de amarga, y vos felizmente no lo conoceis, porque aun cuando vivís lejos de vuestro pais, el amor de vuestro esposo os ha formado otra patria. Sin embargo, para que la conozcais bastará solo deciros que mas apetezco llegar y morir en mi condado de Alba, que llevar en otros puntos una vida deliciosa.

— Y si así pensais, dijo el Rey, ¿por qué no poneis en ejecucion los medios de conseguirlo?

— ¿Y qué os parece que haga? preguntó el mal caballero.

— Hablar á Fernan Gonzalez, respondió el noble Don Sancho.

— ¿Quereis que os presente á él? preguntó la Reina. Yo os respondo de que os acogerá complacido, y de que no serán desairadas mis esperanzas.

— Nunca pudierais elegir ocasion mas favorable, añadió entonces el Rey. La ventura que rodea en estos momentos á Fernan Gonzalez lo hará mas accesible que nunca, y creo que conseguireis volver muy pronto á Castilla.

Don Vela, que solamente esperaba esta propuesta del Rey, y que lo escuchaba atento aparentando hallarse sumido en profundas reflexiones, alzó la vista del suelo, y fijándola en un reloj que tenia enfrente

esclamó:—acepto vuestras ofertas. Sed mi protector presentándome á mi contrario.

— Esperemos, dijo contento Don Sancho. Ahora debe encontrarse en compañía de su amada, y pronto vendrá á este cuarto. Entonces.....

—¿Y á qué esperar? replicó la astuta Reina. Cuan-  
to antes logremos verlo antes conseguiremos lo que deseamos. Vamos al punto en su busca. No quiero perder el tiempo, y mas cuando creo que Gonzalez ha de ser mas generoso en presencia de mi hermana que lejos de ella. Seguidme.

La Reina principió á marchar, y el Rey que no tuvo valor para contradecirla, salió tambien seguido del malvado.

La guardia formó veloz á la vista de los Reyes. El rumor de la campana se oyó en el momento, y las diez sonaron en el reloj de palacio.

— Marchad ligeros, exclamó la Reina. Fernan Gonzalez tal vez se ausentará si tardamos.

— Es escusado, Señora, contestó el Rey de Leon. El viene ya hácia nosotros.

El caudillo, en efecto, salia entonces de la mansion de su amada, y se dirigió á los Reyes con aspecto gozoso, y sin reparar siquiera en que estos iban acompañados de su implacable enemigo. D. Sancho lo recibió complacido, y principiaron á saludarse con fraternidad, teniendo el Conde el comedimiento de saludar á Don Vela con los cumplimientos acostumbrados.

Nuño se aproximó entonces. Sus instrucciones habian sido perfectamente observadas, y Don Vela que no desperdiciaba momento, le facilitó los medios de colocarse á la espalda de Don Sancho.

— Acabemos, noble Conde, gritó el feroz asesino, y levantando su mano terrible, dejó brillar una daga sobre la cabeza del Rey.

El terror se apoderó del alma de Don Sancho. Don Vela detuvo el brazo del supuesto regicida, y Fernan Gonzalez lleno de furor al verse calumniado, empuñó la vengadora espada.

— Deteneos, daos á prision, gritaron todos los guardias sejetándole los brazos.

— ¿Qué vas á hacer, asesino? exclamó entonces el Rey. ¿Sabes lo que has intentado?

— Acabar con vuestra vida, respondió tranquilo el malvado. Me sedujo ese cobarde, y si no me hubiese vendido en este momento, si su valor hubiera sido cual la fama lo pondera, no existiriais ya en el mundo. Pero..... ya no hay mas remedio. El mismo que apetecia vuestra muerte es el que os ha salvado. Si él se adelanta un instante, si su espada hubiera sido tan pronta como esta daga, ya fuera Rey de Leon, y yo me veria libre, con honra, y recompensado. Ahora todo es al revés, y pues que mis deseos no han tenido efecto, aqui teneis esta daga y disponed de mi vida.

Don Vela recogió la terrible arma, y el Rey dirigiéndose á la guardia prosiguió.

— Soldados, aprisionad á esos tigres, y llevadlos á las torres. Viles asesinos, mañana espiareis vuestro delito, y un cadalso será el premio de lo que habeis pretendido.

— Está bien, respondió Nuño. Mi vida ó mi muerte nada me interesan. Marchemos.

Los soldados iban á conducirlos arrancando violentamente la espada de mano del Conde; pero éste que en todo aquel tiempo habia permanecido estático escuchando la calumnia, recobrando sus sentidos sacudió fuertemente á los que lo contenian, y lanzándose veloz sobre el indigno asesino y asiéndolo de la garganta, exclamó.

— Detente, malvado. No goces de tu mentira.





Tiembla, ó declara quien te ha sugerido esta criminal calumnia. Pronto, infame detractor, justifica mi inocencia, ó este puñal que aun conservo me vengará con tu muerte.

Nuño, que ya no esperaba verse así reconvenido, dirigió la vista aterrorizada al perverso Don Vela, y abrió los lábios para pronunciar su nombre; pero el infame traidor que temia su delacion, se dirigió á él cual si fuese á libertarlo, y amenazando herir al defensor de Castilla, hirió como por equivocacion al mismo Nuño pasándole la daga por las sienes, y lo hizo callar en el eterno silencio.

El Conde retrocedió. Sus ojos se dirigian con espanto á cuantos lo rodeaban, y su voz acusando de calumniador á Don Vela, resonaba con estruendo; pero sus esfuerzos eran en vano. Todas las circunstancias deponian en daño suyo, y tuvo que dejarse conducir á una de las torres, esperando que un Dios vengador atendiera á justificarlo.

### 33.

La victoria conseguida por Don Vela era harto considerable para que el pérfido no se mostrase orgulloso. La prision de Fernan Gonzalez y el honroso dictado de libertador del Rey que aparentemente se habia adquirido, le hicieron presentarse á la siguiente mañana con tan insolente regocijo, que los mas sensatos leoneses llegaron á sospechar que todo era una calumnia, y hasta los jueces nombrados para procesar al Conde aceptaban con disgusto el encargo que su Rey les hizo en honra de su virtud.

No obstante las horas se avanzaban, y era forzoso llenar todas las formalidades de ley. La iglesia mayor de Leon se encontraba abierta. Las Córtes estaban re-

unidas, y doce respetables ancianos, próximos al venerando altar, juraban sobre los evangelios ser tan rectos como imparciales, administrando justicia á cualquiera que la tuviese.

En una de las capillas mas inferiores del célebre santuario habia tambien una tumba. El cadáver de un hombre de aspecto feroz yacia sobre un ataud asqueroso, y sobre su frente manchada de sangre se descubria la impresion del agudo instrumento que puso fin á sus dias. Varios leoneses se acercaban á mirarlo, y en algunos corrillos se escuchaba murmurar y repetir con escándalo su nombre.

Acabada la terrible ceremonia, los jueces se dirigieron á aquel sitio. Un escribano dió fé de que aquel hombre difunto era el propio conducido de palacio, y el temerario Don Vela juró sin temor alguno que él era su matador. Declaró sin vacilar que aquel hombre habia intentado quitar la vida á Don Sancho, y añadió con alegría, que habia acusado de cómplice al Conde Fernan Gonzalez.

Los jueces mandaron luego que enterrasen el cadáver. La órden iba á ser cumplida, y ya todos los concurrentes se dirigian á palacio para presenciar y oír la declaracion del héroe, cuando un rumor repentino los obligó á detenerse. Los criados del castellano salian tambien de la iglesia. Sus rostros, que poco antes aparecian macilentos se mostraban animados, y sus pasos veloces daban bien á conocer que tenian por móvil algun suceso importante.

— Deteneos, deteneos, gritaban á los jueces. Justicia, señores, justicia, dijeron al aproximarse. Que se detenga, que se aprisione á Don Vela. El hombre que está cadáver era uno de sus criados. Era un proscrito en Castilla; un malvado de ejercicio; asesino de costumbre, y el vil instrumento de que se ha valido Don

Vela en todas las traiciones que ha combinado. La de anoche fue una de ellas. Nosotros lo sostendremos; nosotros lo denunciaremos como á un vil calumniador, y vosotros no podreis menos de escuchar nuestra que-rella.

Los gritos de los concurrentes secundaban los esfuerzos de los criados del Conde, y no hubo leonés alguno que no prorumpiera en alegres exclamaciones cuando los sábios jueces decretaron la detencion del inicuo, y ordenaron á sus dependientes que hicieran conducir á la sala de la audiencia el cadáver del terrible Nuño.

El pueblo se dividió en dos cuadrillas, y en tanto que la una marchaba en busca del cadáver, la otra corria en pos de un secretario al palacio de Leon, á donde todos presumian que se habia dirigido Don Vela apenas acabó de prestar la declaracion que dejamos referida.

No se equivocaron en su concepto los que así pensaron, y apenas el pueblo con voces tumultuosas arribó á la puerta del alcázar, cuando el infame traidor anhelando por saber la causa de aquel motin, se dejó ver con la Reina en una de las ventanas.

— *Muera Don Vela, muera el infame*, exclamó el pueblo irritado, y el alevoso lo escuchó perdiendo el color del rostro, y con un terror convulsivo. La presencia de S. A. pudo solamente evitar un desacato, y Don Vela respiró cuando el noble Rey de Leon acompañado del secretario entró en aquella morada.

— *Estais acusado, caballero*, dijo con voz imponente Don Sancho. Los criados del castellano os denuncian de alevoso, y debeis justificaros. El tribunal ha decretado vuestro arresto; y si sus órdenes necesitan nueva fuerza, yo como Rey de Leon tambien lo decreto y mando. Reflexionad sobre vos, y medid

vuestra conciencia. Si sois inocente, la cabeza de vuestro enemigo satisfará mi justicia, pero la vuestra no se libertará de la segur del verdugo si llegais á aparecer culpado.

Interin el Rey hablaba, el rostro de la Reina se cubria de una palidez mortal que denunciaba su crimen; pero no así sucedia con el del feroz Don Vela. Acostumbrado el aleve á no dejarse sorprender por las primeras impresiones, mostraba en sus ojos una insolente alegría, y hasta sentia placer en el fondo de su alma de que las voces del pueblo no tuvieran otro origen, porque confiaba en que su serenidad seria bastante para alucinarlo.

— Cada momento, Señor, respondió al Rey de Leon, tengo mayores motivos de admirar vuestra justicia, y doy gracias á mi suerte de que me facilite los medios de acreditar me á vuestro lado. El arresto que ordenais es una prueba evidente de la imparcialidad con que procedeis contra vuestro contrario, pero es tambien un recurso que poneis en mi poder para vencerlo de su crimen y conducirlo al cadalso. Tan lejos estoy yo de considerarme culpable, que ahora mismo voy á marchar al tribunal para justificarme y acusarlo. Principios de honor y virtud me han hecho callar hasta ahora; pero ya que mi silencio cede tan en mi perjuicio, forzoso será romperlo y descubrir ante vos todas las maquinaciones del castellano. Quedad en paz, noble Rey; cuando tornemos á vernos, el propio tribunal que hoy me condena me habrá ya justificado.

Las últimas palabras del mal caballero se percibieron apenas, porque lleno de osadía se dirigió al tribunal para desmentir rostro á rostro á sus denunciadores.

La Reina animada con su valor, salió tambien del estado pavoroso á que se vió reducida, y dirigiendo

la palabra á Don Sancho exclamó. — ¿Qué es esto, noble Señor? ¿Cómo habeis podido ceder tan cobardemente á los gritos despreciables de ese pueblo amotinado, y profanar el respeto que se debe á mi morada? Yo creia que no solamente Don Vela, á quien reputo inocente, sino tambien el mayor de todos los criminales hubiera estado seguro en mi cuarto, pero lo que ahora habeis hecho.....

— Ha sido sobradamente justo, respondió el Rey. El sόlio donde se asienta el que administra las leyes no debe servir de asilo al que las viola y ofende, y yo debia de entregar en manos de la justicia á vuestro protegido; porque no un hombre solo sino muchos, habian comparecido para acusarlo.

— O tal vez á calumniarlo, continuó Doña Teresa. Yo os creia mas precavido. Los que acusan á Don Vela son sus mortales enemigos, y tal vez cómplices en el regicidio intentado por Fernan Gonzalez. Vos mismo nos habeis dicho que son los sirvientes de este, y ciertamente yo extraño que vos, en quien la prudencia es justamente ensalzada, hayais partido tan de ligero al decretar su prision: El arresto de Don Vela ofende vuestra virtud. El os salvó ayer la vida, y vos en recompensa lo entregais hoy á la muerte. No lo esperaba de vos.

— Veo que estais equivocada, Señora. Lo que acabo de ordenar favorece mas á Don Vela que al Conde Fernan Gonzalez. Si Don Vela es inocente.....

— ¿Y podeis creer que es culpado?

— ¿Y por qué no he de creerlo? Cuando es capaz de intentarlo todo por conseguir su venganza, yo no debo confiar en que no me haya engañado. La justicia ya á escucharle. Allí, á la presencia de incorruptibles jueces, puede justificar sus acciones; y si como vos pensais, es inocente esta vez, mi gratitud, tan lata

como mi justicia, lo colmará de favores. En tanto...

—Habeis procedido mal. Aun cuando fuera culpable vos debierais agradecerle su crimen. El pone á vuestra merced al mas atrevido de vuestros contrarios, y os facilita el medio de recobrar con honor una provincia rebelde que ha sabido sustraerse al poder de vuestro cetro. El atentado del Conde es público; y aun suponiéndolo incierto debierais aprovecharlo. La muerte de Fernan Gonzalez en estos momentos se ha de mirar como justa; pues que si vos ayudais á su pérdida, nada en el mundo bastará á justificarlo. Aprovechad la ocasion, y ya que la verdad ó el acaso os libran de su existencia, no le ofrezcais débilmente los medios de salvar su vida. Si consigue sincerarse, temblad entonces su furia. Resentido contra vos hará del Rey de Leon un miserable cautivo, cual lo hizo de Don García, y acaso tendreis el horrible sentimiento de llamaros su vasallo. Pensad en vos un momento. Pensad en vuestros estados; y si apeteceis la paz y el bien de vuestros súbditos, marchad luego al tribunal, y no renunciéis á nada que pueda conducir al patibulo al caudillo castellano.

Las palabras de la Reina ocasionaron á Don Sancho una impresion horrorosa. Un terrible combate se alzó entre su virtud y sus intereses, y aunque sin resolverse á manchar su mano en el crimen, se dirigió al tribunal con vehementes deseos de que Don Vela triunfase de su contrario.

### 34.

—¿Conocísteis á este hombre, Don Vela? preguntaba el presidente del tribunal al mal caballero, que con una tranquilidad sorprendente examinaba el cadáver de Nuño. Treinta caballeros leoneses acaban de

reconocerlo por uno de vuestros criados, y los sirvientes de Fernan Gonzalez os acusan de que combinado con él habeis supuesto el delito de su amo.

— ¡ Miserables! exclamó el aleve. Si han creido que les bastaba mentir para librar á su Conde, son dignos de compasion. El hombre que aqui veis muerto, y que ha sido muerto por mi propia mano, me ha servido en algun tiempo; pero hace ya muchos dias que yo lo dejé abandonado en la corte de Navarra porque sabia que vendido á Fernan Gonzalez habia recibido de éste mil maravedises de oro para que me asesinase. Asi es, ilustres jueces, que nadie ha podido verle despues entre mis criados. Proscrito en algun tiempo en Castilla era enemigo del Conde, y él propio vino á buscarme y venderme sus servicios. Compuesto despues con Fernan Gonzalez, trabajó desde entonces en favor suyo, y segun me han informado hace dos dias solamente que permanece en Leon, y uno que cometió el horroroso atentado. Aqui teneis una prueba de que el Conde lo llamó para asesinar al Rey. Yo apelo á vuestra justicia. Preguntad sobre mis dichos, y ved si yo os he engañado.

Los criados de Fernan Gonzalez no se atrevieron á desmentir á Don Vela, y varios de los leoneses que estaban presentes, y que eran de su partido, declararon con juramento que habian visitado su casa y nunca vieron á Nuño entre los que lo servian.

El Rey de Leon que apareció en tal momento, tuvo un placer en oir justificar á Don Vela; y el tribunal que veia ya desvanecida la causa de sus sospechas, no pudo menos de reconocerlo inculpado.

— Cuando vine aqui, dijo entonces el perverso, no aspiraba mas que á oir de vuestra rectitud lo que ahora habeis declarado. Calumniado y ofendido por esos míseros satélites del traidor, solamente queria

justificarme y no pensaba en constituirme en su acusador; pero ya que hubo leoneses que quisieron ayudarlos, yo me veo en la precision de tomar la iniciativa y descubrir á la faz del tribunal su verdadero delito. Yo sé cómo y cuándo sedujo á ese miserable. Yo acuso á Fernan Gonzalez de asesino de su Rey, y me obligo á sostener que lo es ante el tribunal, y cuerpo á cuerpo en el campo.

— ¿Sabeis bien lo que decis? preguntó entonces el Rey.

— Sé, gran Señor, respondió el perverso, que me obligo á combatir para justificar el reato. Disponed cuando gustéis que se midan nuestras lanzas, y me vereis penetrar con valor por el vallado. Allí ante Dios y los hombres juraré su alevosía, y el cielo protector de la justicia ayudará con sus fuerzas á mi brazo vengador.

— Está bien, dijo Don Sancho. Se admite vuestra denuncia, y combatireis con Gonzalez si el tribunal lo juzgase conveniente. Empero no creo, caballero, que ha de ser preciso recurrir á tales pruebas. El crimen del alevoso fue público, y está harto justificado para someter su vida á un capricho de la suerte. Un regicida, un traidor, no debe morir en batalla, y debe espíar su maldad en el oprobio del cadalso. Señores, añadió luego dirigiéndose á los jueces. Ya conocéis á Don Vela y al Conde Fernan Gonzalez: ya sabeis lo que disponen los fueros, y lo que las leyes tienen acordado. Si un regicida merece purgarse por desafío resuelto, y en el momento yo les haré bueno el campo; pero si considerais que el traidor que alzó el puñal contra mí se encuentra desafortado, pronunciad vuestra sentencia, y vea mañana Leon el mas necesario ejemplo. Sea su cadáver un padron de eterna memoria para los malvados, y sus cuartos colocados en los caminos públicos, acrediten para siempre vuestra lealtad

y justicia. Yo os dejo deliberar: vuestra sentencia será en un todo cumplida y hasta obtendria su libertad el Conde, si contra mis esperanzas lo declaráseis absuelto.

El Rey desapareció acompañado de Don Vela, y los jueces que en sus últimas palabras leían una sentencia de muerte, precipitaron el proceso para poder pronunciar á la mañana siguiente su terrible y ejecutivo fallo.

### 35.

Un bando público se habia fijado en Leon. Todo castellano se hallaba proscripto si á las setenta y dos horas se encontraba en los dominios del Rey, y centenares de infelices cursaban por los caminos á pesar de aproximarse la noche, procurando salvar su vida en la velocidad de sus pasos.

Don Sancho, la Reina y Don Vela, gozaban ya de su triunfo; los jueces habian manifestado indirectamente que el caudillo de Castilla moriria decapitado, y solamente lloraba la desgracia de su suerte la desventurada Infanta. El cielo empero se mostraba altamente irritado. Una densa obscuridad ocultaba el horizonte, y el fuego eléctrico anunciaba el poder del Eterno con el fulgor espantoso de continuados relámpagos.

Lloraban tambien al lado de Doña Sancha sus virtuosas confidentas, y la afligida Señora tendiendo su mano á Leonor la decia:

— ¿Y tú, querida Leonor, piensas lo mismo que Elvira?

— Sí, Señora, respondió la jóven. El mal que amaga en este momento al valiente castellano es ya de considerarse como sin remedio. No lo dudeis. El traidor que lo persigue ha combinado todas las circunstancias de tal modo, que no debemos esperar su li-

bertad, porque es imposible justificar su inocencia.

— ¡Ah Señora! añadió Elvira. Si vuestra hermana, si la implacable Doña Teresa fuera capaz de compadeceros, ella solamente podría conseguir de Don Sancho.....

— En vano lo esperas, replicó Leonor. La Reina es la primera que procura la muerte á Fernan Gonzalez, y será siempre la última en proteger su virtud. Desengañémonos ya. Toda esperanza es perdida, y ese tronar espantoso con que el cielo nos arredra, es un anuncio fatal de que mañana veremos el suceso mas horrible.

— No, no lo esperes, Leonor, exclamó entonces la Infanta levantándose con valor, y descubriendo en su rostro un profético entusiasmo. Ese trueno aterrador anuncia á mi corazón que el fin de mis penas se acerca. El es el signo positivo de la venganza celeste. El rayo que abriga las densas nubes que cercan el horizonte no se formó para el héroe generoso. Ese rayo se dirige al feroz, al perverso Don Vela, y pronto víctima de sus intrigas acabará su existencia. Seguidme. Vamos á ver á Don Sancho: yo propia debo buscar el necesario consuelo á mis penas.

Las jóvenes camaristas siguieron á la Infanta, y Don Sancho se admiró al verla llegar á él serena y tranquila cual si ningún motivo de tristeza la afligiera.

— ¿Qué es lo que buskais, Señora? la dijo el Rey de Leon.

— Busco en vos, noble Señor, un momento de clemencia, respondió luego la Infanta. Sois Rey, y sois caballero, y no dudo de que me concedereis lo que vengo á suplicaros. Vos ya sabeis los pesares que combaten mi valor; y si vuestra justicia se interesa en aumentarlos, si vuestro deber os obliga á castigar en Gonzalez un delito, que es el fruto de la calumnia mas

vil, mi corazón tiene un interés contrario, y es el de mitigar sus males. No empero vengo á pedirlos que decreteis su perdon. Sé que su muerte os complace, y yo fuera seguramente muy necia si aun esperase salvarle. Quiero que me concedais que lo visite un instante.

—¡Que lo visiteis, Señora! exclamó Don Sancho. ¿Sabeis lo que me pedís? ¿Sabeis dónde está Gonzalez? ¿Sabeis cuál es su destino? El hombre á quien tanto amais atentó contra mi vida. Su osada mano pronta á asesinar-me alzó contra mi cabeza el puñal alevoso, y su ambicion llegó hasta el extremo de aspirar á mi corona. Vos ya podeis inferir lo que debo hacer con él. Fernan Gonzalez morirá como traidor, y mi justicia implacable no puede dispensarle un momento de consuelo. Vos habreis sabido ya el bando que de mi órden acaba de publicarse. Proscriptos los castellanos huyen todos de Leon, y mañana su Conde espíará su atroz delito bajo la horrible segur de un asqueroso verdugo.

—Jamás pude yo dudarle, respondió entonces la Infanta. Sé que mi amado no es reo, y sin embargo, conozco que morirá con la nota de culpable. Mas no vengo á defenderlo. Sé ya, como vos decís, que sereis siempre implacable, y no quiero molestaros con ruegos inútiles. Pero vos no podeis desconocer que ya pase Gonzalez por un hombre criminal, ó ya se le considere inocente y calumniado, yo no ocupó vuestro lugar y no debo castigarlo. Soy su esposa prometida ante Dios y ante los hombres, y mi deber es consolarlo, esforzar su corazón, y hacerlo mas y mas capaz de recibir cual conviene á su virtud y á su fama, el sangriento golpe que ha de terminar sus dias. Este es un deber en mí, y no puedo dispensarme de cumplirlo enteramente. Dejadme, por Dios, Señor, de-

jadme volar á la cárcel en donde gime oprimido.

— ¿Pero estais en vos, Señora? preguntó admirado el Rey. ¿Sabeis que el lugar tenebroso donde existe vuestro amante es terrible para vos? Las paredes de una cárcel no se hicieron sino para los malvados, y nunca deben ser miradas por los ojos de los ángeles. Vos en aquella habitacion estareis entristecida. El aire que discurre por aquellas mansiones oscuras oprimirá vuestro corazon, y acaso en vez de consolar á vuestro amante, aumentariais mas su pena al veros desfallecer bajo el peso de un horror que se os hará insupportable.

— No lo creais, noble Señor. La pasion que me domina fortifica mi valor; y si vos quereis creerlo seguidme: venid á ver á mi amado, y alli ya no dudareis. Tranquila y gozosa me presentaré ante él, y recibiré al dejarlo el último á *Dios* pronunciado de su boca.

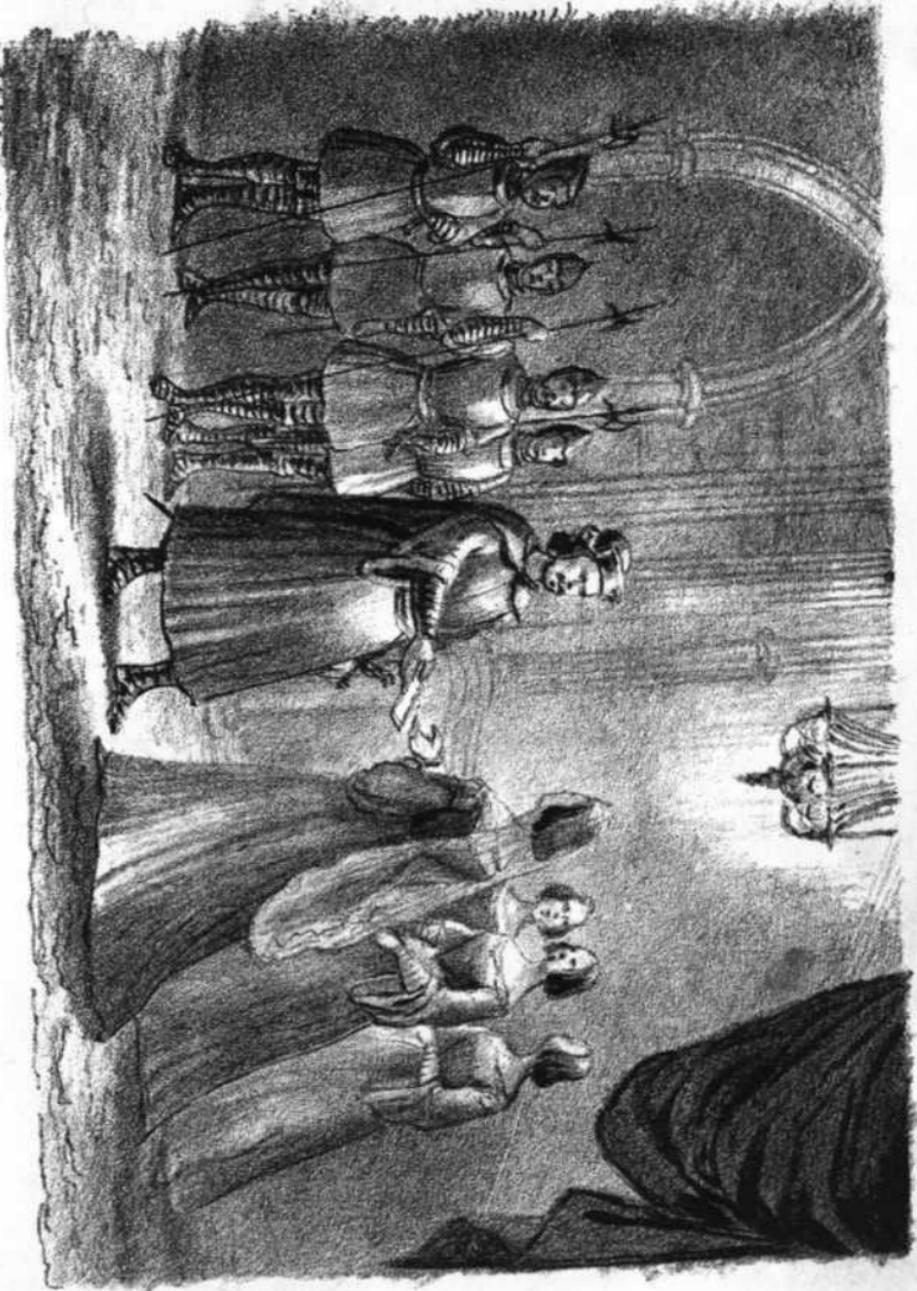
— Por piedad, Señora, dijo Don Sancho, dejadme.

— No lo espereis, noble Rey, replicó entonces la Infanta postrándose de rodillas. Antes me vereis morir que separarme de vos sin la órden que solicito. Por Dios, generoso Rey, no me negueis esta gracia que es la última que os pido, y permitidme que vaya á consolar á mi amante. La generosidad, la nobleza, y hasta el deber os lo ordenan, y á mí el amor y la gratitud me obligan á no dejaros sin que me la concedais.

— Basta ya, Señora, basta, dijo el Rey enternecido. Ireis donde deseais. Alzad, y enjugad el llanto. No es propio á mi corazon el rigor de que ahora uso, y podeis creer que si circunstancias que debo callar no me hicieran justiciero, vos mismo conduciriais el perdón á Fernan Gonzalez.

— La Infanta besó reconocida la mano del Rey, y éste, en tanto que la virtuosa jóven le manifestaba lle-

28110001





na de entusiasmo toda la estension de su agradecimiento, ocupó el escritorio, y estendió la orden para que el oficial de la guardia franquease inmediatamente las puertas de la prision del fuerte Fernan Gonzalez.

### 36.

Tranquilo en la adversidad el valiente en las batallas, veia con ojos serenos la muerte que se acercaba á pasos agigantados, y remitiendo el castigo de sus detractores á la Divina justicia, solo sentia latir el corazon magnánimo al pensar en su adorada, y en la asoladora pena que su muerte desgraciada iba sin duda alguna á dejarle.

El silencio sepulcral de aquella triste morada se interrumpió en tal momento. Los cerrojos resonaron, y pasos ligeros conmovieron el pavimento.

— Llegó ya el fin, exclamó el héroe. Vamos, pues, á donde nos conduce la suerte, y concluyamos esta vida pasagera.

Se dirigió entonces á la puerta del obscuro calabozo. Sus ojos esperaban ver el aspecto miserable de un mercenario verdugo. El sorprendente cuadro de tres señoras encubiertas con espesos velos lo llenó de admiracion, y lo hizo retroceder algunos pasos.

— ¡Gonzalez! exclamó la hermosa Infanta.

— ¡Mi bien! dijo el valiente guerrero, y un momento de silencio siguió á estas primeras espresiones.

— ¿Qué buscáis en este sitio? preguntó Fernan Gonzalez. ¿Es posible, por ventura, que el insidioso traidor que me persigue do quiera, haya conseguido complicaros en mi causa? ¿Venís acaso á ser testigo de mi muerte y participar de mi desventura?

— No, generoso Gonzalez. Vengo á daros libertad: vengo solamente á salvaros; á escitar vuestro furor; á

poneros en estado de hacer temblar á Don Vela. Huid; las puertas de la torre se hallan abiertas, y el que os proporciona la fuga es el incauto Don Sancho. No desperdiciéis las horas. Vuestra muerte está decretada, y por un bando público han sido proscriptos los castellanos. Tomad ropas mugeriles, disfrazaos luego con ellas, y encubrid vuestro rostro bajo el espeso paño de este manto. Yo quedo en vuestro lugar: yo que no temo á la perfidia de ese malvado, pareceré con rostro sereno ante el tribunal del Rey, y aspiraré á justificaros. Vos tambien me defendereis acudiendo á los combates con los invencibles castellanos. Marchad.

— ¿Qué es lo que decís, Señora? ¿Yo he de partir cual cobarde, y he de consentir que vos quedeis en este recinto? No lo espereis en la vida.

— Veo que pensais que yo os ruego, contestó la hermosa jóven, y solo vengo á mandaros. Obedeced á mi amor, y no perdais los instantes en oponerme reparos. Seguid á Elvira y Leonor: ellas os conducirán á mi habitacion, y os pondrán en aptitud de marchar hácia Castilla. Uno de los balcones de mi cuarto comunica á los jardines. Si el amor á la vida no os hace reparar nada para salvaros y salvarme de la muerte, arrojaos por él y partid..... No repliqueis cosa alguna. En nombre de nuestro amor.....

— Os obedezco, Señora. Yo marcharé; iré á Castilla; convocaré mis valientes, y haré temblar á Don Vela. Mas aunque ausente de vos, siempre estaré á vuestro lado. Vuestra suerte me atormenta, y no saldré de Leon hasta dejar encargado á generosos amigos que me avisen cuanto ocurra.

— Escusad tal diligencia. Nadie debe de saber lo que yo ahora hago por vos, y ninguna necesidad teneis de quien os avise, cuando Elvira y Leonor tendrán siempre ese cuidado.

El héroe cedió por fin á las vivas instancias de la hermosa jóven, y habiéndose acomodado el disfraz que ésta le proporcionaba, salió en medio de las damas de aquel lugar tenebroso. La Infanta ocupó su lugar, y su pecho latió placentero cuando el pesado cerrojo y el silencio sepulcral del tenebroso recinto la llegaron á anunciar de que la guardia no habia descubierto al Conde, y de que á pocos momentos debería ya estar en salvo.

### 37.

Las doce de la noche se oyeron en las torres de Leon, é interin los habitantes de aquella poblada Corte yacian en brazos del sueño, un caballero paseaba las solitarias calles inmediatas al palacio. Sus pasos veloces indicaban su impaciencia, y que se hallaba agitado de un cuidado interesante.

El ruido ligero del viento detenía continuamente sus pasos, y solo pudo conseguir tranquilizarse cuando entre la obscuridad descubrió que se le acercaba un hombre receloso y desarmado.

— Gracias á Dios que os veo, exclamó al llegar á él. Ya estais fuera de peligro, valiente Fernan Gonzalez. Seguidme: solamente falta á tan grande fortuna que salgais de la ciudad, y podeis hacerlo por la puerta confiada hoy á mis cuidados. Vos aun no me conocéis, pero mi deber me obliga á daros la libertad y á facilitar los medios de que os vengueis de un malvado. Ya Elvira os anunciaría.....

— Que en este punto en que os veo me reuniria con su hermano; pero vos.....

— Yo no lo soy, respondió el desconocido. Pero ya veis que os conozco, y esto debiera bastar para disipar en vos todo temor y recelo. El valiente jóven

que aquí debiera esperaros es hermano mío de armas, y se encuentra en este instante muy distante de Leon. Don Sancho le hizo salir, temeroso sin duda de que trabajase en vuestro bien, porque igual orden se dió á todos los caballeros navarros. Al momento de su marcha me hizo el honroso encargo de servir siempre á su hermana, y yo recibí por él la orden para libertaros. El acaso me proporciona los medios; y si os fiais en un leonés, si un hombre sobre cuyo pecho veis esta banda roja que me grangeó mi valor merece alguna creencia, seguidme sin replicar. Yo os daré armas y caballo, y os facilitaré la salida; la venganza queda luego á merced de vuestro brazo.

— Y será cruel, caballero, respondió el noble caudillo. Yo haré ver que no soy reo, y D. Sancho conocerá al pérfido asesino que me ha calumniado. Ningun leonés, empero, llorará de mi furor. Mis armas no se teñirán de otra sangre que la del inicuo, y espero que vuestro Rey no se negará á facilitarme el campo.

— Ni Leon lo consentiria. En esta corte, Gonzalez, aun teneis muchos amigos. Mil y mil caballeros esforzados conocen vuestra virtud y os defenderán en todo, y el Rey, aun á su pesar, tendrá que guardar los fueros y concederos la tregua que os fuese necesaria para luchar con Don Vela. Mas dejemos para luego una cosa que nada importa en este crítico momento, y marchemos de este sitio. La luz del dia se acerca á nuestro horizonte, y debe traer la noticia de vuestra dichosa suerte. Si antes de que ella aparezca no estais lejos de Leon peligrará vuestra vida, y el sacrificio que ha hecho por vos Doña Sancha quedará sin resultado. Seguidme al punto, Gonzalez.

— Vamos, respondió el caudillo, y precipitando el paso en pos del generoso desconocido, arribó á la inmediatecion de un cuerpo de guardia.

— Esperad, dijo el valiente leonés.

— No debeis pasar de aqui hasta que venga uno de mis criados. El os traerá espada y lanza, y un alazan que con paso ligero os llevará á vuestro alcázar. Yo me ausento. Luego que ya os encontréis en aptitud de marchar caminad hácia esa puerta, y si os dieren el quién vive, responded Leon y Don Vela. Oireis al punto el ruido de la ferrada cadena, y el pesado rastrillo será levantado.

— ¿Y no me direis quién sois? preguntó Fernan Gonzalez.

— Soy un leonés, caballero, respondió el desconocido. Mi nombre nada os importa, y no debo descubrirlo cuando falto á mi deber de soldado. Para mí sabeis quien sois; para vos soy el hermano de Elvira, pues hago lo que éste haria. Agradecédselo á él, que yo con llenar su puesto estoy ya recompensado.

El jóven se ausentó veloz, y Fernan Gonzalez no tuvo que esperar mucho rato. Un escudero arribó, y entregándole el caballo y las aceradas armas, le encargó que partiese y no perdiera el momento de ponerse en salvo. Gonzalez lo obedeció. Las palabras de *Leon y Don Vela* resonaron en su boca, y el rastrillo alzó sus puntas y dejó el camino franco. La noche era tenebrosa; empero el noble guerrero libre ya de la opresion alzó sus ojos al cielo, y dando gracias al Supremo Hacedor porque le ofrecia los medios de justificar su inocencia, se dirigió hácia su patria resuelto á volver en breve á luchar con el malvado.

38.

La deseada luz del sol apareció á la mañana, y en tanto que el defensor de Castilla bendecía su claridad porque le proporcionaba divisar si lo seguian; el palacio de Leon presentaba la confusion mas horrible. El alcaide de la torre donde habia estado Gonzalez se llenó de triste asombro cuando al entrar en su cuarto se encontró en él á la Infanta. Aterrado, pavoroso y sin articular palabra huyó veloz de aquel sitio, y corrió en busca del Rey. En vano intentó detenerlo la guardia. A pesar de los esfuerzos y amenazas de los centinelas, á que solo respondia con frases cortadas y lamentos espantosos, penetró en la habitacion, y cayendo de rodillas á las plantas de Don Sancho exclamó:

— Piedad, mi Rey.

— ¿Qué quieres? dijo Don Sancho.

— Que me perdoneis, Señor. Yo no sé lo que sucede, y os juro que no tengo la culpa de nada..... Si, señor..... él estaba alli, y ahora..... ella..... la Infanta.....

— Concluye, replicó Don Sancho. Yo no entiendo lo que decís. Serénate: habla.

— Ah Señor, continuó el alcaide despues de algunos momentos. La Infanta y Fernan Gonzalez han burlado mi cuidado, y lejos de este palacio.....

— ¡Se han fugado!

— No Señor.

— ¿Y qué?

— Se ha fugado solo el Conde; pero la Infanta aun permanece en la torre.

— ¡Desgraciado! gritó el Rey. Tiembla traidor, miserable. Tú has faltado á tu deber; tú has propor-

cionado la libertad á mi mayor enemigo, y sobre tí vá á recaer el rigor de mi justicia.

— Os equivocais, Señor, respondió el mísero alcaide recobrando su firmeza. Yo jamás os he faltado, y si la Infanta no hubiese burlado vuestra esperanza, el caudillo castellano aun gemiria entre mis hierros; pero la órden que vos disteis le facilitó la fuga. La Infanta entró en la prision, y yo no pude impedirlo. Yo ví que salió despues en compañía de sus damas; pero no era ella sin duda, y el ilustre prisionero con vestidos mugeriles.....

— Basta, basta, exclamó el Rey. Ya conozco la perfidia de esa infeliz que me irrita, y que yo he sido burlado. ¡ Desgraciada! Mas la valiera morir que ser como debe serlo un objeto á mi furor. Su delito es horroroso, y mi venganza será igual. Sígueme, vamos á verla; quiero hacerla temblar á mi vista; quiero.....

— Lo que yo no temo, dijo entonces Doña Sancha, que aprovechando la ocasion de haber dejado el alcaide abierta la puerta de la torre se habia ya evadido de ella. Vos quereis una venganza, y yo vengo á provocaros. El valiente castellano ya está cerca de su patria, y libre de vuestra ira. Si él no gime, nada importa que me persigais á mí. Vos no sabeis qué es amar. Todos los dolores, todos los tormentos que podais vos inventar se convierten en placeres cuando se sufren por el que se ama.

— ¡ Y os atreveis á insultarme! respondió el Rey de Leon. Vos no conoceis quién soy, vos no sabeis hasta dónde podré llevar mi justicia. Mala hermana, y aleve Señora, habeis burlado mi fé, habeis hecho un juego de mi confianza, y habeis salvado á un traidor.....

— Pensad en lo que decis. Vos sí que desconoceis el valor de Doña Sancha, replicó la hermosa jóven. Si ayer escuché sumisa vuestras amargas palabras porque

temia por la vida del mejor de los valientes, hoy no debo ya sufrirlas porque ya no temo nada. Gonzalez no es un traidor: el traidor es quien le infama, quien le calumnia ante vos, quien ayuda á su perfidia, quien seduce vuestra alma. Pero el honor de Gonzalez no tiene ninguna mancha, y el mio..... ¿Podiera creer que me seria necesario justificarme ante vos?... Rey de Leon, *las palabras de mala hermana y aleve Señora*, no siempre suelen decirse con impunidad á una Infanta de Navarra. Un Rey y un Conde me asisten; temblad vos si me irritais, y tened á gran fortuna que Fernandez esté libre, y vos fuera de temor de coadyuvar á una infamia.

—¿Y me amenazais, Señora? dijo irritado Don Sancho. Vos queréis sin duda alguna que yo os haga conocer lo que vale en mi palacio una Infanta de Navarra, añadió con irónica sonrisa. Pues bien, lo sabreis al punto. ¡Guardia!

Los soldados que yacian á la puerta de la cámara, se presentaron al punto.

—Conducid á esta Señora á la torre. Y vos, alcaide, guardad con ella esquisita vigilancia. Ved, Señora, prosiguió, ved lo que aprecio á vuestros protectores, y el valor que doy á vuestras amenazas. Hoy presa, y mañana reo sufrireis lo que yo ordene, y sabreis en lo que aprecio.....

—¿Qué es esto Señor? ¿qué es esto? preguntó la Reina, entrando, y viendo al Rey irritado, y entre los guardias á su hermana. ¿A dónde va?... ..

—A donde es justo, contestó Don Sancho. A donde vos la enviariais si supiéseis lo que ha hecho; á donde Fernan Gonzalez.....

—¿Y qué, Señor! ¿Por ventura aspirais á complicarla en su causa?

—¡Ojalá fuera posible, Señora! continuó el Rey de

Leon, exhalando un profundo suspiro. Fernan Gonzalez ya no existe en mi poder.

— ¿Y quién le dió libertad?

— ¿Quién?... ¿Y me lo preguntais?... Mirad, Señora, mirad el rostro de vuestra hermana.

— Yo se la dí, si Señor, respondió la amante joven, y creo que no debo arrepentirme de haber hecho lo que el deber y el amor....

— Silencio, exclamó la Reina. Guardias, conducidla luego.... Tiembla, infeliz, tiembla de mi venganza.

— Tiembla tú de mi furor, replicó llena de maguoso orgullo la infeliz cautiva. Si yo hablo, si llegase á oídos del Conde una sola de mis palabras, y Don García nuestro hermano supiese mi situacion, los que tendreis que temblar sereis los dueños de este alcázar, y el vil que os aconseja. Atormentadme entretanto: yo desprecio vuestra ira, y os anuncio solamente que tal vez no está distante la hora de la mas justa venganza.

Las últimas palabras de Doña Sancha se perdieron entre el rumor de las armaduras de los soldados que la conducian, y no obstante bastó su confuso sonido para llenar de pavor á la Reina.

— Ya veis, Señora, ya veis la dijo luego Don Sancha. Vuestra hermana me ha engañado, y mi justicia ya no debe respetarla.

— ¿Y qué intentais hacer de ella?

— Procesarla, y castigarla segun merece su crimen.

— La Reina quedó aterrada al contemplar que sus intrigas resultaban en su daño, pues su corazon no era tan depravado que desconociese los vínculos de la sangre, y llena de remordimientos intercedió con el Rey para que perdonase á la Infanta. Sus ruegos fueron inútiles, y Don Vela llamado por el Rey recibió la órden de salir con algunos soldados en persecucion del Con-

de. Igual mandato se hizo á otros varios caballeros, y la ciudad de Leon en pocos instantes presentó el aspecto imponente de una poblacion en estado de campaña.

### 39.

No se satisfizo Don Sancho con perseguir á Gonzalez. Sabia que le seria dificil dar alcance á su persona, y quiso manchar su fama. Los jueces comparecieron, y recibieron la órden de ocuparse incesantemente de la resolucion de la causa.

— Cualquiera que sea el estado en que se encuentre el proceso, les dijo el Rey de Leon, pronunciad vuestra sentencia. La fuga del castellano es una confesion de su crimen, y ya podeis decretar la sentencia de su muerte sin gravar vuestra conciencia. A la vez procesad tambien á la Infanta de Navarra por cómplice de su fuga y castigad su delito. La sentencia que acordeis se ejecutará sin piedad.

El Rey dejó á los jueces; pero éstos en vano quisieron ocuparse de la causa. Don Vela que volvió al punto con la nueva desagradable de no encontrar á Gonzalez, supo lleno de placer que la Infanta estaba procesada, y su corazon feroz recordó el resentimiento que sus desprecios y el amor á su rival le ocasionaron en otros dias.

— Venganza, venganza, exclamó con voz terrible. Caiga á mis pies esa orgullosa hermosura, y muera como traidora ó mendigue mi piedad.

Don Vela, tan violento en sus resoluciones como astucioso y meditabundo para llevarlas á cabo, no tardó en proveerse de cuanto le era preciso para calumniar á la desgraciada. Una mano diestra le forjó

un pliego mentido, y con aquella serenidad imponente que solo podia encontrarse en un hombre como él, se presentó al tribunal é hizo llamar á Don Sancho.

—Tengo que comunicaros noticias interesantes, dijo con osada frente. Mi deber, mi obligacion, me obligan á presentarme, y á denunciar á la Infanta. Yo la acuso de alevosa. Yo la delato de cómplice en la horrible y escandalosa trama para asesinar al Rey, y lo justificaré del modo mas terminante.

—¿Estais cierto de ello, Conde? preguntó el Rey de Leon.

—Estoy tan cierto, Señor, respondió el inicuo, que vengo aqui á suplicaros que hagais comparecer á la Infanta.

—Que venga al punto, Señores, continuó Don Sancho, dirigiéndose á los jueces. Don Vela denuncia, y su delacion debe ser escuchada. Si la encontrais verdadera no vacileis en fallar; pero si por el contrario lo acusacion fuese falsa, dijo mirando á Don Vela, sabed tambien, caballero, que mi justicia no perdona á quien trata de engañarla.

Las últimas palabras del Rey dichas con severidad conmovieron al malvado, pero no tardó en tranquilizarse cuando se ausentó Don Sancho, y su rostro se revistió de alegría cuando entre un pueblo numeroso vió aparecer á su víctima conducida por los feroces soldados.

—Acercaos, noble Señora, dijo lleno de respeto el presidente á la Infanta. Os acusan de cómplice con el Conde castellano en el horrible atentado para asesinar al Rey.

—Y quién es el atrevido que asi falta á la verdad, preguntó la ilustre presa.

—Quien supo inutilizar los efectos del horrible crimen, respondió el insolente Don Vela. Quien puede

acusaros con rostro sereno; quien es dueño de esta carta.

— Ya lo esperaba yo así, dijo la virtuosa joven con una espresiva sonrisa, en tanto que el alevoso entregaba al presidente el pliego terrible. Vos siempre estais muy dispuesto á toda clase de infamias, y solo un traidor cual vos era capaz de atreverse á calumniar mi fama. Por fortuna yo no os temo. Vuestra lengua criminal está ya muy desacreditada, y basta que ella me ácuse para que se me crea, como lo soy, inocente. La voz de los asesinos, de los traidores infames, no basta para ofender la virtud. Las palabras de los viles cuando ensalzan obscurecen, cuando deshonran alaban.

— Esta carta que aqui veis, manifestó el presidente, os acusa, y no es Don Vela. Está dirigida al Conde Fernan Gonzalez, y está escrita por vos. En ella animais á vuestro amante á destronar á Don Sancho. Ved si la reconocéis.

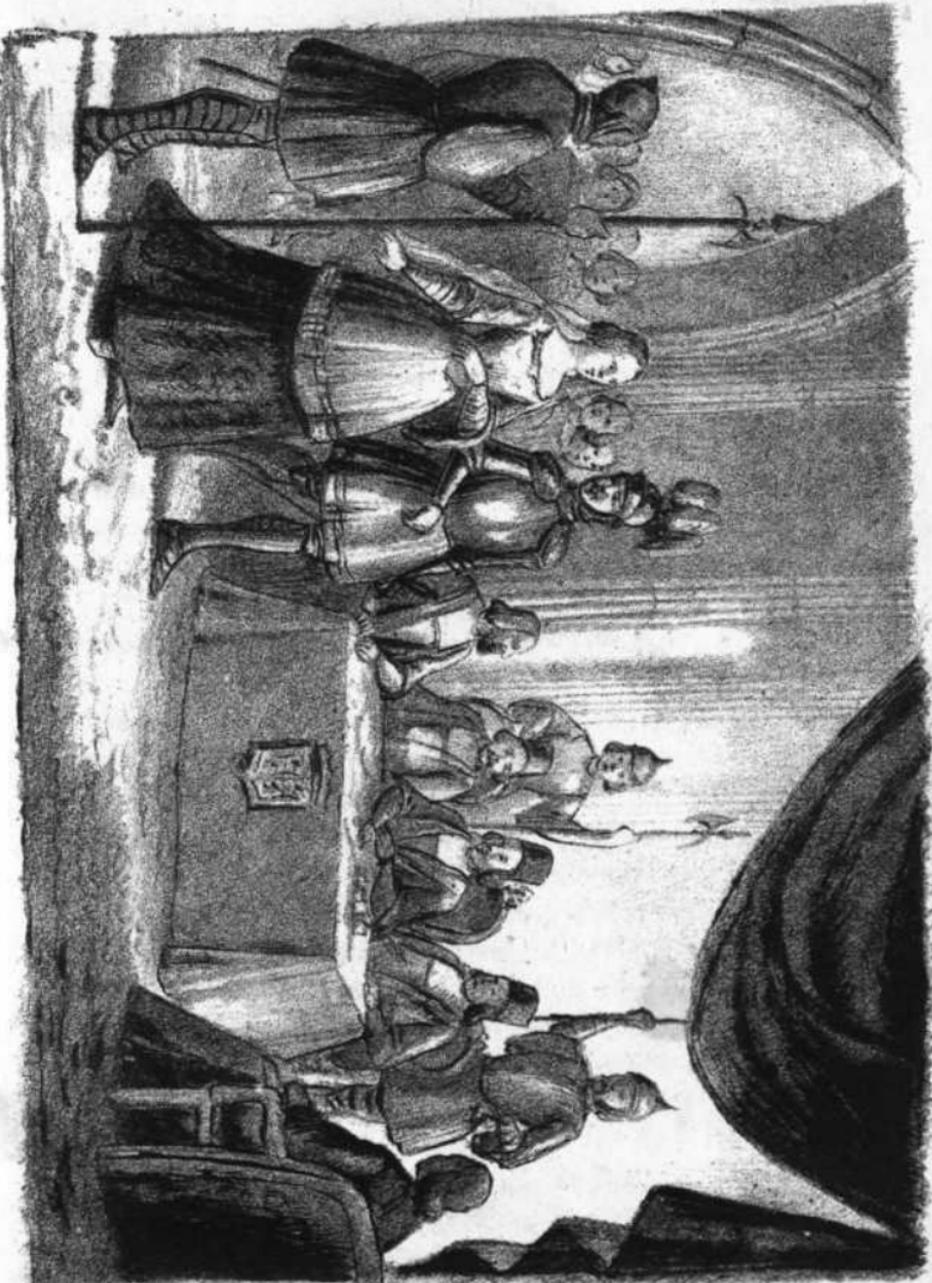
— Estraño que habéis así, prosiguió la Infanta, recibiendo el falso pliego, y rompiéndolo con orgullo y arrojándolo á los pies del inicuo Don Vela, prosiguió. Esta es la respuesta que yo debo daros.

— Señora, exclamó el presidente, lo que ahora acabais de hacer no basta á justificaros, y ese pliego que os acusa exige que declareis. Decid si es vuestra su firma.

— ¿Y quién os dió autoridad para preguntarme? replicó Doña Sancha. Yo no soy vuestra súbdita. Soy Infanta de Navarra, y vos no podeis juzgar sobre mis acciones. No os fatiguis en preguntar. No declararé ante vos, y solo os digo que ahora mismo me pongais en libertad, pues si no lo hicieris juro que reclamaré el auxilio del Rey mi hermano, y escitaré su furor á la mas horrible venganza.

— Lo que vos pedís, Señora, continuó el presidente, no está en mis atribuciones. Eso pertenece al Rey, y lo que yo puedo hacer es.....

1847





Don Sancho, que deseoso de saber el resultado de las gestiones de Don Vela volvió otra vez al tribunal, suspendió el discurso de su presidente, y se llenó de indignacion al escuchar las pretensiones de su hermana.

— Veo, Señora, dijo entonces, que no conoceis vuestro estado. Presa y acusada por atentar á mis dias, tengo un derecho á castigar vuestro crimen; y no es seguramente vuestro furor el que ha de salvaros. Yo sé que sois una Infanta; pero sé tambien que habeis conspirado, y que el Rey de Navarra irritado contra vos no encubrirá vuestro delito, y os dejará abandonada. Si quereis minorar el rigor de mi justicia, haceis mal en ofenderme. Declarad vuestra traicion, solicitad mi clemencia, y tal vez de esa manera.....

— ¿Y vos creéis, Rey de Leon, respondió la heroica jóven, que yo me habia de humillar hasta el extremo de rogaros? ¿Sabeis que soy Doña Sancha? ¿Sabeis que el pundonor heredado de mis ilustres mayores aun discurre por mis venas? Pues bien: yo no puedo someterme á lo que exigis de mí. Sin embargo, me atreveré á declarar, pero solamente para deciros cuánto me sorprende que contra vuestra conciencia os atrevais á injuriarme. Vos sabeis mejor que yo la inocencia de Gonzalez, y que su prision y la mia son el fruto de las calumnias del vil traidor á quien disteis la mas reprehensible confianza; de ese inicuo de Don Vela, á quien habeis animado á la mas torpe vileza, y que vos en adoptar sus ideas venís á ser un malvado.

— ¡Insensata! exclamó el Rey.

— Nada temo, replicó la Infanta. Vos me obligais al despecho, y cuando convertido en alevoso intentais asesinar-me, tengo un derecho á insultaros y deciros la verdad. Disponed ya los tormentos. Me vereis marchar á ellos con el valor que es propio de la inocencia, ínte-

rin que vos temblareis al solo rumor de que el invicto caudillo de los hijos de Castilla corre á llamar á sus valientes soldados. Abusad de vuestro poder: sentenciadme..... ¡Ah! no lo hareis. Yo os conozco, Rey de Leon, os conozco, y sé que no atentareis á mis dias porque teneis que temer á dos valientes guerreros. Si Gonzalez permaneciese en cadenas, y vos pudiérais seducir al Rey mi hermano, tal vez os atreveriais; pero cuando está ya libre el héroe que os aterra, vuestro furor impotente quedará sepultado en vuestro insensible pecho, y me dareis libertad.

— La esperais, Señora, en vano, dijo furioso Don Sancho. Salid luego de esta sala, y esperad vuestro destino. Pronto: conducidla á la mas obscura cárceel, continuó dirigiéndose á los soldados. Yo abatiré tanto orgullo, y enseñaré á todo el mundo que no bastan á aterrarme ni las fuerzas de Navarra, ni el osado atrevimiento del castellano.

Los guàrdias obedecieron, y la virtuosa Señora marchó con serenidad á la cárcel pública sin espantarse al entrar en la horrorosa mansion destinada á delinquentes famosos. El pueblo que la compadecia, vituperaba en silencio los procedimientos del Rey, y los jueces aterrados con el furor de Don Sancho apenas osaban dirigirle la palabra, esperando tristemente sus iracundos mandatos.

— Señores, dijo por fin. Ya habeis oido cual se espresa esa infeliz á mi vista. Ni mi augusta dignidad, ni mi carácter de hermano son bastantes á imponerla, y cómplice con su alevoso seductor aun espera triunfar, porque aun espera que Fernan Gonzalez ha de acabar mi existencia. Las injurias propaladas en este lugar respetable, y su temor en reconocer la carta presentada por Don Vela han demostrado su crimen, y confio en verla pronto caminando hácia el cadalso. Ya es tiempo

de que falleis. La ley dispone su muerte, y tiembla el que débil ó cobarde quiera esculpar su delito. No trato empero, Señores, de violentar vuestras conciencias; mas no puedo menos de recordar que en el castigo de la Infanta de Navarra está interesada mi honra. Se me quiere acobardar, se me amenaza en público, y se me dice con insolencia y orgullo, que no osaré castigar porque temo al castellano, y solamente vuestra severidad y el rigor de mi justicia bastan á justificarme. Fallad, pues, fallad en este momento, y sepa ese rebelde vasallo que se opone á mi poder cuánto desprecio su brazo.

El Rey salió del consejo, y los jueces horrorizados no sabian qué resolver. Compadecidos de la desgracia-  
da jóven aspiraban á salvarla, por cuanto en su conciencia no dudaban de la infamia de Don Vela; pero las últimas palabras del Rey contenian una sentencia de muerte, y la causa por otra parte la hacia tambien necesaria. Nada habia dicho en su defensa la desventurada víctima, y la delacion que constaba probada hasta con su noble silencio, debia conducirla al espantoso suplicio. Largo tiempo vacilaron los ilustres magistrados, y no hubieran jamás ofrecido sus votos si el presidente atento á su obligacion no los hubiese invitado. La voz de muerte resonó con horror en el sagrado recinto, y un pavoroso silencio siguió despues de haberla pronunciado.

— Ha de morir Doña Sancha, dijo luego el presidente. Esta, Señores, es vuestra sentencia, y yo me complazco en vuestra severidad; hija de vuestra justicia; pero ¿no deberá contener otras palabras este decreto fatal? La Infanta no está confesa, y solamente su silencio es el que agrava los cargos. Sentenciada por sospechas no se halla desahogada, y en nosotros está aun el medio de ponerla en salvo. El Rey anhela su

muerte; pero el fuero acordó aun antes que el Rey, que todo noble acusado y que niegue su delito se salve por desafío: Don Vela juró que sostendria cuerpo á cuerpo su terrible acusacion, y si la Infanta reclama la observancia de los fueros no podremos denegarla. Ved si quereis adicionar su sentencia.

—¿Y cómo podriamos omitir una cláusula tan justa? respondieron los jueces. Si Don Vela calumnió sostenga su falsedad con las armas en la mano, y lleno de justo miedo al prestar el juramento que confirme sus maldades, vea bajo sus pies los horrores del abismo, al tiempo mismo que un Dios de justicia prepare su fin á las manos de algun valiente guerrero.

Las palabras de los jueces llenaron de júbilo al presidente compasivo, y abriéndose las puertas del tribunal el pueblo de Leon oyó la sentencia terrible, que leyó con voz sollozosa uno de los secretarios.

## 40.

—¿Y eso es posible, Señora? decia un jóven caballero á la generosa Elvira, que anegada en triste llanto solo contestaba con lamentos y gemidos á sus dudosas palabras. ¡Ah! vos me dejais absorto. Conozco al Rey de Leon, y mas de una vez he combatido á su lado. Su corazon generoso siempre escuchó la piedad, y ahora no puedo concebir cómo se ha cambiado tanto..... ¡Condenar á muerte á la Infanta de Navarra!!

—Sí, generoso Fradrique, respondió la triste Elvira. Tal ha sido su sentencia, y yo misma estuve presente cuando el tribunal la notifico á su víctima. La virtuosa Doña Sancha escuchó tranquila el sanguinario decreto, y no decayó en el abatimiento hasta que viéndose sola pudo arrojarse á mis brazos. ¡Elvira!..... ¡Elvira! me dijo: tú sola eres mi consuelo. Ya ves cual es

mi fortuna: sálvame, sálvame, querida amiga, de este miserable estado. En tí fio mis esperanzas. Ya escuchaste mi sentencia. La muerte, la terrible y vergonzosa muerte se aposenta junto á mí. Un solo remedio queda para desviarla.... un combate..... un valeroso é invencible brazo..... Corre, búscalo: busca quien salga á luchar, busca quien marche á Castilla, quien llame á Fernan Gonzalez. Quise entonces replicarle, mas no me quiso escuchar. Marcha, marcha, me decia continuamente, y hube de obedecer su mandato. Sabia no obstante, que mi hermano no permanecia en Leon; pero sé que vos no me negareis lo que él me concederia, y por eso vengo á buscaros. ¿Querreis vos ir á Castilla?

— ¿Y podeis dudarlo, Elvira? Yo siempre estoy dispuesto á llenar todos los deberes de mi hermano de victorias. Mas permitidme que os diga que vuestro afan es inútil en este caso. No necesita la Infanta que venga Fernan Gonzalez. Yo combatiré por él: yo ofrezco luchar por ella, y empuñaré con placer la ferrada lanza que ponga fin á los dias del inicuo detractor en cuyo pecho se abrigan las maldades mas horrendas.

— No, generoso Fadrique. Vos no luchareis por la ilustre Doña Sancha, á pesar de vuestro valor y del eterno reconocimiento que la noble víctima conservará siempre por vuestras ofertas. Conozco vuestro valor, y sé que sois muy capaz de llenar vuestros deberes; pero sois leonés, y mereceriais por ello la indignacion de Don Sancho; y la Infanta no querrá comprometeros. Ademas vuestra sola vida no bastará para libertar la suya. Vos no imponeis á Don Vela, y confiado en su destreza combatirá muy tranquilo, y el acaso podria hacer que fuéseis el desgraciado. El indigno triunfaria, y.....

— Solamente por un momento se gozaria en su victoria, exclamó con entusiasmo el generoso guerrero. Si

yo fuese por desgracia quien cediera á su poder, mis compañeros de armas aun defenderian mi honra, y mas de veinte leoneses acudirian al combate.

— Tampoco yo los deseo, aunque agradeceria sus esfuerzos. La Infanta solo apetece que luche Fernan Gonzalez. Su nombre le ofrece el triunfo; su vista sola bastará para aterrar al malvado. La ferrada lanza del caudillo de Castilla está ya avezada á derribar á Don Vela, y el brazo del héroe al combatir por su amada, no será el brazo de un hombre sino el rayo abrasador de la venganza celeste. No os desprecio sin embargo. Si la fortuna abandona al mejor de los guerreros; si falleciese Gonzalez, combatid vos en su puesto; y si todavía fuese tiempo; si el dolor y la afliccion no la arrancasen la vida, salvad á la hermosa Infanta.

— Está bien, dijo Fadrique. Ser el segundo despues de Fernan Gonzalez, es ser el primero al lado de otros valientes. Voy á marchar á Castilla: haré lo mismo que haria mi noble hermano de armas; pero llamado tambien. Gonzalez se encuentra á mucha distancia, y sin él y sin mí Doña Sancha solamente debe confiar á vuestro hermano su vida.

Elvira llena del mas profundo reconocimiento ofreció al noble Fadrique cumplir lo que la ordenaba, y anhelosa por noticiar á su ama que pronto sabria su suerte el Conde Fernan Gonzalez, tornó veloz á la obscura cárcel en donde gemia la triste y desventurada Doña Sancha.

## 41.

Las esquinas de Leon ofrecian un testimonio de la venganza del Rey. Carteles de sangre se leian en todas ellas, y la sentencia de la Infanta de Navarra se hacia pública y famosa. El pueblo la escuchaba con aspecto

pavoroso: los mas nobles caballeros la leyeron con horror, y no faltó quien prorumpiera en amenazadoras palabras contra el inicuo Don Vela. Nadie, sin embargo, habia pedido el combate, y solo el jóven Fadrique obedeciendo á su honra, caminaba hácia Castilla en busca de un combatiente, en tanto que un escudero se dirigia á Navarra con la funesta noticia.

El fuerte Fernan Gonzales ageno de su desgracia, en tan preciosos momentos se ocupaba de la guerra, y poco satisfecho con las fuerzas que sus fieles capitanes le tenian ya preparadas, ordenaba desde su campo, á vista de Carrion, la conscripcion de todos sus vasallos, siempre valientes y siempre dispuestos á presentarse en campaña. Cada hora, cada momento, arribaban nuevos tercios; y cuando las invictas banderas de famosos campeones no se alzaban sobre nuevas tiendas, las fuerzas de los concejos hacian crecer el guerrero campamento de igual modo que las rápidas avenidas engruesan los rios en que se derraman.

El caudillo de Castilla cuando estaba entre sus tropas se mostraba complacido en instruir á los noveles soldados. Las horas se pasaban en simulacros y alardes, y nada se dejaba de presentar de cuanto puede ofrecer el furor de una batalla. Insiguiendo su costumbre, apenas llegó á su estado ordenó que todas las fuerzas se presentasen armadas, y dividiéndolas en dos cuerpos hizo figurar el combate en que venció á Abderramen. El dia entero se pasó entre gritos de algazara, y ya el sol descendia para sepultarse en los profundos valles de las montañas fronteras, cuando el generoso Fadrique esforzando el acicate para animar al troton, y cubierto de sudor y polvo, se presentó ante su vista.

— Basta ya, Fernan Gonzalez, basta de luchas fingidas, dijo el fatigado jóven. Acudid pronto á Leon si no quereis que un cadalso sea el lecho fúnebre don-

de espere vuestra amada. La perfidia, la calumnia, triunfaron de la virtud, y el alevoso Don Vela se complacerá en mirar la sangre inocente de la mas hermosa jóven, derramada por la vil y asquerosa mano de un despreciable verdugo. La sentencia de muerte de aquella que mas amais se ha pronunciado en Leon, y si un fuerte caballero no la salva en el combate, el sol de pasado mañana será testigo de su horrible desventura. Las palabras del funesto mensajero aterraron á Gonzalez. Aunque cierto de que su brazo seria necesario para librar á su amada de la opresion en que la tenia Don Sancho, jamás llegó á sospechar que pudiera perseguirla, y mucho menos que llevase su furor hasta el desusado extremo de condenarla á morir sin atender á su deudo y al carácter respetable de que se hallaba adornada.

— ¿Qué me anuncias, caballero? preguntó al valiente jóven, casi dudando de la verdad de lo mismo que habia oido.

— La muerte de vuestra amada.

— ¿De la Infanta? ¡ Ah! por piedad no repitais su desgracia, exclamó con triste acento. ¿ Y es posible que Don Sancho se entregue tanto á un traidor? ¿ Es posible que la Reina se olvide asi de su hermana?

— El perverso que ha dirigido la intriga, respondió el jóven leonés, ha conseguido alucinar y enfurecer á Don Sancho hasta el extremo que oís. El noble Rey de Leon, que antes era generoso, ha lanzado de su pecho todo indicio de piedad, y sediento de venganza desde que vos os fugásteis, no repara en hacer víctima á la hermana de su esposa, porque sabe que su muerte es terrible para vos.

— Mas terrible para él deberá ser mi venganza, dijo con furor el héroe, y volviéndose á sus tropas continuó: castellanos, á las armas. Marchemos sobre

Leon, y cual torrente ligero desolemos y destruyamos cuanto caiga á nuestro paso.

— ¿Y qué conseguís en ello? preguntó Fadrique. La marcha que ahora ordenais retardará vuestros pasos, y en tanto la perfidia de Don Vela triunfará de vuestra amada. Mañana es el dia señalado para el combate. Si mañana vos no apareceis en Leon ¿quién tomará su defensa? Acudid, Fernan Gonzalez: acudid á donde gime la hermosa que tanto amais, y dejad ahora la guerra. Vengad en el asesino los justos resentimientos, y así desengañareis á Don Sancho. Yo espero que con los dias de Don Vela terminarán las discordias; pero si no fuese así, tiempo quedará despues para que podais vengaros y afligir á los leoneses, que siempre os quisieron bien.

— ¿Y juzgais vos que podré llegar á tiempo? preguntó el Conde, con aquel interés propio de quien desconfia de conseguir lo que apetece.

— Si no perdemos instante juzgo que sí, contestó el mensajero. Ya veis que yo salí de Leon hace veinte y cuatro horas, y creo que podremos volver en el mismo tiempo.

— Pues vamos luego al combate, exclamó el noble Gonzalez. Vamos en este momento.

— Deteneos, replicó Gustio de Lara. Vos no marchareis á Leon sino escoltado de vuestros mejores amigos, y seguido de cerca por el ejército entero. La vil y páfida traicion que ya espuso vuestros dias, acredita toda sospecha que concibamos ahora, y yo no os abandonaré ni tampoco estos guerreros que me escuchan, y que ya en las torres de Navarra sufrieron vuestros peligros. Fernan Mentalez nos seguirá á la cabeza de vuestra caballería, y Albar Fernandez marchará con el resto de las fuerzas si vos no desaprobais mi consejo. Los que vayamos á vuestro lado impon-

dremos á Don Sancho, y á nuestra vista nada emprenderá contra vos; pero si ciego en su ira os quisiera aprisionar, brillarán nuestras espadas y combatiremos por vos, venceremos por vos, ó sucumbiendo bajo los golpes de la muchedumbre bajaremos á la tumba coronados de laurel, y gozosos y contentos.

— Pues bien, amigo Lara, respondió agradecido el Conde alargando su diestra al fiel caballero. Seguidme, pues, cuantos os intereseis en mi honra, que á vuestra presencia venceré mejor, porque vosotros me dais justas esperanzas, no de triunfar de Don Vela, sino es de conquistar y sujetar á Castilla lo mejor del universo. Pero no perdais un instante. Dad un caballo á este valiente leonés, y encargad á vuestros escuderos que lleven caballos francos, para que cambiando precipitemos la marcha, y encontraos dispuestos para dentro de un instante. La necesidad de caminar es urgente, y no podemos dejar que desaparezca el sol de mañana sin que yo mida con el detractor el acerado leño.

Las palabras del valiente pusieron en movimiento á sus invictos soldados, y apenas acabó de ordenar á sus sirvientes que lo siguieran á pasos precipitados, ya se vió en disposicion de partir para Leon escoltado de cincuenta valientes y acreditados caballeros.

## 42.

Brilló la aurora por fin: los carteles se arrancaron: el plazo de las veinte y cuatro horas estaba cumplido, y á cien pasos de la ciudad se habia levantado el vallado. Los habitantes de Leon salian tristes y llorosos á presenciar la terrible venganza, y la víctima inocente cubierta de negro luto, y con el cabello estendido, marchaba tambien entre un cuerpo de solda-

dos. El Rey de Leon presidiendo el tribunal aparecia en un balcon adornado ricamente , y la desventurada jóven despues de lanzarle una mirada orgullosa en muestra de su desprecio , ocupó el vil taburete que se le habia designado. Sus tristes y afligidas confidentas anegadas en llanto se aproximaron á ella, y el pueblo compadecido lanzó un lúgubre lamento que penetró de terror el corazon de Don Sancho. Su compasion alzó el grito , y el perdon hubiera salido de su boca si el temor de que se le reputase por cobarde no le hubiese contenido.

El sol coronó por fin la cima de las montañas. Un heraldo apareció sobre una torre del circo, y dirigiendo su voz á las cuatro partes del mundo exclamó:

*Oid, oid, oid, oid.* Don Sancho, Rey de Leon, condena á muerte afrentosa á la Infanta de Navarra, acusada por Don Vela, Conde de Alba, del crimen de regicidio. Si algun fuerte caballero defendiese á la acusada, venga á luchar con Don Vela, que sostendrá cuanto dijo cuerpo á cuerpo, y lanza á lanza. Si el sol que aparece ahora recorriese su carrera sin pedir nadie el combate, Doña Sancha morirá, y su cabeza colocada en los muros de Leon, servirá para escarmiento de corazones malvados.

Guardó silencio el heraldo, y otros tres situados en los ángulos opuestos repitieron el pregon, pero ningun caballero apareció en el terreno. Don Vela solamente se presentó cubierto de todas armas, y dejando el fuerte corcel pasó veloz á cumplimentar al Rey, y despues entró en la tienda que para él se levantaba á treinta pasos del circo.

Cada instante que corria hacia mayor el peligro, y el pueblo, que siempre aguardó ver defendida á la Infanta, oyó con horror el reloj de la ciudad, que sonando las nueve anunció la publicacion del segundo

bando. Los heraldos repitieron sus espantosos anuncios, y la jóven inocente no pudo menos de manifestarse inquieta despues de haberlos oido. Sus ojos se volvieron maquinalmente á la parte de Castilla, y lanzó un triste suspiro cuando nada divisó que pudiera consolarla. Una lágrima furtiva se derramó en sus mejillas, y no hubo leonés alguno que no llorase tambien al contemplar tan horroroso cuadro.

Los mas valientes guerreros se encontraban en el circo, y el pueblo los veia absorto cómo yacian desarmados á vista de aquel horror; empero todos temian esponerse á la desgracia del Rey, y aunque sus corazones generosos los incitaban á combatir, ninguno osaba arriesgarse. Solamente el hermano de la desconsolada Elvira apareció en el palenque llevando el pesado yelmo y con la ferrada cota; pero mudo espectador de la escena sanguinaria se confundió entre los demas concurrentes, y dejaba correr las horas cual si no tuviera intencion de acudir á la defensa de su Infanta.

Asi se pasaba el dia, y el sol elevándose por instantes iba á igualar las sombras con los cuerpos, cuando el heraldo ocupando la tribuna y alzando la diestra mano, se dispuso á anunciar el último pregon. La desventurada Infanta alzó sus ojos llorosos, y miró segunda vez el camino de Castilla. ¡Oh placer! Un grito de gozo partió de sus lábios, y el pueblo leonés siguiendo su movimiento, miró con inesplicable alegría un torbellino de polvo que se acercaba al vallado.

— *El es, él es*, exclamó la ilustre jóven, y sin articular otra voz cayó desmayada en los brazos de su leal Elvira.

Cincuenta y un caballeros vestidos de punta en blanco arribaron á la vez, y uno de ellos que en su porte y gallardía era el genio del valor. penetró por el vallado, y abanzándose á su centro clavó en el sue-

lo su lanza, y mirando con furor al Rey que lo contemplaba absorto, exclamó:

— Ya me veis aquí, Don Sancho. Ya está aquí Fernan Gonzalez que no teme vuestras iras. Yo mismo vengo á Leon á ponerme en vuestras manos. Pero vengo como noble, como Conde castellano, y como el mas digno y merecedor de todos vuestros vasallos. No vengo á que me juzgueis cual á un malhechor público, sino á que observeis las leyes que antes quisisteis violar, y á defender esa hermosa que un vil traidor ofendió. Vengo reclamando el fuero que mi sangre me concede; y pues que soy acusado, vengo á pedir el combate. Salga el vil calumniador: parezca luego el malvado, y entre en la lid espantosa. Yo sostendré en este campo contra el infame Don Vela, y aun contra vos mismo, Rey, que cuantos intenten manchar la fama de esa inocente hermosura ó la mia son falsos calumniadores, y lo defenderé contra todos con la fuerza de mi brazo. ¿Me negareis ahora el fuero?

— No, Conde Fernan Gonzalez, respondió el Rey de Leon, que afligido por el remordimiento maldecia en su corazon la perfidia de Don Vela, y que deseaba con afan el triunfo del castellano para librar su opinion sin riesgo de un compromiso. Yo os hago bueno el fuero y franco el campo: lidiad, y Dios ayude vuestros esfuerzos si decís verdad en todo, ó torne por la justicia si acaso hablais con engaño.

Las palabras de Don Sancho arrancaron muchos vivas á sus generosos súbditos, y los jueces destinados para presidir el duelo recogiendo el ferrado pino del guerrero invencible, lo condujeron á la tienda que le estaba destinada, y entregaron á los lacayos del Rey su fatigado caballo.

### 43.

El clarin resonó en los extremos del circo apenas habia pasado una hora despues que Fernan Gonzalez se hallaba entregado al descanso, y el corazon de la ilustre cautiva que apenas habia tornado á la vida, palpité lleno de susto al contemplar el peligro á que iba á entregarse su amado.

Los jueces del campo se presentaron al punto, y diez caballeros leoneses y otros tantos castellanos fueron llamados por ellos. Los lacayos del Rey de Leon parecieron en seguida conduciendo de las bridas á dos fogosos caballos, y los jueces introduciendo sus nombres en una urna de marfil y en otra los de los campeones, procedieron con la mayor imparcialidad á sortearlos, entregando el que dió el acaso á Don Vela á un caballero leonés que lo condujo á su tienda, y el que correspondió á Gonzalez á un valiente castellano. Dos pages de armas se presentaron despues que traian las ferradas lanzas, y los jueces las midieron y tambien las sortearon. Otros dos entregaron las espadas, y se hizo igual ceremonia, y un nuevo eco del clarin dió por terminado el acto.

Los jueces se dividieron, y el pueblo sepultado en cuidadoso silencio, esperaba con ansiedad ver al campeón castellano. El presidente del tribunal descendió: un obispo respetable le acompañaba, y el libro del evangelio se veia abierto en sus manos. Los combatientes salieron de las dos tiendas y marcharon á encontrarlos. El venerable ministro de la religion sagrada los exhortó á la verdad, y al presentar una imágen del Supremo Redentor ambos guerreros se arrodillaron, ambos pusieron la diestra en los santos evangelios, y ambos juraron lidiar como buenos caballeros

sin usar de alevosía, y rogaron al Eterno que anunciase la verdad por un terrible é infalible fallo. La ceremonia acabó. Los dos combatientes retornaron á sus tiendas, y ocuparon los trotones. Los jueces les entregaron las armas que les destinó la suerte, y los condujeron al puesto en que debian esperar las órdenes de Don Sancho.

Frente á frente uno de otro se miraban sin cesar, pero con rostros diversos. La confianza y la alegría brillaban sobre la faz del fuerte Fernan Gonzalez, interin que sobre la de Don Vela solamente se veian los indicios de la desesperacion, del terror, y del espanto. Don Sancho dió la señal; los clarines y tambores resonaron á la vez, y al esclamar los heraldos, *Dios ayude la verdad*, ambos combatientes se acometieron furiosos. Las ferradas puntas de las mortíferas lanzas buscaban el débil pecho, y los golpes sonaban en los escudos llevando al corazon de los espectadores el horror, la tristeza y el pismo.

Una hora pasó en la lid sin que se viera ventaja. Die-tros y valientes ambos caballeros evitaban su desgracia, al tiempo mismo que atentos á aprovechar la ocasion espian los descuidos del adversario. D. Vela creyó por fin vencido á Fernan Gonzalez, y clavando el acicate al fogoso corredor le tiró un golpe de lanza que hubiese bastado á coronarlo del triunfo, si el valiente caballero, siempre atento á la defensa, no hubiese opuesto el escudo. La acerada rodela evitó el golpe fatal, y la invencible lanza del Conde Fernan Gonzalez se rompió y saltó en astillas sobre el pecho de su contrario.

Don Vela se sintió herido, y vaciló unos instantes; mas la vista de su sangre lo llenó de nueva furia, y conociendo la ventaja que tenia sobre Gonzalez en conservar su lanza entera, quiso aprovecharla; partió ve-

loz como el rayo. El caudillo de Castilla no desconoció el peligro; pero dueño de sí mismo lo evitó prudentemente desviando á tiempo el caballo, y dejando pasar á Don Vela por su lado. Mas no le bastaba esto, y al ver que su enemigo corria sin poderse detener lo persiguió con valor, y enarbolando brioso la parte del asta que aun conservaba en la mano le dió sobre la cabeza, haciéndolo que pegase con el pecho un fuerte golpe sobre el arzon de la silla, que turbándole el sentido le hizo soltar la matadora lanza y quedarse desarmado.

Ambos guerreros ya iguales empuñaron las espadas, y volvieron á sus puestos. Las heridas de Don Vela eran insignificantes. La sangre que derramaba no le había debilitado; pero el furor que le dominaba el pecho ofrecia grandes ventajas á su valiente enemigo. No obstante, Gonzalez se descuidó. La espada del alevozo brilló sobre su cabeza, y resonó con estruendo al romper el acerado casco. La sangre del castellano se derramó por su rostro, pero el golpe fue tan ligero que ni aun bastó á perturbarlo. El amante generoso llamó el furor en su auxilio, y harto ya de combatir dirigió su espada al pecho de su contrario. Don Vela acudió á guardarse, pero fue muy desdichado; y la espada de Gonzalez pasándole la muñeca le cortó la mano izquierda, dejándolo ya incapaz de manejar el caballo. El héroe conoció toda la ventaja que le daba esta ocurrencia, y alzando nuevamente el acero hirió con furor la cabeza del troton, que instigado por el dolor partió ligero arrastrando al jinete hasta el extremo del vallado. El castellano se miraba ya feliz si Don Vela traspasaba la barrera; la voz de un heraldo lo declararia vencido; pero el inicuo traidor conociendo su peligro atendió pronto á evitarlo, y soltando los estribos se lanzó sobre la arena, y esperó como valiente

la llegada de su contrario. No tardó éste en acercarse. Gonzalez hizo correr al corcel con intencion de agoviarlo, pero D. Vela con una rodilla en tierra y guareciendo su cabeza con el escudo lo esperó tranquilo, é introdujo la cortante espada en el pecho del caballo, que derramando un arroyo de sangre cayó con el caballero. El traidor lanzó un grito de alegría; pero ínterin que se detuvo en sacar el templado hierro del cuerpo del fogoso troton, Gonzalez salvando la silla se repuso de su riesgo y esperó impávido al inicuo, que ciego de furor y desesperado lo acometió en el momento.

Heridos ambos combatientes trataban de vengar su sangre, y la lucha haciéndose mas y mas espantosa, ya no podia tener otro fin que la muerte de uno de ellos. Fernan Gonzalez era todavía el mas fuerte. Don Vela no obstante, aun confiaba en derribarlo, pero lo engañaba el deseo. Loco de furor amenazó la cabeza del generoso caudillo; alzó el brazo para descargar el golpe desmedido, y dejó el pecho descubierto á los ataques de su adversario. Gonzalez aprovechó la ocasion, y desviando la tajante espada cerró con el cuerpo de Don Vela, y estrechándolo entre sus brazos le introdujo la mortífera espada por el costado. El traidor tembló en el momento. Sus miembros hicieron un sacudimiento horroroso, y cayó rugiendo y se revolcó en el polvo.

Los gritos de placer en que rompió todo el pueblo, y la voz de *viva el gran Fernan Gonzalez*, que pronunciaron los heraldos, anunciaron su libertad á la Infanta, que cayó segunda vez en un profundo letargo. El vencedor en el ínterin aprovechaba su triunfo, y viendo al vil detractor en la agonía de la muerte, le desató la visera, y llamó con voz imperiosa á los dos jueces del campo. Aun gozaba el desleal unos instantes de

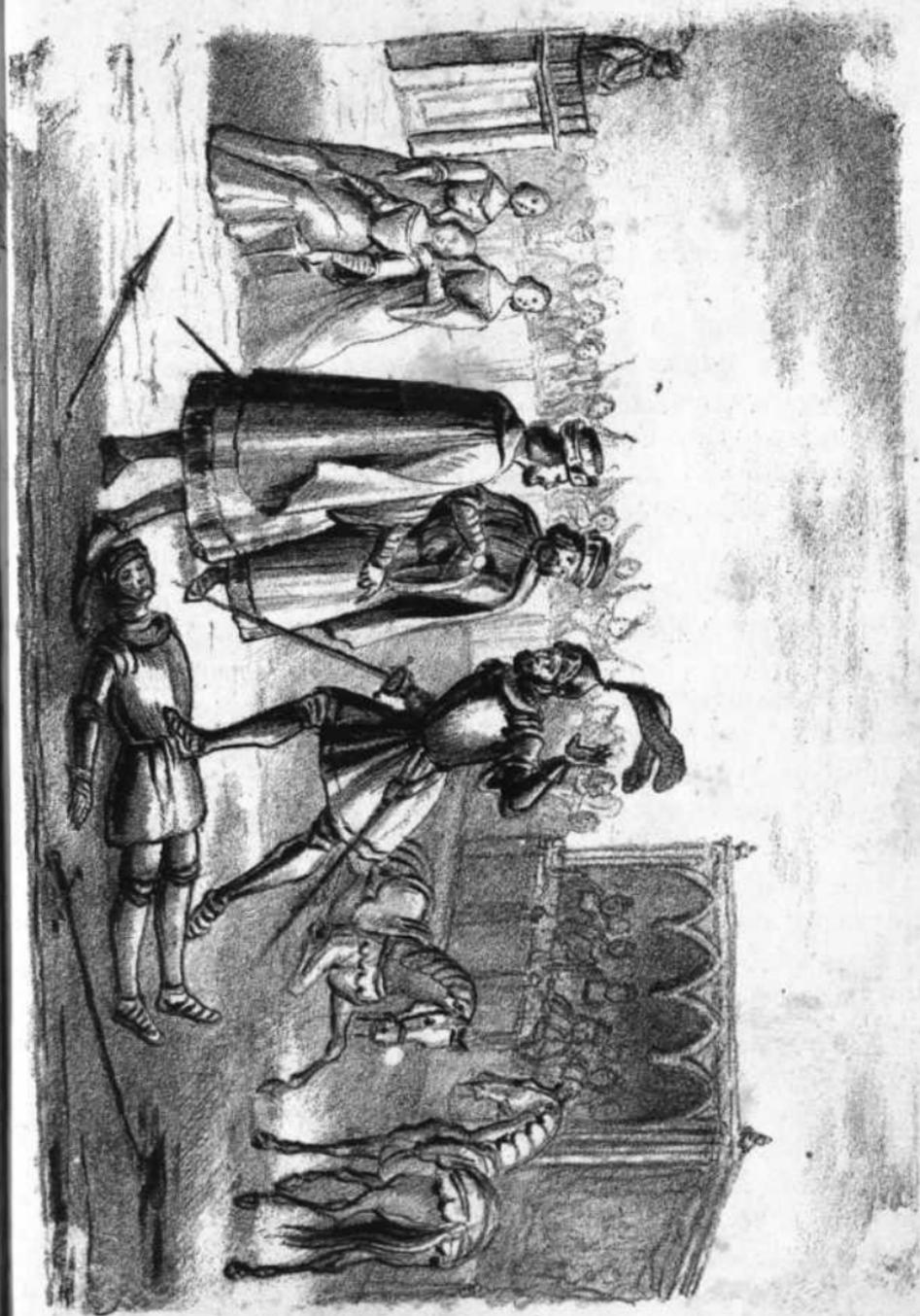
vida. Gonzalez le amenazó colocándole su espada sobre la pálida frente, y con acento espantoso exclamó:

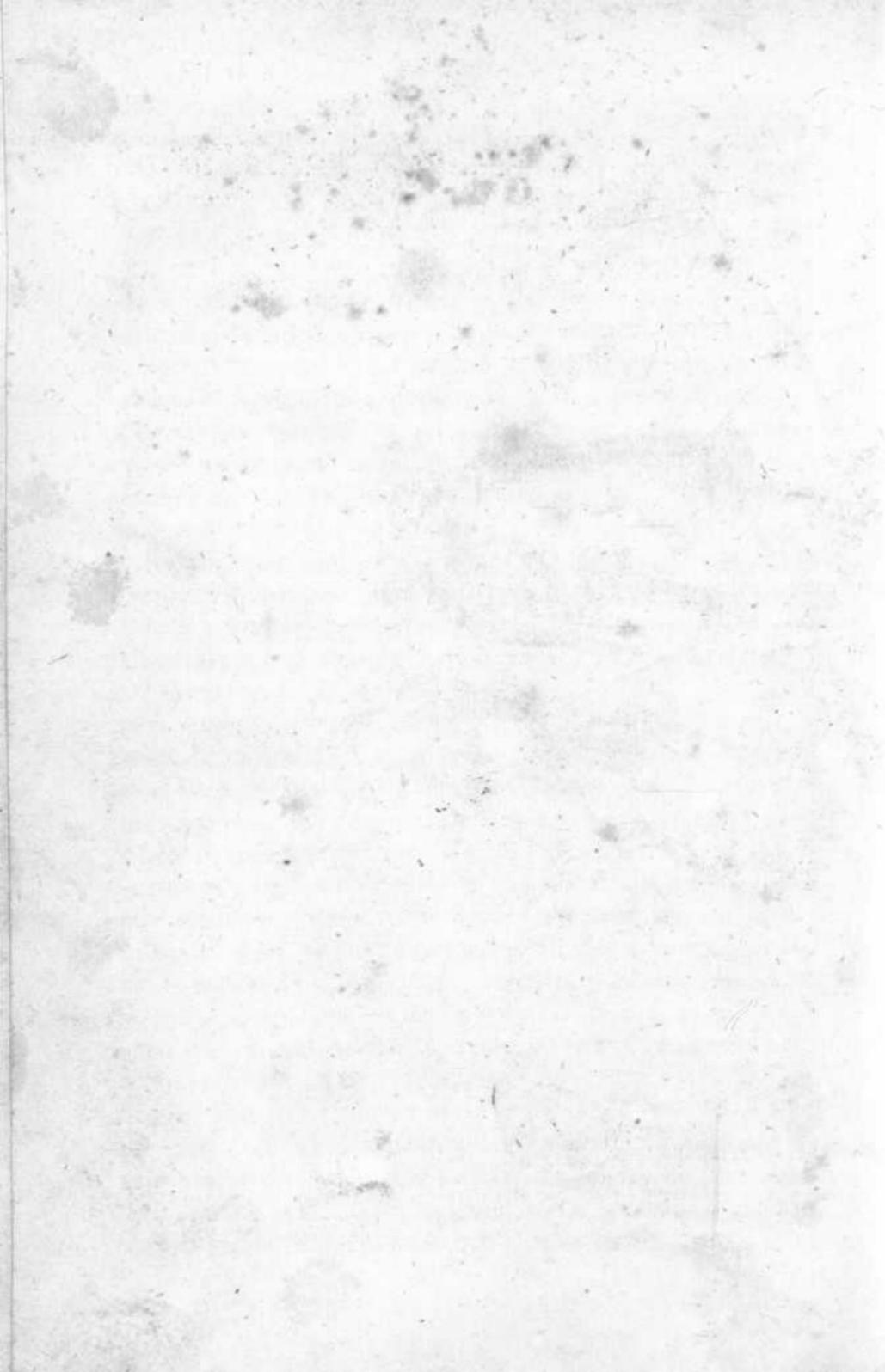
— Ya vais á morir, Don Vela. Temblad, temblad á la justicia Divina, y declarad mi inocencia.

— Sí, Gonzalez, la declaro, dijo con voz apagada. Yo he sido un calumniador, y..... No pudo ya concluir: sus ojos se desencajaron, y dando un grito de horror continuó: ¡Ay! ya veo el infierno abierto. ¡Dios mio! ¡Dios mio! misericordia..... perdon. Calló: una convulsion violenta le atacó en el mismo instante, y exhaló el postrer suspiro. El silencio de la tumba reinó por algunos instantes, y todos los espectadores sumergidos en terribles reflexiones, se miraban asombrados.

Gonzalez lleno de gozo al verse justificado, corrió á los pies de su amada, y estrechándole las manos del modo mas cariñoso, procuraba volverla á la vida, olvidándose de que se encontraba herido, y atendiendo solamente á cuidarla. Sus caballeros lo sacaron de aquel angustioso estado. El noble y siempre fiel Gustio de Lara le obligó mal de su grado á despojarse del yelmo, y dió un grito de contento al cerciorarse de que la lesion habia sido ligera y no ofrecia riesgo alguno.

La inocente y apasionada hermosura abria en tal momento sus bellos ojos á la luz, y dirigiendo una expresiva mirada á su amante y libertador, le alargó un lienzo ligero, y lo obligó á que se vendára. El placer se hizo general entonces. El cadáver del inicuo fue sacado con desprecio de aquel horrible recinto, y los jueces deponiendo su gravedad, y los próceres y caballeros del reino poseidos del mas apreciable entusiasmo, corrieron hácia Gonzalez dándole mil parabienes. Tambien el Rey se acercó, y en el color de su rostro se pintaba la vergüenza que su corazon sentia al con-





templar que habia sido el juguete de la perfidia de un hombre como Don Vela. El Conde lo recibió con agrado, y Don Sancho dando suelta á sus naturales y generosas ideas le pidió perdon en público, y lo estrechó entre sus brazos.

—Partamos, exclamó el Rey, venid, noble caballero, venid, vamos á palacio. Quiero que habiteis conmigo, y quiero desagraviaros.....

—Perdonad, Rey de Leon, respondió Fernan Gonzalez. Ni Doña Sancha ni yo aceptamos vuestra oferta. Nuestro honor se ofenderia de habitar en un alcázar donde se nos calumnió de un modo tan espantoso, y donde un Rey y un hermano decretó nuestro suplicio. Dejados vivir ya libres lejos de aquellas murallas que nos han atormentado; de aquella cárcel horrenda en que gimió esa hermosura; y de los tristes recuerdos que el furor y la venganza deben haberla dejado.

—La Reina que arribó luego se acercó alegre á su hermana haciéndola mil caricias, y redobló las instancias con el Conde castellano para que entrase en Leon; pero tambien sus ruegos fueron inútiles, y el generoso caudillo tomando la mano de la hermosa jóven á quien habia libertado, se despidió de los Reyes, y seguido de un concurso numeroso se dirigió hácia una quinta inmediata para descansar un rato. El noble Rey de Leon conoció que merecia justamente la desconfianza del Conde, y ansioso por recobrar su amistad, lo siguió tambien, y le rogó encarecidamente que no partiese á Castilla, y que una noche á lo menos descansára en sus estados. Fernan Gonzalez cedió considerando el abatimiento en que la Infanta se hallaba despues de tanto sufrir, y eligió la quinta aquella para morar una noche. El Rey se lo agradeció, y retornó á su palacio.

La obscuridad vino al fin. Los caballeros del Conde

obsequiaron á la Infanta, y el valiente doncel haciendo resonar la cítara melodiosa, entonó en su alabanza la troba siguiente.

TROBA.

Alzó la traicion infame

Su voz con eco espantoso,

Y en un cadalso horroroso

Una jóven asentó.

Y la pena contemplando,

Y el dolor que la afligia,

De su mal se complacia

El tigre que lo causó.

La jóven hermosa en tanto

El alto cielo miraba,

Y del Eterno rogaba

El auxilio vengador.

Aquel Justo por esencia

Que la maldad no tolera,

Pronunció con voz severa

Decreto esterminador.

El ángel de la venganza

Llegó á Castilla ligero :

El mas valiente guerrero

Sus acentos escuchó.

Y vamos, dijo, tomando

Ferrada lanza y espada :

A defender á su amada

Gozoso luego partió.

**De blancas armas cubierto**

**Apareció en el vallado :**

**Su mano rompió al malvado**

**El indigno corazón.**

**Y el pueblo que lo miraba**

**Aclamando la victoria,**

**Una corona de gloria**

**Le dió con tal ocasión.**

**La bella respiró libre**

**De la penosa agonía :**

**Al valiente que veía**

**La blanca mano tendió.**

**Y el caballero brioso**

**A sus plantas humillado,**

**De placer entusiasmado**

**La blanca mano besó.**

**En tanto la fiel Castilla**

**De su ventura se place,**

**Y preparativos hace**

**Para mostrarla su amor.**

**Acorre, pues, blanca estrella,**

**Acorre á Burgos ligera ;**

**En su palacio te espera**

**La felicidad mayor.**

Acabó de cantar el doncel, y los vivos de los otros caballeros resonaron por largo rato, haciendo sentir á la Infanta una alegría deliciosa de que pocas horas antes ya no esperaba gozar. Sus ojos por fin se cerraron al sueño, y llena de aquella dulce confianza que la inspiraba el hallarse protegida por el noble Castellano, pasó una noche feliz, que bastó para hacerla recobrar

las fuerzas que el rigor del padecimiento le habia arrebatado. La luz de la mañana puso en movimiento á la alegre comitiva, y la Infanta dejando el lecho se dispuso para la marcha. El generoso Gustio siempre el primero en demostrar su lealtad, presentó un troton ricamente enjaezado, que la ilustre Señora recibió con afable dignidad, y con aquella complacencia que debia inspirarle el primer donativo de sus futuros vasallos. El Conde Fernan Gonzalez dió tambien las gracias á su fiel amigo, y despues de estas manifestaciones ocuparon todos los fogosos caballos para tornar á Castilla, y principiaron la marcha.

— Alto, alto, gritó entonces Garci Nuñez, y todos los caballeros detuvieron al punto sus pasos.

Una nube de espeso polvo se levantaba á muy poca distancia por la parte de Leon, y el caudillo de Castilla sospechando alguna nueva perfidia, animó á sus caballeros á resistir denodados. Todos obedecieron sus órdenes, y colocando en su centro á la ilustre Doña Sancha, enristraron las ferradas lanzas jurándola combatir hasta el último suspiro.

Pronto acabó esta inquietud pavorosa. Un caballero que se adelantaba á todos les restituyó la calma y el contento. Fortun Sanchez arribó, y con voces que el placer cortaba y que las aclamaciones de la amistad interrumpian, de continuo anunció la llegada de los Reyes de Leon y Navarra.

Poco tardaron éstos en presentarse. Don García noticioso de la traicion de Don Vela, habia acudido tambien en defensa de su hermana, y lleno de gozo al contemplar en Fernan Gonzalez no solamente un hermano y un amigo, sino tambien al protector y conservador de la vida de su hermana, y la honra de su familia, lo estrechó mil veces entre sus brazos dirigiéndole con entusiasmo las mas obsequiosas palabras.

El Rey de Leon por su parte no se mostró menos atento, y tomando la diestra del fuerte guerrero le rogó segunda vez que se hospedára en su alcázar. Gonzalez se resistia; pero una insinuacion de Don García, y los ruegos de la Infanta lo obligaron á ceder, y todos unidos se dirigieron á Leon, donde la Reina afligida por el cruel remordimiento recibió un placer desconocido á su corazon cuando la ilustre perseguida acogiéndola en sus brazos la dió un beso fraternal, y vertiendo lágrimas de gozo la dijo que la perdonaba. Mil aclamaciones del pueblo leonés resonaron al instante, y los Reyes con sus ilustres huéspedes situándose en uno de los balcones del alcázar, recibieron los agradables obsequios que todos les tributaron.

La tarde tambien se pasó en un festivo torneo, en que el invencible Gustio hizo alarde de sus fuerzas arrojando repetidas veces á larga distancia los golpes certeros de una pesada maza de armas, y el Conde Fernan Gonzalez, por complacer á la Reina de Leon, luchó con diez caballeros, derribándolos en la arena con la destreza que acostumbraba. Acabados los festejos, un venerable prelado condujo los dos amantes á la capilla del palacio, y recibió ante el Eterno sus votos de amarse siempre.

La Reina de Leon y Don García de Navarra fueron los padrinos en tan respetable acto, y la plácida música resonando en los salones del suntuoso alcázar, convidó á la nobleza del reino á gozar de placeres menos bulliciosos que los del dia, pero no menos agradables.

A la mañana siguiente Don Sancho recibió en el trono al Conde Fernan Gonzalez y el noble Rey de Navarra ante un pueblo numeroso, y los obligó á que ocupasen dos sillas situadas á sus costados. El caudillo castellano lé dió repetidas gracias, y despues de re-

compensar con pródiga mano á cuantos le habian servido, presentó á Don Sancho un caballo y un azor que en distintas ocasiones habia alabado.

El Rey se llenó de júbilo, y no queriendo pasar por la fea nota de ingrato, y tomando un blanco pliego hizo renuncia y merced en favor del noble Conde de todas sus pretensiones al dominio de Castilla, redimiéndolo del vasallage, y haciéndolo independiente. Es inesplicable el gozo que ocasionó en los espectadores una accion tan generosa, y los vivas y aclamaciones resonaron nuevamente por todos los ángulos del palacio.

Gonzalez agradecido besó la mano del Rey, y le juró con verdad, que entonces siendo mas libre aun quedaba mas vasallo.

La hora de las diez se oyó. Doña Sancha acompañada de la Reina de Leon y de su fiel servidumbre llegó á unirse con su esposo, y la necesidad de marchar separó entre llantos de placer á leoneses, navarros y castellanos. Estos volvieron á Burgos con su ilustre y virtuosa Condesa, que fue recibida por sus valientes súbditos con los mayores aplausos, y dejando á su valiente caudillo en el alcázar paterno, fueron testigos despues de su gran felicidad, viéndolo pasar los restantes dias de su vida en el amor, la amistad, y el mas plácido descanso.

**FIN DEL TOMO SEGUNDO.**

# INDICE

para la colocacion de las láminas del tomo 2.<sup>o</sup>  
del Conde Fernan Gonzalez.



LAMINAS.

PAGINA.

1 <sup>a</sup>	<i>Don Vela noticia al Rey de Navarra la fuga de los castellanos. . . . .</i>	6
2 <sup>a</sup>	<i>El Rey de Navarra ordenando á Doña Sancha su casamiento con Don Vela.</i>	23
3 <sup>a</sup>	<i>Doña Sancha se despide del alcázar de Navarra. . . . .</i>	33
4 <sup>a</sup>	<i>Prision del Rey de Navarra. . . . .</i>	54
5 <sup>a</sup>	<i>Don García y Fernan Gonzalez entran en triunfo en la Corte de Navarra. .</i>	70
6 <sup>a</sup>	<i>Fortun Sanchez hace saber al Rey de Navarra que el de Leon no consiente en el casamiento de la Infanta. . .</i>	84
7 <sup>a</sup>	<i>Fernan Gonzalez visita á Doña Sancha en el alcázar de Leon. . . . .</i>	104
8 <sup>a</sup>	<i>Fortun Sanchez en las Córtes de Leon reclamando la libertad de la Infanta de Navarra. . . . .</i>	115
9 <sup>a</sup>	<i>Don Vela y Nuño aparentan asesinar al Rey de Leon. . . . .</i>	135
10	<i>Don Sancho entrega á la Infanta la órden para que se le franquee la prision de Fernan Gonzalez. . . . .</i>	148
11	<i>Doña Sancha en el Consejo de Leon. .</i>	160
12	<i>Don Vela moribundo confiesa la inocencia de Fernan Gonzalez. . . . .</i>	178

para la colocacion de las láminas del tomo 2.  
del Conde Fernan Gonzalez.

47	Don Vela noticia al Rey de Navarra la fuga de los antecesores . . . . .	3
48	El Rey de Navarra ordena a Doña Sancha su casamiento con Don Vela . . . . .	22
49	Doña Sancha se despide del abedat de Navarra . . . . .	25
50	Prision del Rey de Navarra . . . . .	27
51	Don Garcia y Fernan Gonzalez entran en triunfo en la Corte de Navarra . . . . .	70
52	Fortin Sanchez hace saber al Rey de Navarra que el León no continúa en el casamiento de la Infanta . . . . .	87
53	Fernan Gonzalez visita a Doña Sancha en el alcázar de Leon . . . . .	101
54	Fortin Sanchez en las Cortes de Leon reclama la libertad de la Infanta de Navarra . . . . .	115
55	Don Vela y Nuño aprestan asesinar al Rey de Leon . . . . .	123
56	Don Sancha entrega a la Infanta la orden para que se le entregue la prision de Fernan Gonzalez . . . . .	138
57	Doña Sancha en el Consejo de Leon . . . . .	160
58	Don Vela moribundo confiesa la inoconcia de Fernan Gonzalez . . . . .	178









